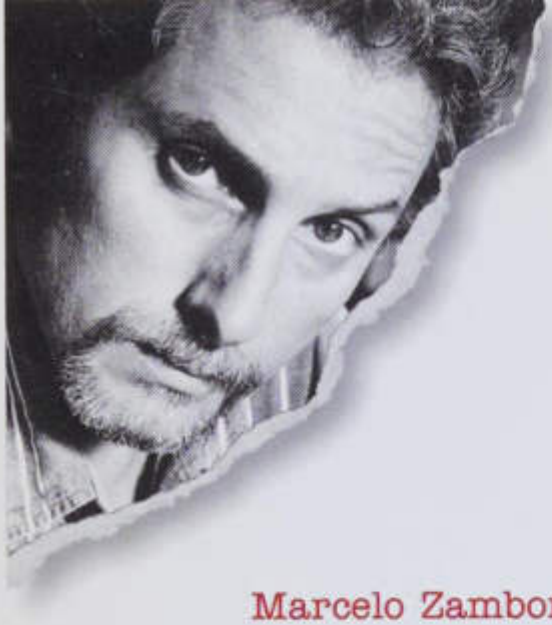
Gardel

Marcelo Zamboni

PERFIL LIBROS

NOVELA



Marcelo Zamboni

Nació en Buenos Aires en 1956. Ha sido premiado por sus cuentos (1988, Eudeba; 1995, Premio Gador). En 1990, Primer Premio Revistas Literarias por la Revista Dos Puntos (Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Buenos Aires). Su primera novela, *Moriré una mañana en Nueva York*, se publicó en 1991 (Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires). En 1994 su novela *Barder* fue finalista del Premio Planeta. *Gardel* fue también finalista del Premio Planeta (1995) y recibió el Premio Fondo Nacional de las Artes en 1996.
Zamboni es médico cirujano y especialista en Diagnóstico por Imágenes.

Diseño de cubierta Gustavo Macri

Gardel

Gardel

Marcelo Zamboni

PERFIL
LIBROS

Gardel

Premio del Régimen de Fomento a la Producción Literaria Nacional y Estímulo a la Industria Editorial. Fondo Nacional de las Artes. Año 1996.

Perfil Libros/Argentina
1° edición, 1997

Diseño de Cubierta: Gustavo Macri

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

© 1996 Marcelo Zamboni
© 1997, por EDITORIAL PERFIL S. A.
Sarmiento 1113 (1041) Buenos Aires - Argentina
Establecido el depósito que
dispone la Ley 11.723

Publicado en abril de 1997

ISBN: 950-639-036-3

LIBRO DE EDICION ARGENTINA
Printed in Argentina

...el lenguaje, esa mentira.
Jorge Luis Borges

mañana una traición
Alfredo Le Pera

a mi viejo, que amaba el tango
pero desafinaba tanto que me
llevó dos décadas empezar a
querer a Gardel

Domingo 23 de junio del 35

¿Volver? ¿Para qué volver? ¿Para que Barceló me liquide?, piensa Gardel mientras mira las aspas del ventilador que dan vueltas sin remover el aire caliente. Esas aspas parecen hélices, dice en voz alta.

Está echado sobre la cama, harto de la gira y del calor. Se toca la barriga. Bajó de peso. Sabe que para su imagen es malo estar gordo. Cuando mejor estuvo, le preguntaban si en verdad era él. No, el que cantaba era mi hermano, decía. Sonríe al recordar las caminatas, los trotes por el Central Park, los platos de tallarines en el Santa Lucía. Lo único que le interesa a la gente es su voz, una voz que ya no es la misma, dicen; que huye de notas difíciles. Aprendió a cuidarse de las melodías que le exigen la garganta y sabe con qué tangos el público lo seguirá.

Por suerte, ya no me jode Tucci con su bendita orquesta, piensa Gardel, y piensa que sólo faltan un par de películas baratas en Queens. Luego, Hollywood, alcanzar a Chevalier y seguir hacia la gloria. Sin embargo, en algún momento, voy a tener que hablar con Alfredo para hacer cuentas, dividir la plata y solucionar lo que tenemos pendiente.

Si algo me llegara a ocurrir se armaría un batifondo de la gran siete y no quiero que me pase lo mismo que con el turro de Razzano. Tanto que confié en él y al final...

Gardel aprieta los labios, cierra los ojos y aparece Buenos Aires con su casa de la calle Jean Jaurés; pero los abre y ve las hélices del ventilador que no sirven: la temperatura de Bogotá es un incendio mortal.

Se acomoda de costado para dormir un poco. Está harto de Azzaf, Plaja, Corpas Moreno y del resto; de sentir que perdió a Lola y no sabe por qué; del miedo que le producen los viajes en avión; de las fechas previstas y del intinerario que fijaron los empresarios; harto de los contratos.

El ventilador le tira aire hirviendo y la camiseta se le empapa. Piensa de nuevo en Lola, en volver con ella a Buenos Aires... con la frente marchita... Si vuelvo Barceló me va a matar... ¿Quién sería si pudiera volver? ¿Me habrán perdonado?

Tal vez los radicales olvidaron que festejé la revolución de Uriburu. El que me hizo meter la pata fue García Jimenez y su tango. ¿Insistirán con que estoy viejo, que no canto como antes? No puedo sacarme de la cabeza las butacas vacías del teatro. Enfrente había cola para ver a Charlo. El éxito es puro grupo. Puro camelo. ¿A qué volver? ¿Acaso este exilio no es la gloria?

Sólo tiene ganas de saber qué será de Lola, de morir.

En un rato vendrán la manicura y el peluquero; aparecerá alguno de sus guitarristas: sus escobas como él los llama, para hacer alarde de la última conquista, o vendrá Le Pera, a joderle la vida con la vieja historia de su corista francesa tuberculosa.

Está aburrido de la cara anónima de esa gente que no lo quiere ver a él sino al Zorzal, al Mago, al hombre de la sonrisa perfecta y el funyi requintado.

El éxito es eso, piensa Gardel, apretujones, manos que me rompen la ropa, que se llevan pedazos de bolsillo o que me roban los zapatos. Si no fuera porque tengo que saber qué pasó con Lola; si no fuera por Hollywood y la inmortalidad; si no fuera porque no puedo volver a Buenos Aires y seguir vivo, mandaría todo a la mierda y me rajaría a alguna parte del mundo donde pudiera estar en paz.

—"¿Y la gente, su público, el pueblo?", pregunta una voz dentro de él. "¿La gente? ¡Que le vaya a cantar a Titta Ruffo!", se dice Gardel.

En ese momento de la tarde es cuando entra Alfredo Le Pera.

—¿Se puede?

—Pasá, che. Sentate —Gardel no abre los ojos.

Le Pera, que conoce de su fatiga, le da una palmada en la rodilla y dice:

—Ya falta poco, hermano. Hoy es 23, mañana pasamos por Medellín, seguimos viaje a Cali, y todo esto se termina, che.

Martes 7 de Noviembre del 33.

El Graham Paige, conducido por el Aviador, deja la casa de Razzano, atraviesa las calles empedradas de Flores, desemboca en una avenida larga y desierta, gira en dirección al río y enfila hacia el Centro. Gardel ocupa el asiento de atrás. Fuma en silencio. Está dolido y triste.

El chofer lo observa a través del espejo retrovisor.

—Lo dejó sin el vento y amurado ¿No, don Carlos?

Gardel tuerce la boca con rabia, se adelanta y apoya su mano en el hombro del Aviador.

—Ese turro siempre me quiso pasar, Antonio... ahora va con los otarios a dárselas de bacán.

El aviador asiente, Gardel le da una pitada al cigarrillo y sigue:

—Tiene el mate lleno de ilusiones pelotudas; ya le pagué los favores que me hizo y si se portara de otra manera, yo no estaría con la soga al cuello.

El auto cruza Jujuy y el chofer suspira.

—Discúlpeme, don Carlos; don José siempre anduvo en la mordida y debe haber levantado el muerto hace rato. Es más vivo...

Gardel lo interrumpe, se adelanta otra vez y le dice casi al oído.

—Y yo soy un pelandrún ¿eso querés decir, Antonio?

—Don Carlos, yo... —el Aviador disminuye la velocidad y cruza Entre Ríos.

—Está bien, no digás nada, si tenés razón... —Gardel lo palmea, se deja caer sobre el asiento y se pierde mirando las casas bajas de Monserrat— pensar que por acá empezó todo.

—¿Por acá? —el chofer, conoce la historia, pero ve una buena oportunidad para que su patrón piense en otra cosa.

—Razzano paraba en un café sobre Moreno y Entre Ríos. Gigena hizo una tenida en su casa para que nos conociéramos: querían ver quién era el mejor. Si habrán pasado años...

El automóvil sigue en dirección al Paseo de Julio mientras el Aviador observa, a través del espejo, cómo Gardel tira el cigarrillo y enciende otro.

—Después se fueron para arriba...

—No te podés imaginar las que pasamos, che.

—Pero les fue bien.

—¿Qué quiere decir que te vaya bien? —Gardel se encoge de hombros, echa la ceniza hacia afuera y se apoya con aire triste en la ventanilla—. Si ese infeliz no hubiera gastado lo que es mío, ahora estaría nadando en oro.

El Aviador dobla, enfila para el Sur y decide no abrir más la boca.

—Y no tendría que estar yendo adonde vamos —Gardel baja el tono de voz—. Cómo hago para decirle a don Alberto...

El resto del trayecto no hablan. Gardel se ha sacado el Tilbury y fuma con expresión sombría. El Aviador empieza a sudar. Minutos después, cruzan el Riachuelo y se internan en la provincia.

—¿Y si volvemos, don Carlos?

—Ya no puedo volver, Antonio. Le di mi palabra, le dije que vendría —arroja el pucho—, le di mi palabra —se pasa la mano por la mejilla, se descubre barbudo— y pensar que el ladrón hoy es decente...

El Aviador disminuye la velocidad hasta detener el auto frente a una casa antigua y de paredes altas. A punto de apagar el motor, Gardel dice:

—No, no lo apagués —abre la puerta, se baja, da un par de pasos y vuelve—. Si llega a pasar algo, te tomás el raje, ¿entendés?

—Antes muerto, don Carlos.

Gardel le aprieta el brazo, mira la calle hacia uno y otro lado, se adelanta y golpea la puerta. El Aviador lo ve entrar.

Gardel es conducido hacia un ambiente en penumbras, lleno de humo, donde un pequeño ventilador lucha, derrotado, contra la temperatura.

—Carlitos —se alegra un individuo excedido de peso que se levanta, rodea un ancho escritorio y lo abraza con fuerza.

—Don Alberto —Gardel hace girar el Tilbury entre las manos—, mis respetos.

El Viejo le indica a su guardaespaldas que salga, que los deje solos.

—Ponete cómodo, che. Se adelantó el verano, esto es un infierno...

—Mi más sentido pésame —Gardel acepta un cigarro que le ofrece el caudillo y lo enciende—. Me hubiera gustado venir antes.

—Ya sé que sos un buen pibe —el Viejo se frota las manos— y muy ocupado... También... con esas actuaciones en la radio, en los teatros, todas esas giras... —sonríe y mira el anillo de sello de su dedo medio—. Ruggierito fue un hijo para mí —se encoge de hombros—. Vos lo sabés, tantos años juntos... a veces lo extraño pero murió en su ley.

Gardel larga el humo del cigarro y apoya su mano sobre la pierna. Gotas de sudor le bajan por el pecho.

—Tarde o temprano, nos llega la hora y la cosa es aguantarla con dignidad ¿no?

—Claro...

—O a vos no te gustaría morir cantando...

—Epa, compadre. No sea pájaro de mal agüero... —Gardel frunce el ceño, apoya su espalda, cruza las piernas y niega con la cabeza.

El Viejo se ríe, tose y corre la lámpara para ver mejor a Gardel. Sostienen la mirada por unos segundos. El caudillo se humedece los labios. Gardel juega con el cigarro y cubre su mano con el sombrero.

—Vos también sos un hijo para mí, Carlitos.

—Siempre lo sentí de esa manera...

Gardel ve en el aire una fogata opresiva y húmeda; hay algo siniestro en la actitud del caudillo, algo alejado de la sensación familiar que los ha unido toda la vida. El Viejo se va a sentar en el sillón al lado de él.

—Siempre te di una mano, nunca te dejé en banda...

Gardel aplasta contra el cenicero lo que queda del cigarro; se quiere ir.

—Cuando tuvimos que hacer desaparecer el prontuario, lo hicimos ¿no?

—Aquella vuelta, yo...

—Callate... Cuando aquella noche, De Santiago te llevó el prontuario ¿qué te dijo?

—Que venía de su parte... si después vine y le di las gracias...

—¿Y cuándo necesitaste documentos, de dónde los sacaste?

—Nunca lo quise embromar, compadre.

—Oíme bien, Carlitos —El Viejo se acerca a la cara de Gardel—. ¿Sabés dónde estarías si no te hubiera ayudado? En la lona, pibe... yo le ordené a Taurel, aquella noche, que te llevara a la Perú para agasajar al senador y al jefe de policía. Yo le dije que fueran al Armenonville, que

estaba todo arreglado... Gracias a mí llegaste a París, a Niza, a Barcelona, ¿así me pagás?

—Don Alberto, le prometo que...

El caudillo se acerca a pocos centímetros de su cara y Gardel siente su aliento.

—Me ibas a devolver toda la guita...

—Y lo voy a hacer, se lo juro.

—Te avisé que te alejaras de las pistas; los pingos son peores que las minas, pibe; por una cabeza te volvés loco.

—Juro que le voy a traer hasta el último centavo.

El Viejo se tira sobre el respaldo del sillón. Gardel lo mira con ansiedad. El ruido del motor del Graham Paige le llega desde la calle. Es lo único que se oye en medio del silencio y del calor de la madrugada.

—No me jodás, Carlitos. Mirá cómo te empilchás —le toca el saco—. Se ve que te sobra la tela, seguro que lo compraste en Londres... ¿y ese Tilbury? ¿y ese reloj de oro?... con la vida de jailaife que llevás, nunca voy a ver un mango, che.

—Pero compadre...

—Es mucha guita, pibe.

—Lo sé.

—La última vez me juraste...

—Es verdad.

Barceló se toca la barriga y sonríe.

—¿Sabés...? La de ravioles que habrá cocinado doña Berta para mí.

Gardel asiente.

—¿Cómo anda doña Berta?

A Gardel se le para el corazón, un escalofrío le atraviesa el cuerpo y por unos segundos, ve todo blanco.

—La vieja, no... con la vieja, no.

El caudillo lo mira serio. Unas gotas de sudor que estaban en sus mofletes caen sobre el tapizado.

—La vieja, no...

—Mirame.

Gardel ve una mirada que lo dice todo. El ala del sombrero da vueltas entre sus manos.

—Te acordás ¿no? —el Viejo le señala la oreja.

Gardel se lleva un dedo hacia la cicatriz y asiente. El caudillo se pone de pie, da unos pasos y se sienta sobre el escritorio.

—La vieja, no... compadre...

—Está bien... puede ser... estoy cansado, no ando con vueltas —balancea un pie—. Ruggierito me falló, Carlos... y eso que lo quería...

—Le juro...

—No me jodás, pibe. Mirá...

Sin pensarlo, Gardel se levanta, se tira encima del Viejo y caen sobre el escritorio desparramando una pila de papeles.

Luchan, cuando se abre la puerta y aparece el guardaespaldas. Al ver que el tipo saca un revólver, Gardel se arroja de cabeza contra él y lo golpea en la barriga. El matón se dobla y el arma cae al piso. Barceló intenta levantarse pero Gardel le encaja un rodillazo en la mandíbula.

—Perdóneme, compadre. Yo no quería...

El caudillo se derrumba blando. Gardel agarra su sombrero, pisa el cuerpo del guardaespaldas que todavía se retuerce y sale al vestíbulo. Abre la puerta y ve la cara asustada del Aviador.

En el instante en que se arroja sobre el asiento trasero, aparece el guardaespaldas y detrás de él, surge Barceló con una mano sobre la nariz.

El Aviador no pierde un segundo: mete el cambio y acelera a fondo. Se oyen estampidos.

—Nos van a matar. A lo de Defino, dale...

El Graham Paige vuela por las calles del suburbio de Buenos Aires.

Martes 7 de Noviembre del 33

El caudillo, con su mano sobre la nariz ensangrentada, y el guardaespaldas, observan cómo el automóvil da vuelta en una esquina y desaparece.

—¿Se lo traigo, jefe?

—Pucha —el Viejo se frota la nariz y se mira la mano con sangre—, ya no estoy para estas cosas. La culpa es mía. Hasta le enseñé a boxear...

—Deje que lo vaya a buscar.

El caudillo se sostiene en el brazo del pistolero.

—Andá a saber dónde se fue... Buenos Aires es grande y él tiene muchos amigos. Podría ir a cualquier parte. Joder.

—Pega duro el desgraciado —se lleva una mano a la cintura y a la espalda—. Vení, entremos —y atraviesan el vestíbulo y vuelven al escritorio. El viejo se agacha para recoger las cosas.

—¿Qué va a hacer, jefe?

—No sé, che. No sé... lo quiero mucho, pero no voy a dejar que por ahí se diga que el chico me jodió —El do-

lor de espaldas lo obliga a hacer una pausa—. Ruggierito siempre fue un flor de hijo de puta; a Carlitos lo quiero pero tiene que aprender. Movete; traeme algo para tomar, cualquier cosa... una ginebra.

El tipo sale y vuelve enseguida con una botella y un vaso. El viejo, que se limpia la sangre, toma un trago.

—Más.

El guardaespaldas llena de nuevo la copa. El caudillo bebe la ginebra y se sirve otra vez.

—Tiene que aprender...

Martes 7 noviembre del 33

El auto corre a los tumbos sobre el empedrado. Gardel salta de un lado al otro del asiento. Mete un dedo en un agujero que tiene la capota.

—¿Será de vieja? Que lo parió... Casi la ligo... ¿Qué hice?

—No me meta miedo, don Carlos... Ojalá terminemos en la misma celda...

—Mientras sea mejor que la de Ushuaia... meté pata, dale...

El Aviador acelera por el Paseo de Julio en dirección al Norte. Dobla en Independencia.

—Cuántas noches de vicio. Qué manera de cagarla —y se mete la mano dentro del pantalón.

—Barceló lo quiere don Carlos... se le va a pasar...

—Ma, qué Barceló... —Mira la mancha de mierda del dedo y se limpia con el tapizado.

Las gomas chillan frente a la casa de los Defino. Un par de perros empiezan a ladrar. Gardel baja y se acoda sobre la ventanilla del Aviador.

—Llevalo al stud de Maschio... él va a entender. Vos, rajate lejos. La casa invita. Ni se te ocurra sacar la nariz de la catrera.

Gardel y el Aviador se miran en silencio. Los dos saben lo que quisieran decir.

—Rajá, dale... rajá...

Se va y Gardel se prende del timbre de Defino.

—Ya va, carajo... ya va. ¿Pero quién...?

La puerta se abre. Aparece Defino ojeroso y con marcas de la almohada. Los ojos se le pónen como huevos.

—Pero viejo, qué te pasó... —lo hace entrar.

Gardel se apoya en la pared del zaguán. Defino cierra y espera.

—No preguntés, che. Prestame el baño. Dame un traje y un colchón.

—Esta casa es tuya. Vamos para adentro. En qué te habrás metido... ¿Acaso no sabés que la razón la tiene el de más guita?

Se van para el fondo. Defino vuelve a su pieza, Gardel se da un baño y se acuesta. El breve sueño está cargado de pesadillas.

Se despierta empapado y hablando. Enciende el velador pero no está en Jean Jaurés, en su cama de bronce, rodeado de retratos familiares. La luz del día se filtra por las persianas. Se levanta, cruza el patio y se mete en la cocina a poner agua a calentar.

Adela entra y pega un grito.

—Perdón. Armando me dijo que estaba pero pensé que iba a dormir hasta el mediodía.

—La culpa es mía, che. Necesitaba un amargo.

—Pero siéntese. Yo lo hago.

—Adela...

—¿Qué?

—No quiero estar solo.

—¿Cómo?

—Sabés que es espantoso irse, dejar Buenos Aires...

—Tranquilo, Carlos. No nos vamos a mover de su lado.

El agua caliente moja la yerba y mientras Gardel chupa, entra Defino.

—Buenas, buenas... ¿mejor?

Gardel no tiene ganas de hablar. Asiente y juega con la bombilla.

—Así me gusta, che. Adela, andá a vestirte. Todavía tenemos que cerrar los baúles y pasar por lo de Carlos. Tiene que verla a la viejita, darle un beso y un abrazo. Dale.

Adela y Armando salen, Gardel mira las nubes a través de la ventana. Un par de horas después, están en Jean Jaurés. Doña Berta conversa con Adela y observa el ir y venir del hijo.

—Carlos, quiero hacer...

—No me rompás, viejo.

Defino da vueltas alrededor del él y de los baúles.

—Carlos...

—No me hinchés, Fierro Chifle... No quiero hacerlo. Es como pasar por debajo de una escalera. Por favor, hacete a un lado.

Defino lo agarra del brazo con fuerza.

—Lo vas a hacer, te guste o no. Por tu vieja.

Gardel mira a mamá Berta hablando con Adela. Sabe que Barceló no se va a atrever y vuelve a mirar a Defino.

—Tenés razón, che. Dictame.

Se sientan. Gardel escribe el testamento y miente que no tiene deudas. Un rato después, con los baúles cargados en un camión, se despiden de doña Berta y se van.

—¿Llamaste a la prensa?

—Sí, Carlos. Avisé.

—¿A todos?

—A todos.

—¿Seguro, no?

—Tranquilo. Imaginate cómo estamos nosotros. —Defino mira a Adela—. El primer viaje a Europa... y con vos...

Gardel se afloja y sonríe.

En el puerto hay bastante gente. Los Defino se adelantan a hacer trámites. Los periodistas ven a Gardel y lo acosan a preguntas.

—Se lo ve nervioso.

—Ir a París es como visitar a una amante que te espera, che. ¿No sentís cosquillas en el corazón cuando volvés a ver a una mujer hermosa?

Los periodistas lo siguen por la planchada, pasillos y salones. Gardel estrecha manos y tolera que lo empujen. Alguien le pone una copa entre los dedos. El champagne se calienta durante los flashes y las fotos. Hay gente que lo abraza y lo llama hermano, cuñado, tío.

—Somos todos parientes —dice a Defino que volvió—. Tendría que ampliar el testamento. Vayamos a cubierta.

En el trayecto, se cruzan con una gorda enorme que lo besa y lo babea. Una pareja de morochos lo detiene. El, bigote fino y mucha gomina. Ella, alta y con demasiado

perfume. Gardel apenas les lleva el apunte. Sale, se apoya en la borda y trata de tranquilizarse.

—Se me parte la sabiola —se queja—. Qué cagadón, hermano. ¿Cómo salgo de esto? ¿Si vuelvo? ¿Digo que no sabía lo que hacía? Dejo a la vieja en la calle y le pago... Esos burros de mierda... Mirá si me liquida... El viejo me quiere, pero... —se toca la cicatriz debajo de la oreja—. Por mucho menos, me hizo esto y dijo que no le fallara de nuevo. Estoy muerto.

—Animo, pibe —Defino no lo oyó—. En un par de horas, zarpamos.

—Sí, Carlos. Sonría, dele —Adela se corre el pelo de la cara.

—¿Qué soy? ¿El muñeco de Geniol? —Gardel mira los edificios de la dársena—. Me quiero morir. Estoy cansado de parecer alegre, Armando. Muy cansado. Quiero un cotorro con piso encerado que tenga alfombrita...

—Si para vicios, placeres, farras y mujeres, disponés de un capital... —Defino lo toma del hombro y lo aprieta con cariño—. Vas a ver cómo te recuperás en cuanto este vapor esté en medio del océano. Todo ha sido complicado en los últimos días.

—No te imaginás cúanto. No te lo podés imaginar —busca un cigarrillo.

Defino le acerca fuego. Gardel da una pitada y sonríe.

—Así está mejor —agrega Adela.

Los primeros colores de la noche envuelven a los Defino y a Carlos Gardel sobre la cubierta. Buenos Aires comienza a encender sus luces.

—No puedo tener más quilombos. Nos va a venir bien tomarnos el raje. Desaparecer hasta que todo se calme.

—¿Qué cosa? —pregunta Defino.

—Esto no da para más, che.

—Dejate de embromar, Carlos. Estás en lo mejor de tu vida.

—Estoy acabado, viejo. Sabés que la gente no llenó el Nacional y la empresa levantó el espectáculo. Las butacas vacías no dan un mango, son un mal negocio.

Adela los interrumpe para hacer un comentario sobre Europa. Habla de Barcelona y lamenta que no puedan ir con ella a Aragón a visitar a sus parientes. Defino la entusiasma con París: los museos que van a visitar, la cocina francesa, los clubes nocturnos y los amigos que van a ver.

—París es un pueblo sucio, chismoso, viejo y lleno de ratas —se mete Gardel—. Está en la parte de arriba del mapa, pagan mejor y está de moda. Nada más. Voy para hacer guita. Los argentinos somos provincianos y estúpidos.

Defino se sorprende. Adela trata de que no se note el dolor que le produjo el comentario.

—Perdónenme. No quise ofender. Tendría que piantarme al camarote y descansar.

Los Defino se quedan callados. A Gardel se le ocurre algo que le hacer latir la sien: pistoleros del caudillo podrían estar en el barco. Podrían asesinarlo en su cama y tirarlo al río.

—Andá a encontrar un cuerpo entre las notas de esa musiquita.

—¿Qué decís? —pregunta Defino.

—Mirá si manda a alguien para que me dé la salsa en París...

—¿De qué hablás?

—Nada, che. Ojalá tuviera muchos morlacos para llevar una vida de bacán.

—Si te sobra...

—No creas, viejo. Hice giras, radio, teatro, cine y discos... Pero todos te afanan: los empresarios, Razzano... no hay guita que alcance...

Alguien lo llama por su nombre. Se dan vuelta para encontrar una cara desconocida. Hace un esfuerzo, sonríe y se deja abrazar.

El tipo le pregunta qué es lo que opina acerca del futuro del tango. Gardel lo mira y va a contestar.

—Gracias —el tipo, lo palmea y se va.

—Qué reverendo infeliz —le dice a Defino y piensa que ese tipo o cualquier otro, podría ser el enviado por el viejo para liquidarlo. Da una última pitada al cigarrillo y lo tira. Se apoya en la baranda y observa las primeras estrellas—. Hay que aguantar a un porteño. Creen que se las saben todas; las cosas que tengo que hacer por cuatro gatos locos que todavía me llevan el apunte en esta racha fulera...

—Dejate de embromar, Carlos.

—Esta cabeza... tengo ganas de arrancármela. Qué dolor... ¿Dejate de embromar? Que el piróscafo se piante. Si no, la poca gente que todavía me aguanta, se va a avivar de que me estoy quedando sin voz y me va a hacer un corte de manga.

—Pero si cada día cantás mejor, viejo —dice Defino y Adela asiente.

—¿Mejor? Tenés un toscano en la oreja, viejo. Escuchá las grabaciones del 13 y las de ahora. Cada día canto peor... Que te lo bata Elkin.

—¿El tordo de la garganta?

—Ese. ¿Por qué me operó, si no? No me engrupe. Dijo que había sido una pavada. Elkin sabe que voy a perder la voz. Miralo a Razzano...

—Cantaba lindo.

—Pero se le acabó. Se quedó sin teatros, sin noches de estreno, sin aplausos. De yapa, se quedó con mi guita...

—Qué turro...

—¿Turro? Dice que no hay plata, que tengo deudas. ¿Y las propiedades que tenía? ¿Y el stud? Yo me rompí el lomo y él se dio una vida de la gran puta. Le pedí que revisara los libros y me sacó a patadas.

—¿A patadas?

—Todavía me duele el culo.

—Pero, qué hijo de puta...

—Mirá Armando, si perdiera la voz, hasta los muchachos de la barra se piantarían y me dejarían en banda. ¿Y la vieja? me haría conseguir un puesto municipal: lo que siempre soñó... Por Dios...

El barco hace sonar la sirena por primera vez.

—Yo sé que el canto es todo para vos —Defino agarra a Adela por la cintura—. Pero están las pibas, che.

—Ma, qué pibas ni ocho cuartos...

—Si te hace falta un consejo... Dale, decime algo con tu chamuyo tan de bute, decidor y campechano.

—Dejame... Es un mal día y me duele la azotea... ya va a pasar.

Adela busca en su cartera y saca un Geniol.

—Tome, Carlos. Le va a hacer bien.

Gardel se lo mete en la boca.

—Anoche recibiste los biandazos de la suerte mistonguera ¿no? Con llorar nada se gana...

—Perdoname, estoy cansado. Quiero una cama.

Adela les pregunta si no les parece hora de entrar y cambiarse de ropa. Defino lo mira a Gardel.

—¿Qué decís?

—Aguantame un cacho. ¿Sí, Adela?

—Como usted diga, Carlos... pero estoy segura de que un baño caliente y ropa limpia lo va a poner de buen humor.

Gardel le pide a Defino otro cigarrillo y lo enciende. No tiene ganas de baño ni ropa ni nada. Es de noche y en unas horas el barco va a zarpar. Las luces de Buenos Aires se ven borrosas como en un sueño, como si una niebla las quisiera cubrir.

—¿Cómo junto la guita que le debo al Viejo?

Los Defino discuten acerca de lencería francesa. Gardel imagina el pasaje, los salones, la música y el champagne.

—¿Habrá alguno pensando en cachar un bufoso para volarse los sesos? Los años no pasan al cuete, hermano. Que anuncie otro que Carlos Gardel se retira, señores. Sí, el popular cantor, el Morocho del Abasto, la célebre vedette del sud —américaine, mesdames, messieurs, le créateur de tous les tangos á la mode, le chanteur argentin—, deja los escenarios porque pierde la voz y Barceló le va a meter tantos tiros que va a laburar de colador.

La noche sigue caliente y la luna asoma sobre el horizonte. Adela se apoya en el hombro de Defino y no habla. Gardel descubre que el Geniol le alivió el dolor de cabeza. El cigarrillo que fuma está a punto de acabar. La sirena del barco suena por segunda vez. Gardel se ende-

reza, tira el pucho al río y mientras los Defino permanecen abrazados y mirando a Buenos Aires, da unos pasos por la cubierta. No ve que la noche es hermosa, clara y que la ciudad está llena de luna y con sus luces que bailan sobre el agua. Imagina a los pasajeros en plena risa y burbujas, en el extremo de sus boquillas de oro tratando de ahogar la soledad.

—¿Habrá en este barco algún esbirro del Viejo?

Vuelve a ponerse al lado de los Defino. Armando lo mira.

—Por lo menos la tenés a Isabel... —dice.

—Sos tan otario, pibe. Tendría que dejarme de joder, sacarla de esa casa, cortarle los víveres a ella y a su familia. La vieja me avisó: te va a desplumar, Carlitos. Mirá, no sé por qué me saqué fotos con ella. No la aguanto más. Encima, las va a mostrar por ahí. Mi novio, el cantor Carlos Gardel, el que triunfó en París, Niza, Barcelona. Me van a cortar las alas, viejo. Mi compadre tiene razón: por una cabeza perdés todo.

—Te quedan los pingos, che.

—No pienso vender a Lunático ni al resto. Ni muerto.

Armando Defino suelta a su mujer y toma a Gardel por el hombro.

—Animate, hermano. Cambiá la cara... no te queda ni el color...

Como si percibiera las luces de Buenos Aires y se diera cuenta de que se está yendo y de que no sabe cuándo va a volver, se siente triste. Se oye música de tango desde algún salón.

—No es fácil irse.

Los hombres miran la silueta de la ciudad.

—En alguna parte leí que irse no es trágico... es como un lento atardecer de verano.

—Perdoname viejo, eso no sirve ni para un tango.

La noche es plateada; suena la sirena que anuncia que el barco va a zarpar.

—¿Entramos? —pregunta Adela.

—Sí. No tenés por qué embromarte.

Mientras dejan la cubierta, Defino le aprieta el brazo y murmura:

—¿Te acordás, hermano?

—Qué tiempos aquellos... —contesta Gardel y entran.

Sábado 11 de noviembre del 33
0.36 de la madrugada.

La orquesta toca fox-trot y la gente baila. Una mujer con pelo castaño ondulado se levanta de una mesa, se escabulle por un corredor y desciende a la primera cubierta. Se pierde, se confunde, y al final, encuentra el camarote que busca. Gira para asegurarse de que nadie la está mirando, abre la cartera, saca una fotografía de Gardel, le da un beso para dejar el rouge y la empuja por debajo de la puerta. Cuando regresa al salón principal, la orquesta comienza a tocar tangos.

Sábado 11 de noviembre del 33
0.40 de la madrugada

Una morocha de piernas espléndidas abre la puerta del camarote, mira hacia ambos lados, descubre vacío el

corredor y sale dejando una estela de perfume. Avanza por el pasillo hasta encontrarse con la escalera y baja a la cubierta inferior. Luego hace el camino inverso, se detiene frente al 20 B y da tres golpes.

—¿Quién es?

—Sonia. Dale, imbécil. Abrí.

Oye el ruido de la traba que se corre y cuando la puerta del camarote se abre, la empuja y entra.

—Despistá, no seas chitrula. Qué animal... —se queja Angel en calzoncillos, con un revólver en una mano. Con la otra se restriega el hombro.

—Si sabés que soy yo —ella se da vuelta—. Son al cohete tantas mañas. Callate y bajame el cierre.

Angel deja el arma sobre la cama y la ayuda a sacarse el vestido. Sonia observa los retratos de Gardel diseminados por el camarote. Pegadas en la pared, hay fotos del cantor en el teatro, en audiciones de radio, en el hipódromo de Palermo. Encima de cómodas y mesas de luz se ven recortes de diarios y de revistas con reportajes.

—¿Alguna vez vas a dejar que la mucama arregle este chiquero? —Sonia aparta el vestido con un pie y se saca la enagua.

—Este es mi santuario —Angel se atusa el bigotito— a vos no te jode...

—No quiero estar en medio de la mugre —Sonia deja caer el corpiño mostrando los pezones oscuros.

—No hinchés, que está limpio —dice Angel, se sienta sobre la cama y empieza a rascarse el pie.

—Pará con eso, sos un asqueroso —Sonia se acerca, lo empuja y queda con sus pechos a centímetros de su cara.

—¿Lo hiciste?

—Estoy caliente, cogéme.

—¿Lo hiciste o no, galleguita?

Ella se le tira encima, caen sobre la cama y le besa el pecho lampiño.

—Claro, estúpido.

Sábado 11 de noviembre del 33
0.40 de la madrugada

Se oyen los últimos acordes de "La he visto con otro" cuando el speaker toma el micrófono y anuncia, por si alguien no lo supiera, que la empresa tiene el honor de tener a Carlos Gardel entre sus pasajeros. Un reflector ilumina la mesa donde están Gardel, los Defino, Castellano, Pettorossi y el capitán con sus oficiales. Gardel se pone de pie, saluda con su copa de champagne y la orquesta comienza otro tango. La mujer de pelo castaño ondulado pide disculpas a los caballeros de su mesa, se para, cruza el salón y se aproxima a Gardel.

—Bailemos.

Gardel mira a sus acompañantes y deja la copa sobre la mesa.

—Si la señora insiste... —se para, le rodea con firmeza la cintura y haciendo figuras casi prohibidas llegan hasta el centro de la pista—. Ya he sido relojeao pa'l Nacional...

Ninguna otra pareja se anima a salir.

—Es la primera vez que me llevan así...

—Así lo aprendí y así lo bailo. Si me tocan un tango de aquellos con fiorituras...

—¿Y dónde lo aprendió? —ella lo toma con fuerza.

—En los bailongos de Chile...

El tango termina. Gardel vuelve a saludar y se va con ella hacia la mesa. Los hombres se paran.

—La señora... —Gardel la presenta a sus amigos y acerca una silla.

—Montesco... Lola Montesco.

—Háganos el honor. Hay que verla cuando marca el cuatro o la media luna... —Gardel dice al resto.

—El honor es mío. Bailar con Carlos Gardel... Con qué lujo lo hace...

Gardel descubre que le gusta el pelo castaño y ondulado de Lola, sus ojos marrones y su piel mate con lunares. Mientras bailaban tomó nota de la cintura, la firmeza de los pechos y las caderas, la armonía en su manera de andar. Un frío le recorre el pulmón y la boca. Atenti, piensa sin dejar de sonreír, así toda forrada en lamé, es ajena a este corral. Barceló es capaz de cualquier cosa.

—¿De Buenos Aires? —Castellano le acerca a Lola una copa con champagne.

—Nací en Buenos Aires, vivo en Nueva York.

—¿En Nueva York? —dice Gardel—. Pero qué casualidad. A fin de año espero estar en Manhattan. Tengo algunos compromisos.

Aumenta el ruido de la gente que ha vuelto a conversar. Armando Defino y su mujer están medio dormidos. El capitán del barco charla con sus oficiales. Pettorossi le señala a Castellano el pésimo desempeño de la orquesta. Lola toma el champagne y deja la copa.

—¿Un poco más? —pregunta Gardel.

—Me gusta el champagne. No quiero que piense que soy Lulú. Si tomo mucho pierdo la cabeza.

—Yo tampoco soy un viejo verde —Gardel llena la copa otra vez.

—¿Está seguro de que no me va a pasar nada? —Lola lo mira y pide que no le sirva más.

—Nada que usted no quiera que le pase.

Lola se echa hacia atrás y agita su pelo. Los dos comienzan a hablar al mismo tiempo y eso los sorprende. Se ríen.

—Las cosas suceden... —Gardel toma un sorbo de champagne.

Ella bebe y observa los ojos marrones, el pelo castaño duro de gomina con una raya perfecta al costado y el smoking. Gardel le sirve otra vez. La orquesta toca un bolero y Castellano le comenta a Pettorossi que no hay ritmo que los músicos puedan tocar bien.

—¿Y usted sabe qué es lo que quiero que me pase? —Lola mira los dientes blancos. Gardel palidece. El capitán y sus oficiales se ponen de pie para despedirse. Gardel, Pettorossi y Castellano también se paran.

—Ha sido un placer, señora —se inclina y besa la mano de Lola—. Caballeros, buenas noches.

Defino y Adela, inmersos en el sueño, no se dan por enterados.

—Silencio en la noche... Las ventajas del matrimonio... —Castellano comenta.

Se sientan. Gardel saca su cigarrera y ofrece. Lola toma uno y espera.

—No me ha contestado —murmura con el cigarrillo cerca de los labios— ¿Usted sabe qué es lo que quiero que me ocurra?

—Dicen que Nueva York es formidable... —Gardel le da fuego.

—Lo encuentro mucho más atractivo de lo que me imaginaba. Déme más champagne, por favor.

—Qué voy a hacer —dice Gardel con el cigarrillo a un costado de la boca y con los ojos casi cerrados para que el humo no le moleste. Llena la copa una vez más. Estás jodido, hermano ¿La habrá mandado Barceló? Tiene las manos cuidadas y parece pituca pero tanto me asusta una mina que si en la calle me afila me pongo al lao del botón. Hace una seña al camarero indicando que le traigan otra botella. Lola no le saca los ojos de encima.

—¿Me va a permitir que le muestre Nueva York? —Lola juega con el cigarrillo.

—Habrá que ver qué es lo que opina el señor Montesco...

—No hay señor Montesco —ella lo mira desde el borde de la copa—. Se murió en la cama de su amante.

Gardel tose. Defino ronca sobre el hombro de Adela. Castellano sigue criticando a la orquesta, pero Pettorossi lo mira aburrido.

—No tiene importancia —Lola fuma—. En Nueva York ocurren esas cosas. Es una ciudad moderna, absurda y decadente. Yo le voy a hacer conocer el lado bueno...

—¿El lado bueno? ¿La Quinta Avenida? ¿Long Island?

Sin que él lo pueda evitar, Lola se adelanta y lo besa.

—Yo soy el lado bueno... —susurra mientras se separan.

Gardel parpadea. La boca seca le impide mover la lengua. Pettorossi le pide a Castellano que se calle, que no lo quiere oír más. Adela duerme con la boca abierta. Lola aplasta el cigarrillo, se levanta y le ofrece la mano a Gardel.

—Salgamos.

Gardel teme no llegar a ponerse de pie. Cuando llegan a la cubierta, la música es reemplazada por el viento del mar y las estrellas. Lola se inclina sobre la borda; él, fuma erguido.

—La primera vez que lo escuché fue en Mar del Plata... Era febrero; hará cuatro o cinco años. Me pareció increíble; la expresión de su cara, los sentimientos... Cada vez que vuelvo a la Argentina voy al teatro a verlo cantar.

Gardel fuma. Lola tiene los ojos cerrados y se deja tocar por el aire marino.

—Tengo el champagne en la cabeza...

Gardel abre la boca como si fuera a responder.

—Me gustó "Luces de Buenos Aires"... pero "Melodía de Arrabal" fue mejor... Es espantoso el amor por el juego ¿no?

Gardel no ve el pelo de Lola contra el cielo. Todo se le llena de manchas. Se le pone delante la nariz ensangrentada del Viejo y los estampidos.

—... esa muerte accidental del chantajista... —la voz de Lola se oye como fondo dentro del espacio negro de Gardel—. Quisiera ser su profesora de música —se da vuelta y enfrentándolo, se acerca a su pecho y le mira los labios—. Esperé tanto...

Gardel la aparta.

—¿A qué has venido? ¿Qué buscás en este rancho?

Ella lo mira sin entender y trata de acercarse.

—Como perfecta guaranga, estás en tu gran papel.

—No entiendo, Carlos. Tengo el champagne... —Lola busca sus manos.

—Me engrupiste bien de bute con el cuento...

—¿De qué habla? —Lola le toca el cuello.

Al sentir los dedos sobre la cicatriz que le dejó Barceló, Gardel le tuerce la muñeca y la empuja contra la baranda.

—He visto llorar a guapos por mujeres como vos.

—Me dolió, ¿qué hacés?

—No te hagás la estúpida. Ya ves que por ese lado vas muerta con tu espamento —Gardel le tuerce más la muñeca y ella grita—. Avisale al Viejo que no quise romperle la nariz, que voy a cumplir, que me dé tiempo... —La suelta, la mira con desprecio y se va rápido.

Con la mano dolorida y los ojos llenos de lágrimas, Lola lo ve entrar en el salón.

Sábado 11 de noviembre del 33
2 de la madrugada

Gardel vuelve a su camarote. Siente que no tiene salida, que no va a haber lugar sobre la tierra donde pueda estar a salvo, que el Viejo lo va a perseguir siempre.

—Cómo desearía ser otro... parecía una buena mujer. Barceló... Tengo que juntar la mosca...

Abre la puerta y enciende la luz. En el instante en que deja el saco del smoking sobre la cama, descubre una foto de él, que un par de labios han besado, hecha pedazos.

—¿Qué voy a hacer? —se tira a fumar sobre la cama con la foto rota entre los dedos.

Sábado 11 de noviembre del 33
2 de la madrugada

—Cómo te siento —Sonia está montada sobre Angel. Sus manos resbalan sobre el pecho de él y las rodillas le tiemblan— dale, por favor. No aguanto...

Angel le besa un pezón, la toma de la cintura, la penetra más.

—Me vas a matar, animal. Voy a acabar de nuevo —grita y se mueve con desesperación.

Angel espera; siente la vagina de Sonia que lo aprieta y después el cuerpo que se ablanda. Entonces, la eleva un poco y sin sacarla, dice:

—Haceme acabar. Dale.

Sonia se seca la transpiración que tiene arriba de los labios y arremete. El alcanza su orgasmo y ella tiene varios más.

Más tarde, fuman uno al lado del otro.

—¿Lo hiciste? ¿Le dejaste el anónimo?

—Al paso tardo de un pobre viejo, pueblo de notas el arrabal —canta Sonia y se acurruca en su costado—. No, hice algo mejor.

—¿No se lo dejaste?

—Callate y oí: alguna estúpida le dejó una foto estampada con un beso y se la destrocé.

—¿Y la nota?

—A la mierda la nota. ¿No te das cuenta que así se va a cagar encima? Es más jodido, es como si alguien quisiera hacerle un trabajito.

—Pero qué guacha —se ríe Angel.

Martes 14 de noviembre del 33
Medianoche

En honor a Gardel o para su desgracia, la orquesta se empeña en tocar mal el tango.

—Qué querés —comenta Castellano a Pettorossi—: tres negros, un dominicano, un jamaiquino, dos cubanos y hasta un gallego. Ni un solo argentino...

Pettorossi le contesta con un bostezo. Gardel mira el salón. Defino se inclina hacia él y dice:

—Qué minas ¿no? Es medianoche, el cabaret despierta.

—Muchas mujeres, flores y champagne —canta Gardel resignado mientras mira en dirección a la mesa donde debiera estar sentada Lola.

—Va a comenzar la eterna y triste fiesta... —tararea Defino.

—De los que viven al ritmo de un gotán —termina Gardel.

En la pista de baile, un par de rubias de aspecto vulgar y pechos enormes, bailan con un tipo que no puede ser otra cosa que un argentino millonario que les pagó el pasaje.

—Otro que viaja con la vaca atada. ¿Sabés quién es el coso ese? Parece caripela conocida...

Defino mira de nuevo al tipo que baila con una parte de la camisa afuera del pantalón y un pedazo de barriga que asoma. Tiene tanta gomina que jamás se podría despeinar. Las chicas lo tocan por los beneficios probables de un buen par de billetes.

—Esperá que te averiguo —Defino llama a un camarero—. Ya está. Vamos a ver qué esconde bajo la risa.

El mozo regresa con una botella de champagne francés. La deja y le habla a Defino al oído. Gardel acerca la etiqueta a sus ojos.

—Qué lo parió, cosecha del 25. ¿Estás en pedo, Armando? Esto sí que no lo pago. Tengo poca meneguina. Andá a tirarle la manga a alguno...

—Me dicen que el ñato —Defino señala al tipo que baila—, es hermano del dueño del teatro Nacional.

El engominado intenta tocarle el culo a una de las chicas.

—Juná —Gardel dice enojado—: el espectáculo lo levantaron por falta de público, a nosotros no nos pagaron un sope y el señor se da la gran vida con nuestra guita. Como para no engranar, che. No hay empresario que no te cague, viejo.

—Qué vas a hacer, hermano. La Argentina...

—La botella, devolvésela. Que se la meta en el orto... —Gardel mira el salón sin encontrar a Lola.

—Pará, che —Defino le toca el brazo—. No la mandó él, vino de aquella mesa —y señala a una pareja que está lejos, en el fondo del salón.

—Sin los anteojos no veo un soto —Gardel levanta la copa por si lo están mirando.

Su miopía no le permite distinguir que Angel y Sonia, desde la otra punta, responden al saludo.

—Sonreí, marmota —Sonia patea a Angel—. Sólo servís para coger...

Gardel destapa la botella, prueba el champagne y llama al mozo. Le pide que por favor le diga a los señores que sería un honor que vinieran a compartir su mesa. El mozo cruza la pista, transmite el pedido y espera.

—Sentarse con Carlitos... hablar con él. Dale, vamos —Se exalta Angel y se pone de pie.

—¿Adónde te crees que vas, infeliz? —Sonia lo sienta.

—¿Por qué?

—No estamos jugando. Dígale al señor Gardel que su invitación nos honra pero que nos disculpe, que estamos cansados. Otra vez será... y si le pregunta quiénes somos, dígale que admiradores.

—Ma qué admiradores —Angel mira a Gardel—, fanáticos.

El camarero regresa con el mensaje y en el camino lo detiene un individuo y le dice algo. Entonces, va a la barra y vuelve a la mesa de Gardel con otra botella de champagne francés. La orquesta ahora toca "Nubes de humo" tan mal que parece "Barra querida".

—Escuchá —se queja Castellano a Pettorossi—. No te digo que son unos infelices...

El mozo llega a la mesa donde está Gardel y deja el champagne y los mensajes.

—Aquellos dicen que otra noche, que hoy están cansados. Pero ésta —Gardel agarra la botella— la manda aquel ranún —señala al individuo que levanta la mano para saludar—. Ha pedido por favor si lo quiero acompañar un rato —se encoge de hombros—. Un tipo que puede pagar este champagne debe tener mucho torvelo ¿no?

—Andá, si querés —Defino lo palmea— yo me arreglo.

Gardel se levanta con la copa en la mano, y con la mejor de las sonrisas, llega hasta la mesa donde está el hombre que le mandó la botella. Es flaco, viejo, pelado y usa anteojos. Lo acompaña una puta pelirroja. Inestable por la borrachera, el tipo obliga a la mujer a enderezarse y

trata de ponerse de pie sin tirar lo que está encima de la mesa.

—William Hicks —le ofrece una mano blanda.

—Carlos Gardel.

—Please, please... —indica que tome asiento y mira a la puta—. She... mí no recuerdo nombre...

—Gracias por la invitación, señor Hicks.

—Por favor, speak despacio... mí no hablo mucha español.

Gardel saca la cigarrera, ofrece, enciende uno y apoya los codos sobre la mesa. No está de ánimo para soportar imbéciles.

—Este loro no será su mujer, ¿no? el mal gusto norteamericano es famoso.

—Mí entiendo poca español, Carlos, si me permito llamar así —el viejo mira la expresión vacuna de la puta.

Gardel fuma. La orquesta acaba de enviudar con el tango y se atreve con música brasi'eña.

—Usted dirá...

—Mi trabajo empreso importante... movies ¿you know?... —Hicks sirve champagne, vuelca un poco y toma lo que puede. La pelirroja se apoya sobre el hombro de él, que busca algo en los bolsillos. Saca una tarjeta, se la da a Gardel que la acerca a sus ojos y se sorprende.

—Isa, la pucha. Adelante, por favor...

—Yes... —hipa Hicks— mí amo tango... escuchó en París, Fémina theater... —deja de hablar como un muñeco al que se le ha terminado la cuerda. Con una teta a punto de salirse del vestido, la pelirroja le acaricia la pelada.

—Aire, correte, piba —Gardel la aparta.

Ella sonríe y estira el brazo para defenderse. Gardel la ignora. Hicks está desplomado sobre la copa, con la borrachera en pleno.

—Yes... veinti nuevo, su canto es magnetic, geniol... tragic... your face moves... como ópera, uno siento lo dulce, the pride, alegrío... so simple, directa, deep. Gran artisto, yes... geniol...

—Dígame ¿qué intenciones tiene la empresa?

—Empreso... —Hicks mueve el índice y sorbe champagne— mande esto ejecutivo a estudia ground, terrena ¿yes? We pensamos que argentine gauchos y Pampas, very magnetic... —pellizca el cachete de la pelirroja— y mucho romantic...

—¿Y?

—¿So? —Hicks atrae a la pelirroja y le toca las tetas sin disimulo— very romantic... like Valentino...

—Seguí, hermano. No me dejés así...

La pelirroja besa a Hicks mientras éste le explora las piernas.

—Franeleá en otro momento, che.

Hicks se ríe con grosería, le dice algo a la puta que le contesta con un codazo y mira a Gardel.

—The empreso —reanuda Hicks el hilo de su pensamiento— pide a mí ver Argentina y hago informe...

—¿Y? ¿y?...

—Argentina, mí creo, no intereso american public... ¿Quién ver movie with dos avestruz y rancha?

—Rancho, salame.

—But... yo escucha Carlos Gardel in Paris and my head blew off... me dijo: big exita... mucho movies... a lot of money...

—¿Cuánto? ¿cuánta guita, che? —Gardel no quiere que Barceló lo corte en pedacitos como a un pollo y lo tire al Lago de Palermo.

—Yo estuvo France... —Hicks abre los ojos grandes como monedas y deja de hablar. La puta está quieta como una momia. Gardel fuma, espera y fuma. Súbitamente, Hicks adquiere vida—. Let's drink, Charlie... —y sirve champagne.

—Entonces, brindemos por el amigo y por aquellas épocas en París —Gardel alza la copa.

La pelirroja revive, dice algo y se cae encima de Hicks con intención de dormir.

—Yes, amigou... then usted era Garden...

—Esos franchutes sólo saben hacer perfume, Willy —Gardel vacía su copa y pide más—. Dele, hablemos de los planes de la empresa.

La orquesta se mete de nuevo con el tango. Hacen sonar "La cumparsita" como si hubiera sido escrita por Villoldo. Castellano se para y seguido por Pettorossi, se acerca a la primera fila de músicos. Hicks está dentro de sus recuerdos con la profundidad de un pescador de ostras.

—Remember, habla pobre español, Florida Cabaret... —agita la cabeza y los anteojos se le caen dentro de la copa. Los seca, se los pone y agrega—: October, the second... dos. Llena de gento... delusion... aplausos and screaming...

—Nadie me llevó el apunte... apenas se dieron vuelta. Nadie aplaudió...

—Usted cantó "Siga el carso"... remember programo.

—El corso... "Siga el corso"... Estaba lleno de fran-

chutes pitucos con sus minas... apenas miraron mi pilcha de gaucho... ¿Cuánta guita ofrece la empresa?

Se oye el ruido de cosas metálicas que se caen y Gardel ve que Castellano está a los empujones con algunos tipos de la orquesta. Hay atriles y partituras sobre el parquet. Un músico le tira un manotazo a Castellano y le desarma el peinado. Pettorossi lo toma como algo personal y golpea al músico con tanta fuerza que hace que éste caiga encima del resto de la orquesta.

—The argentinos... —Hicks se excita—. Look... —cachetea a la pelirroja— ... so funny...

Gardel, que no mira ni se mueve de su asiento, le dice a Hicks que sirva más champagne. Personal de seguridad se lleva a Castellano, Pettorossi y a varios músicos mientras los compases de jazz salen por los altavoces.

—Sigamos con este fanguyo.

—Yo recuerda your suit gaucho —Hicks silba mal algo que Gardel está seguro de que es un fox-trot—, "The carrete" —aclara.

—"El carretero" —Gardel se enoja—. "El carretero", huevón.

—Yes, "El carretero huevón".

—Pero qué yanqui más pelotudo que mandaron... —Gardel busca un cigarrillo—. Che milonguita, haceme un favor —la pelirroja parpadea—: metete la teta adentro y chupame un huevo. ¿Dónde se habrá metido Lola? —Gardel mira la pista. Un camarero aparece con dos botellas cosecha del 21 que pidió Hicks y sirve.

—But the best, Charlie... —Hicks alza las cejas, hace una pausa teatral y se adelanta como si fuera a decir algo secreto—. "Esta noche me emborracha" —grita y aplaude.

—Lo que te emborracha es el champagne, salame —Gardel se para y extiende la mano para despedirse—. Mister Hicks...

Hicks mira perplejo a la pelirroja y trata de hacer que Gardel se siente.

—Mirá, hermano. Tengo mejores cosas que hacer que pavear con un contamusa y vos piba, cerrá las piernas que se te va a volar la cotorra.

—Please, Charlie... —Hicks se pone de pie para impedir que Gardel se vaya.

Gardel duda. Toma asiento mientras le da varias pitadas a su cigarrillo.

—Okey —Hicks aparta a la pelirroja—. Leave us, sweet heart —Ella obedece sin ganas, se levanta y se va—. Business is business.

—No entiendo, viejo.

—Negocios, money, pesos... —Hicks, serio, impresiona sobrio.

—No soy otario. Ya lo oí.

—Paramount films con Charlie... Buenos Aires... the river...

—¿De nuevo "yes, we have no bananas"?

—No more —niega Hicks—. Good, good, Charlie, that's right... nunca más.

—Quiero que las cosas se hagan como digo yo.

—Okey, no problemo ¿Your way?

—Sí, querido. My way...

—Okey, pero escucho bien. Paramount, Gardel y Hicks, plata grando para todos ¿okey?

—Qué piola, vejete... querés tajada...

—Mucha money.

—¿Cuánta mosca?

—¿What?

—¿How much? —Gardel dice lo único que sabe en inglés.

—Hundreds of thousands. Lo que oigo... miles...

—¿Cómo? —Gardel se tira el champagne encima del smoking y se queda con la boca abierta como un ganso—. ¿Cientos de miles de dólares? qué macanudo, che.

—Let's make a toast. Hagamos una brindis —Hicks le llena la copa por enésima vez y se acomoda los anteojos.

—Qué macanudo, pero qué formidable, no me importa que todos ganen ¿Y si en lugar de volver me rajo? París, Niza, Nueva York... hasta podría aguantar vivir en Londres. Lo cago al Viejo, la hago venir a mamá y con tanta lechuga puedo vivir toda la vida.

—Good, bueno... Yo habló con Chevalier...

—¿Maurice Chevalier? —Gardel deja que el cigarrillo largue humo sobre el cenicero mientras saca otro y lo enciende.

—Yes, yo habló con Chevalier. Dije no problemo. Puede ser película juntos as Laurel and Hardy in Buenos Aires... big city.

—Hollywood —A Gardel se le cruzan los días lejanos del Abasto, el almacén de los Traverso, O'Rondeman, el café del Pelado, la "Crónica de mi primera gira", el andar sin un peso a lo largo de tantos caminos polvorientos, pueblos llenos de chacareros. Noches en las que cantaba por un vaso de vino y un pan con salame o en las que tenía que escapar del hotel por no tener plata— ¿Hollywood? Serví, hermano. Esta noche me emborracha, tenés razón.

Hicks trata de embocar el chorro de champagne mientras Gardel ve que Castellano y Pettorossi, de nuevo engominados, entran en el salón y van hacia la mesa. Castellano se desvía y se acerca a Gardel.

—¿Viste, Carlos? Perdón, buenas noches —saluda a Hicks—, Alberto Castellano, mucho gusto.

Hicks pretende ponerse de pie pero se cae con silla y todo.

—Pero, qué mamúa tiene este coso, ¿argentino?

—No —Gardel ayuda a Hicks—. Yanqui.

—Con razón. No sé para qué toman —y mira hacia donde está la orquesta cuyos integrantes comienzan a tocar "La cumparsita" como si fuera "La cumparsita"—. Esos jetones... le aposté un canario a Pettorossi que lo que habían tocado antes era "La cumparsita" y cuando voy a preguntar me dicen que habían hecho "Viejo smoking". Pero qué infelices...

—¿Y los ñoquis? —Gardel ha sentado a Hicks, pálido como un cadáver y le ha puesto la copa llena entre los dedos.

—¿Aguantará?

—Estos yanquis se creen que son Dempsey ¿Y los sopapos?

—Me despeinaron... No iba a quedar así.

—Tenés razón.

—¿Va a andar bien? —Castellano observa que Hicks está inclinado como la Garisenda de Bolonia.

—Andá tranquilo. Estamos hablando de negocios.

—Si para eso no servís...

—Dale, vía, aire, che...

Castellano se va diciendo "estos yonis...". Hicks regresa del territorio incierto del alcohol. Los muchachos de

la orquesta logran una versión afortunada de "Pinta brava" y miran en dirección a Pettorossi y Castellano.

—Bueno mister, finiquitemos este asunto que me pica el bagre.

—Yo cansado, Charlie —el viejo levanta la copa—. Mi camarota tiene papelos con figures... número, come on.

Hicks se tambalea. Gardel lo sostiene y cruzan la sala con la falta de armonía de un ventrílocuo con su muñeco. La música de un tango que se desvanece, es el telón para el momento en que bajan la escalera hacia la primera cubierta y se despeñan. Gardel levanta a Hicks que se queja y logran llegar al camarote. El viejo abre la puerta e intenta encontrar un rumbo que sólo él conoce. Anda a la deriva hasta que Gardel enciende la luz. Hicks llega al ropero y saca un maletín con montones de papeles.

—Come, Charlie, see... the glory...

Gardel lo aparta, se pone los anteojos y encuentra hojas con el membrete de "Paramount", escritas en inglés y llenas de números.

—¿Qué carajo dice acá? ¿de cuánta guita se habla?

Hicks se acerca e inesperadamente le toca los genitales.

—A la marosca —Gardel se lo saca de encima. El viejo va a dar contra la pared— andá a joder a tu abuela, maricón.

Hicks trata de enderezarse mientras lleva su mano al interior del saco y extrae un arma.

—Araca. Al final vas a terminar siendo el Beto López, de Villa Crespo —y se arroja encima de Hicks para desarmarlo.

Chocan y al caer, la cabeza de Hicks golpea con el borde de la cama. El revólver se pierde bajo la mesa de luz.

Gardel se incorpora después de unos segundos. Está atontado.

—Levantate, infeliz.

Hicks es un muñeco sobre el piso.

—Te digo que te parés.

Gardel se agacha, lo toca, apoya su oreja sobre el pecho del viejo y descubre que está muerto.

—Sin compasión lo achuré...

Se mueve alrededor del cadáver sin saber qué hacer. Luego de unos minutos recupera el control. Se tira sobre la cama y enciende un cigarrillo.

—Barceló resultó una ladilla... el muy turro está en todas partes.

Gardel toma decisiones mientras el cuerpo de Hicks se enfría.

Varias horas después, luego de haber arrojado al mar un baúl que contiene el cadáver con todos los papeles de la "Paramount" dentro de los bolsillos, vuelve a su camarote y se acuesta encima de una fotografía besada y rota.

—Sin pensar, loco de rabia, lo maté —pero cambia de idea—. Tirate al río, no embromés con tu conciencia.

La madrugada es la soledad inmensa de un cantor de tangos muerto de miedo que fuma para acompañar el insomnio.

Jueves 16 de noviembre del 33

Gardel y los Defino, aplauden a la orquesta que termina de tocar "Galleguita". Pettorossi se levanta emociona-

do y abraza al director que no es otro que Alberto Castellano, cuyos servicios contrató la empresa naviera para disminuir las escenas de pugilato a la hora de la cena y del baile. Castellano le deja indicaciones a los músicos y vuelve con Pettorossi.

—Es otra cosa ¿no? suena de otra manera...

—Flor de cambio —dice Gardel—. Ahora dan cátedra. Me batieron que tocan mejor porque los tenés arreglados... —y con mirada cómplice a Defino—. Isa... con un tango como ese cualquiera hace capote, che... ¿no, Horacio?

—Si usted lo dice, don Carlos —contesta Pettorossi.

—Son buenos pibes. Les prohibí tocar tangos si estoy ausente —Castellano ignora los comentarios y se sirve champagne—. Que hagan pelota otro ritmo: jazz, valses, samba... el que quieran...

—Caballeros —el capitán besa la mano de Adela— ¿los puedo acompañar?

—Para nosotros es un honor —Gardel le acerca una silla y una copa de champagne—. ¿Fuma? —le presenta una cigarrera de oro y rubíes con su nombre.

—No, gracias. El honor es mío. Por estar con usted y por la belleza de la señora.

Adela devuelve el piropo con una sonrisa mientras su marido la patea por debajo del mantel. La orquesta diseca un bolero con absoluta sangre fría. Gardel mira la pista de baile sin prestar atención, cuando descubre a Lola que entra con la magnificencia de Margarita Gauthier.

—Este Barceló... —la observa cruzar el salón sin dirigirle la más mínima mirada. No sabe qué actitud tomar.

Saca un cigarrillo, lo enciende y luego de dar una pitada, bebe un sorbo de champagne.

Defino y Adela hablan con el marino acerca del tonelaje del buque y de la rapidez con la que se puede viajar a Europa. Pettorossi revuelve la bebida con el dedo y Castellano oye la música con ojos soñadores. La orquesta mantiene una pelea a los gritos con un pasodoble.

Un rato después, la conversación de los Defino con el capitán entra en zona muerta y el hombre aprovecha para cambiarse de asiento con la intención de hablar con Gardel.

—Carlos... —dice en voz baja— ¿podemos hablar unas palabras? Usted sabe que yo no quiero que mi chamuyo lo ofenda...

—No entiendo de qué habla, capitán.

—Lamento importunarlo. Yo sé que ha sentado cartel de indiferente...

—No crea, amigo. No soy insensible a los halagos de la vida y al sufrir...

—Es mi deber preguntarle. Me da vergüenza... Usted está vestido como un dandy, peinado a la gomina.

—¿Qué le pasa?

—Ocurrieron algunas cosas y no quisiera que los pasajeros se intranquilizaran.

—Pero mi amigo... Olvide usted un momento sus deberes y deje hablar a la voz de la conciencia. Los problemas de su barco son los míos. En lo que pueda ayudar...

Defino besa a su mujer y le toca los muslos mientras Pettorossi discute otra vez con Castellano.

—Carlos —la mirada del capitán es grave— tengo entendido que usted, un par de noches atrás, compartió la mesa de un señor llamado Williams Hicks.

—Sí capitán, es verdad. Un gil a la gurda, pretencioso cuando curda, engrupido y charlatán... Andaba con un programa. Usted sabe...

—Hicks ha desaparecido.

—Hoy se vive de prepo y se duerme apurao... —Gardel pone su mejor cara de estúpido— teniendo en cuenta la mama que tenía, entre nosotros, un peludo descomunal, debe de estar durmiendo la mona en alguna sábana ajena. Si yo fuera usted, no me preocuparía... tarde o temprano, todos salimos de entre las piernas de alguna mujer para ocuparnos de asuntos menos importantes.

—Lo que dice es cierto... cualquiera que mira este salón se da cuenta de que la única mujer decente es la señora Defino... el resto son todos yiros —y se ríe.

—"Qué pelotudo", Gardel piensa en Lola.

—Una mujer, una pelirroja... —agrega el capitán.

—La picaterra que estaba con él la otra noche.

—Exacto, una norteamericana... dice que hace dos días que no lo ve. Tiene miedo, parece que el fulano andaba con mucha plata.

—La debe estar invirtiendo en piguyos más rentables —Gardel no deja de mirar hacia donde está Lola—. Usted ¿qué piensa?

—No sé. Hay mucho reo en el barco. Hay más de un rasposo que viaja nada más que con el pasaje, pensando que en Europa se va a llenar de oro... a ese tipo de vagos, nunca le viene mal hacerse fácil de unos pesos.

—¿Fácil? ¿matando a alguien?

—En ningún momento hablé de asesinato.

Castellano y Pettorossi discuten con vehemencia mientras la orquesta muerde los costados de un fox-trot.

—Entonces ¿de qué habla? —Gardel sirve champagne.

—No sé, la verdad... si no es indiscreción, ¿podría decirme qué cosas conversaron?

—Estuvimos hablando sobre París, Buenos Aires, el tango... Imagino que la pelirroja ya se lo habrá contado, Hicks tenía un pedo...

—La mujer dice que no prestó atención, que no sabe español. ¿Hicks le comentó en qué trabajaba? ¿qué era lo que hacía?

—Ni una palabra.

—Los vieron salir del salón...

—Fuimos a tomar un poco de aire.

—¿Y después?

—Se rajó a su camarote... Yo me quedé en la cubierta... era una noche formidable. ¿Revisaron sus cosas? ¿Falta algo?

—El camarote estaba en orden, no es fácil saber si faltan cosas porque estos italianos —baja la voz para hablar de su tripulación— no cuentan los bultos. En esta empresa uno no puede estar seguro de la cantidad de baúles que cada pasajero embarca. Encontramos ropa, perfumes y otras cosas. Si lo que dijo la pelirroja es verdad, Hicks desapareció con mucho dinero.

—¿Qué otras cosas encontraron?

—Un artefacto curioso... no me pida que le dé detalles. Por favor, no puedo.

Castellano se pone de pie y seguido por Pettorossi, se dirigen a los músicos que terminan de tocar una pieza y van a comenzar otra. Gardel y el capitán permanecen sin hablar. Castellano y Pettorossi regresan mientras la orquesta toca una habanera.

—También tuve que prohibirles que tocaran shimmys —Castellano señala a Pettorossi— todo sea por conservar la amistad de este chichipío.

Defino y Adela se besan y se tocan mientras Gardel y el capitán asienten pero tampoco le llevan el apunte.

—Usted que corrió siempre en yunta con este bote veterano y que muchos años de servicio en la vida ya lleva ¿qué es lo que cree?

—Lo tiró al agua... —dice en voz baja el marino mientras mira su copa de champagne.

Gardel siente que la luz del salón se pone gris y tiene la impresión de que alguien bajó el volumen de la sala.

—¿Que quiere decir? Avisá, che. No me haga pasar vergüenza, yo soy un hombre decente. He tenido un mal momento...

—Que estoy seguro de que el peludo lo tiro al agua; el chupín se tropezó y chau, se fue por la borda... y a esa hora, con el alcohol que todo el mundo tiene adentro ¿quién se va a dar cuenta si alguien va a parar al mar?. Cómo estaré de seguro que ya hice el informe... De todas maneras, voy a esperar un par de días... no sea que esté con alguna sirena en el agua de otro camarote... como usted dice...

—Si Barceló no me mata, me voy a morir del bobo —piensa Gardel con alivio mientras dice "una copa, capitán" y sirve.

—No gracias, Carlos. No se ofenda, pero debo volver al puente —se disculpa, se pone de pie, dice "caballeros", "señora Defino" y se va.

—Carlos —Defino se acerca— no te enojás ¿no? Adela está cansada y no se siente bien.

—Andá, che... no me des explicaciones.

Castellano y Pettorossi sacan muchos billetes, los dejan sobre la mesa y miran a Gardel.

—¿Qué sapa? ¿Se puede saber qué les pica?

—Tengo una rumbiada papa que pagará gran sport... —canta Castellano.

—Nada, don Carlos.

Lola se pone de pie y se acerca hacia ellos. Un mozo trae champagne francés cosecha 1900 y le dice a Gardel que se la mandan los mismos admiradores de la otra noche. Gardel los busca y a duras penas los distingue, muy borrosos, en el fondo del salón.

—Yo que soy chicato... —sonríe, levanta la botella, saluda y le dice al mozo que por favor les diga que los invita una vez más a compartir la mesa.

—Mirá como nos juna —Angel está incómodo dentro de su smoking— qué sonrisa, qué expresión, ese hombre canta con la mirada. No te mueras nunca, hermano...

—Saludá, paparulo —Sonia le responde a Gardel moviendo los dedos y lo pellizca a Angel que levanta la mano.

Gardel sólo adivina el par de bultos que se agitan.

El camarero va, habla con Angel y Sonia, regresa y le informa al cantor que la señora le agradece mucho la invitación pero que tendrá que ser otro día.

Lola se detiene frente a la mesa de Gardel. Este, que no la había visto acercarse, se sorprende y se pone de pie.

—Señora Montesco —dice con el automatismo galante del porteño.

—Carlos —ella extiende la mano y él la besa.

—Por favor, sentate.

—Al taura siempre premia la suerte, que es mujer —tararea Pettorossi y se guarda todos los billetes que habían apostado. Castellano se pone de pie, se acerca, saluda a Lola y le canta a Gardel en voz baja:

—Vos fuiste el rey del bailongo en lo de Laura y la Vasca, había que ver las churrascas cómo soñaban tras tuyo ¿Seguís con este escracho? Aposté que no le ibas a llevar el apunte, "¡Ahí va Sarrasani con el chimpancé!" van a decir —y se va en dirección a la orquesta.

—No le lleve el apunte, don Carlos. A mí me gusta. Pero deje las pebetas para los muchachos, esos platos fuertes no son para usted —dice Pettorossi.

—No me deschavés, gil —Gardel ve cómo el guitarrista sigue a Castellano— te va a pasar lo mismo que le pasó a Aguilar, estúpido.

Los músicos arrancan con "Adiós muchachos" y Gardel no deja de mirar a Lola que observa a las parejas que bailan en el salón.

—¿Qué? —Lola lo enfrenta.

Gardel le sirve champagne y le ofrece un cigarrillo.

—¿Qué? —aspira humo y lo larga.

—Estás más tostada, con más lunares, si hasta pareciera que tus ojos brillaran, que tuvieran chispas...

—Es que nos volvemos a ver —Lola agita su pelo castaño. Gardel le espía el vello rubio que languidece en el escote y las curvas de su cuerpo bajo el vestido de seda.

—Yo paseo por la cubierta... Usted seguro que duerme hasta tarde porque durante la noche tira cosas al mar.

Gardel se atraganta con la bebida y tose varias veces.

—Cómo se te ocurre...

—Es que usted es nocturno, Carlos. Veo...

—¿Qué ves?

— ... un hombre tan buen mozo, tan viril...

—Sí ¿qué más?

— ... un hombre que alcanzó el éxito, el reconocimiento...

—Seguí, por favor.

— ... un hombre con una voz que despierta en el pecho resonancias de niñez, de primer amor o de un patio con madreselvas...

—¿Qué más ves?

— ... un hombre que le hace sentir a la gente una melancolía intensa por cosas que nunca conoció o tuvo... y sin embargo...

—¿Qué? Sin embargo, ¿qué?

— ... algo dentro de usted es triste. Me lo imagino dado a profundas reflexiones, sumergido en el mar sin fondo de su espíritu, perfumado por penas y recuerdos... —Lola se le acerca sin dejar de mirarlo a los ojos—. Me lo imagino solo en la cubierta...

—¿Solo? ¿haciendo qué?

—Solo bajo el resplandor de una noche estrellada, acariciado...

—¿Acariciado?

—Sí, acariciado por el viento de sal del océano y arrojando...

—¿Arrojando...?

— ... arrojando todos sus sueños por la borda.

—Mi Dios —En plena conmoción, la toma de la nuca, la atrae y la besa. Una sombra pasa furtiva por su con-

ciencia. Lola percibe en el beso el cambio de actitud, la súbita ráfaga de nieve.

—¿Qué pasa?

—Lola, yo... la otra noche...

—La culpa fue mía, lo provoqué... —le toca el mentón, le acaricia la mejilla— dije que el champagne se me subía a la cabeza, que me hacía capaz de hacer cualquier cosa... No hice más que pedirle, una y otra vez, que me sirviera más, amor.

Gardel mira las pupilas dilatadas de Lola, el pelo ondulado que rodea su cara, las alas de la nariz que casi tiemblan.

—Yo pensé... —busca un cigarrillo, le ofrece otro a Lola, se lo enciende y fuman.

—No quiero imaginar las cosas que habrá pensado de mí —ella adelanta su mano y roza sus dedos— bebí tanto; seguro que dije barbaridades. No sabía lo que hacía, le habré parecido una milonguera, la piba mimada de la calle Pepirí, amor.

—¿Qué querés? ¿Quién sos?

—Una mujer enamorada...

—No. ¿Quién sos en Nueva York, en Buenos Aires, cuando nos besamos...

—Soy lo que usted quiere que sea, amor... ya no voy a poder estar lejos de usted.

—Pero en Buenos Aires, Barceló... —Gardel mira los labios de Lola y su mirada adolescente.

—¿Barceló? no sé de qué habla, amor ¿Qué es Barceló? ¿Un lugar? ¿un amigo de usted? En Buenos Aires sólo tengo un par de tías a las que hay que visitar de vez en cuando. En Nueva York y París tengo los negocios que

fueron de mi marido, pero si usted me lo pide, vendo todo y voy adonde me diga —dice y juega con los dedos de él—. Me gustan mucho sus manos...

—La otra noche te lastimé, te hice daño, hasta te insulté, Dios mío... —Gardel le acaricia el pelo.

—Ya pasó amor. Ya no duele ni me acuerdo...

—No me lo voy a perdonar jamás.

—Olvidemos todo este equívoco y empecemos otra vez —Lola se muerde los labios. La música del tango suena hermosa. Una pareja lo baila como si fuera un vals.

En la otra punta del salón, Sonia le encaja un codazo a Angel que se está hurgando la nariz.

—Mirá, gilún... aquella debe ser la guacha que todas las noches le deja las fotos.

—¿Las seguís haciendo pedazos?

—Sí... como si fuera una maldición vudú.

"Adiós muchachos" termina, la gente aplaude y grita que lo repitan. Alberto Castellano toma el micrófono y pide por favor que se haga silencio:

—Muchas gracias, gracias... Buenas noches, señoras y señores, gracias por querer a esta música que nació en Buenos Aires y vive en nuestras piernas... pero esta música también es voz y de varón: porque el tango es hombre y el tango es Carlos Gardel.

Los reflectores iluminan a Gardel y a Lola.

—Pero qué infeliz —Gardel se pone de pie, reparte sonrisas y va hacia la orquesta mientras Lola lo mira divertida.

Comienzan "Adiós muchachos" de nuevo. Gardel canta con su voz de barítono y sin desafinar. El pasaje sigue los gestos de su cara, sus manos, los ojos que se dilatan.

—Ahí lo tenés —le dice Sonia a Angel—: el avestruz de una pampa que ya invadieron el jazz, el gringo y el Ford.

—Sos una yegua; es un genio, es Dios, tiene la garganta llena de ternura, de alegría, de dolor, de algo terrible y melancólico. Lo oigo y es como si me cantara algo propio. Yo que sé, el hígado... es como si las calles...

— ... de Buenos Aires lloraran...

—Sos una yegua... sos una yegua.

—Sí me montás, te voy a mostrar en serio qué clase de yegua soy. Te voy a hacer ver las estrellas.

—Salí —la empuja Angel— la que sólo sirve para coger sos vos.

Gardel canta y sonríe; su camisa blanca de pechera dura contrasta con el smoking inglés negro; la luz le brilla en el pelo engominado, en el reloj de oro. Llegan los últimos versos de "Adiós muchachos". La gente aplaude sin entusiasmo y Angel aplaude con frenesí, Gardel saluda con las rodillas juntas, flexionándolas hacia uno y otro lado. Luego, agradece a Castellano y vuelve con Lola. Se sienta y durante un minuto tiene en el rostro la sonrisa de los que son felices con poco. Lola lo observa.

—¿Bajo su amparo no hay desengaños?

Gardel le sirve champagne y toma del suyo.

—Contra el destino nadie la talla, Lola.

—Pero tendrá en su cabeza recuerdos de otros tiempos, de momentos bellos y de alguna noviecita, me imagino.

—Hubo... pero ya no existe, fue un amor que nació como un niño muerto, que nunca significó nada.

Lola mira su dentadura blanca. Castellano gobierna con maestría a la orquesta que toca "Ventanita de arrabal". Dos o tres parejas ocupan la pista.

—¿Y si algún día vuelve porque no la puede olvidar y ella todavía lo está esperando? —Lola lo mira con profunda ternura—. Sírvame más champagne, amor.

—Vas a perder la cabeza.

—No, amor. No la voy a perder. Ya sé qué es lo que quiero que me pase... pero no me contestó: ¿y si algún día vuelve?

—Me muero por vos —Gardel se abalanza sobre ella y la besa.

—Vamos a mi camarote. No puedo más.

"Ventanita de arrabal" termina y ellos atraviesan el salón. Castellano los ve pasar y le ordena a la orquesta que toquen "Victoria". Pettorossi ronca con la cabeza entre los cubiertos.

Lola lleva a Gardel de la mano a través de corredores y escaleras y él se deja conducir.

—Pará, Lola... tengo que decirte algo —Gardel la detiene—. No es lo que te imaginás... —y bajando la mirada—: nunca anduvo bien... Se queda fofa...

Lola no dice nada lo toma de la mano abre la puerta del camarote una vez adentro se saca los zapatos los tira a un costado lo besa excitada y suspirando le saca el smoking lo deja caer se recorren el cuello con los labios se quita apurada la enagua desata la corbata de moño desprende los botones de la pechera de él logra desembarazarse de sus medias de seda le saca los zapatos brillantes las ligas Lola pasa su lengua por el pecho que se ve a través de la camisa abierta de Gardel y lleva las manos de él a su espalda y él las baja y luego sigue hacia los muslos las sube hasta la nuca la besa con más fuerza se enreda en el corpiño ella lo ayuda se ríe lo saca apare-

cen los pechos blancos los pezones lunares se juntan se tocan las mejillas y suspiran se besan lunares Gardel se inclina le muerde la piel del pecho baja con sus dientes a su ombligo sigue un lunar pardo grande en el costado izquierdo se encuentra con la seda de la ropa interior que ella se quita y hace que Gardel ponga su mano en el vello húmedo busca con sus dedos está blanda dice él lunares Lola siente que es pequeña no importa amor déjeme se arrodilla le baja el calzoncillo la busca con la boca la recorre la mueve con la lengua la aprieta con los labios la moja siente que crece que se pone dura sigue por los costados hacia la cabeza vuelve moja apenas muerde la piel de los testículos Gardel le acaricia el pelo largo con las manos lunares Lola anda con su boca otra vez por los bordes la abre grande para que entre entera es más dura lunares suspiran Lola se para se chocan Gardel acaricia con sus dedos el clítoris los labios se muerden la boca la toma de la cintura la acuesta el pelo se despliega y es un manto sobre la cama los pezones los pechos separados lunares Lola aparta las rodillas dale dice vení penetrame dale dale no aguanto más dale Gardel entra despacio suave pide Lola no me hagás doler suave Gardel no saca los ojos de los ojos de ella del olor de su piel lunares la penetra más los cuerpos empapados las manos que tocan las lenguas que entran no me hagás doler despacio así amor bien así despacio Gardel un nuevo cielo nunca antes sus manos en los pechos de Lola que levanta los muslos flexiona las piernas las apoya en él me enloquecés así te siento tanto Gardel la penetra más se ayuda con las manos en la cintura de Lola con las manos separando las rodillas con las manos por los

muslos entreabriendo los labios así así la siento toda adentro toda se besan suspiran se besan lunares la respiración se agita crece gime lunares amor gime sube Lola se afirma contra él grita así dale así lunares dale te siento amor llega un orgasmo y sigue Gardel lame sus pezones los mordisquea se resbala tan suave hasta el fondo de Lola levanta los muslos de ella que ahora lo empuja húmeda contra su pubis voy a tener otro sí dale otro lunares Gardel anda con su lengua por la oreja de ella el cuello las manos que tocan la nuca las caderas sí sí grita Lola no puedo parar suspira gime sigue lunares no puedo parar estoy acabando se ríe se ríe gime suspira me vas a matar no puede ser tengo otro sí sí te siento todo todo Gardel sigue lunares lengua piel en cada dedo Lola que lo envuelve con espasmos tengo otro más Lola grita lo araña ríe se abandona tan blanda a lo que siente sólo aire necesito aire y Gardel que empuja que sigue y Lola que murmura te toca a vos amor los dedos de ella sobre el vientre de él que cierra los ojos dámela sí dámela pide se lame el gusto a sal que tiene por encima de los labios se mueve para él lunares ahí voy voy gime Gardel sí vení dámela y Gardel sigue se mueve sus manos los muslos empapados los pezones lunares ahí voy voy y Gardel jadea y cae final encima de Lola.

Quedan atados, latiendo uno encima de otro, uno dentro del otro. Lola le aparta la cabeza con suavidad para mirarlo.

—¿Fofa?

—Lola... Lola... es la primera vez que... —dice y percibe cada parte del cuerpo de ella.

—Fue increíble, te sentí tanto...

—Fue formidable, de bute... te refilaste...

Se acarician; ella lo mira y se ríe, se acurruca, se acomodan de costado.

—¿Esa cadena? —Lola toma la chapa de oro que está entre las gotitas del pecho de Gardel. La chapa de oro tiene escrito el nombre y la dirección de Buenos Aires.

—Por si me pierdo y no sé el camino de vuelta.

—Ya no lo necesita, no tenga miedo, yo voy a ser su hogar...

Más tarde, fuman en la penumbra. La noche es un mapa de lunares, bocas que no se despegan y relojes viejos que han muerto.

—Lola.

—¿Qué, amor?

—Fui inmortal, te juro que fui inmortal.

Viernes 17 de noviembre del 33
23.51 hs

Castellano y Pettorossi vigilan la montaña de billetes que está encima de la mesa.

—Despedite de los fasules, pibe. Esta vez son míos.

—Sacame e'pobre, pingo querido —Pettorossi se sirve un poco de agua.

—Piantale a la leche, hermano —Castellano lo mira con asco—. Eso arruina el corazón. Tomá champagne.

Pettorossi no le hace caso y consulta su reloj.

—Ya es tarde.

—¿Para Carlitos? hacete hervir... si el jefe nunca se acuesta antes de que salga el sol.

—Es que si don Carlos anduvo de farra... —sonríe cínico el guitarrista.

—Decile chau a los morlacos, otario. A que durmió con el loro ese de Nueva York... —Castellano hace un ademán de llevarse la plata.

—Dequerusa la merluza —grita Pettorossi— soltá los mangos y no te bandiés, che. Será mozo elegante con pinta de distinguido pero habla como un caramelo...

—Pero qué hijo de puta... te va a pasar lo que a Aguilar.

La orquesta toca tan mal que en lugar de oírse algo rítmico o lleno de armonía, pareciera que estuvieran afinando.

—Después la empresa se enoja si les pego... son de palo, viejo. No aprenden.

—No gastés pólvora en chimangos, Alberto. Pensá que en tres días más llegamos a Barcelona y después, París. Por fin vamos a conseguir una francesa para divertirnos —Pettorossi mira a las mujeres que bailan—. Cómo les gusta la guita a los minas...

Sonia entra caminando con dificultad y va hasta la mesa donde Angel la espera.

—Pedime un par de Genioles.

—¿Te duele algo? —Angel llama al mozo—. Se cumplieron los afanes de tus suplicados ruegos —canta.

—No sabés cómo la tengo, me la dejaste ardida... y casi me arrancás las piernas, también... pero acabé seis veces. Sos un animal.

—Y vos una yegua; me provocaste; me pediste que te montara.

—Me rompiste el culo, bestia. Hasta me salió un poco de sangre.

—Jodete, vieja. Si no te gusta, buscate otro pingo...

—Hijo de puta.

El mozo deja los Genioles.

—¿Pasaste por donde te dije?

Sonia asiente, se traga las pastillas y pregunta:

—¿Vos la trajiste?

Angel muestra el cuello de una botella de champagne francés cosecha del 18.

—Bien... ¿A qué no sabés?

—¿Qué cosa?

—Dios no durmió en su cama y ahora tiene dos fotos rotas. Si sigue pasando la noche en otro camarote, se van a acumular.

—No jodás... qué maestro... ¿duerme con la guacha de las fotos? —para festejar le sirve champagne a Sonia.

—¿No te digo que pasa la noche en el camarote de ella? Y del cagazo de ver tantas fotos destrozadas, tu pájaro debe andar con el culo en las manos —Sonia eleva la copa—. Mirá, hablando de Roma...

Gardel entra en el salón y va hacia su mesa. Está impecable como siempre, pero demacrado y con gesto sombrío.

—Salute, barra ¿y los Defino?

—¿Dónde te habías metido? no te vimos en toda la tarde. La mujer de Armando tiene náuseas. Avisaron que no venían —contesta Castellano—: Y vos ¿a qué esa caripela?

La orquesta lucha mano a mano con una habanera y la hacen desangrar. Pettorossi y Castellano miran los billetes.

—¿Todavía no los asesinaste, che? —Gardel señala a los músicos.

—No te hagas el gil —dice Castellano—. A vos te pasa algo, hablá...

—No puedo, Alberto. Siempre hay una dama de por medio y no quisiera ser indiscreto.

Castellano sonríe y se lleva la montaña de billetes. Pettorossi, desolado, se apoya en un codo y dice:

—Con esta actividad nueva que tiene, don Carlos, me va a hacer perder mucho vento.

—¿La señora Montesco? —pregunta Castellano.

—Pero che ¿tenés agua en la bóveda? —se enoja Gardel.

—Está bien, no te calentés, no contés si no tenés ganas... pero acordate que las mujeres son las que matan la ilusión, hermano y todas tienen algo de "Estercitas".

El camarero trae una botella de champagne francés cosecha del 18.

—¿Los de siempre? sin anteojos no veo un carajo —Gardel no distingue la mesa de Angel y Sonia pero igual saluda y agradece—. Andá, che. Deciles que hoy no pueden dejar de hacerme el honor, por favor.

—La señora dice que lo disculpe pero sufre de un ligero malestar —repite el mozo.

—Pero ¿qué? ¿anduvo de monta y le duele el esqueleto? —Gardel examina la etiqueta—. Está bien, pibe. Andá nomás...

—Esos pitucos tienen más billetes que el maharajá de Kapurthala —dice Castellano—. ¿Querés apostar?

—No me jodás —contesta Pettorossi— se me acabó la pasta.

El tapón vuela, sale un chorro de espuma y Gardel sirve las copas. La orquesta destripa una contradanza española.

—No hay con qué darles —dice Gardel de los músicos— tocan como el orto.

—Este champagne es estupendo, tiene algo frutal —observa Pettorossi.

—Un espumante de bute, ni te cuento —elogia Castellano— con amigos así...

—Manga... deben estar por tirar el mangazo... Si ni los conozco —Gardel sólo quiere volver al camarote de Lola. La botella de champagne queda vacía como un teatro después del espectáculo. La orquesta logra sonidos imposibles.

—A poner orden, viejo —Castellano se dirige hacia los músicos mientras Pettorossi, asaltado por el sueño, trata de seguir despierto. Gardel se levanta.

—¿Adónde va don Carlos?

—A la esquina y vuelvo.

Castellano consigue que la orquesta ejecute "Milonguita". Cuando ve salir a Gardel, canta:

—Allá va... Alta la testa, la mano experta y el ojo avizor. Encontró marroco y catrera y ella espera a su Romeo como una Bendición. "¡Programa y montas para mañana...!" Mientras no sea calle Blandengues...

Sábado 18 de noviembre del 33
1 hs de la madrugada

Gardel entra en el camarote. Lola yace desnuda boca abajo. Está hermosa y con la laxitud de una playa de arenas finas. Llega despacio hasta el borde de la cama, se sienta y le pasa los dedos por un lunar.

—No me di cuenta cuando se fue —Lola se despierta y despereza.

—Me gustás —Gardel mira su espalda, el contorno de los músculos de las piernas, los pechos contra las sábanas y el mapa de lunares.

—Eso me gusta amor, siga... dígame más que me mojo...

Gardel se calla.

—¿Qué sucede? ¿qué pasa?

Gardel se pone de pie, da vueltas con las manos en los bolsillos. Lola se apoya en un codo y su pelo, tapa un pezón. Un muslo se abandona sobre el otro.

—¿No me va a contar?

—Pasé por mi camarote —Gardel no la mira.

—Se nota por su estampa. El viejo smocking... pero está tan buen mozo como siempre y tiene perfume...

—No es eso, Lola.

—¿Entonces?

Gardel se detiene delante de ella y saca del bolsillo, los pedazos de las fotografías. Lola se endereza y las toma.

—¿Por qué las rompió?

—¿Yo? —Gardel la agarra del pelo y le tira la cabeza hacia atrás—. Hija de mil putas...

—Me duele, por favor... me duele.

—Las pusiste vos ¿no? Dale, hablá... —Gardel tira con fuerza.

—Por favor... me duele... Sí, las puse...

—Y yo que te creí; me engañaste. Soy un imbécil, pero qué infeliz... —la deja.

—Carlos —Lola corre y se interpone entre él y la puerta— por favor, escúcheme.

Gardel la mira con desencanto.

—No se ponga así, me tiene que oír...

—No me toqués. Decí lo que tengas que decir y después me rajo. Y si te he visto, no me acuerdo...

—No entiendo, Carlos... Es verdad que las puse, pero estaban enteras... con la huella de mis labios y enteras —Lola gime.

Gardel la mira. Ella se apoya en la puerta y tiembla.

—Se lo juro, Carlos. Por favor, créame...

—Si estaban enteras ¿quién carajo las rompió? Barceló... esa basura... tiene otro de sus esbirros arriba de este buque y me está avisando... —la abraza, la aprieta y le acaricia el pelo—. Lola, perdoname, mi amor. Por favor, necesito que me perdonés. La puta madre...

—Está bien —ella se seca las lágrimas y lo lleva hacia la cama. Gardel le aparta el pelo de la cara—. Está bien. Si me cuenta lo perdono; no entiendo qué es lo que ocurre ¿sabe? y no quiero sufrir...

Gardel se derrumba sobre las sábanas y mira el techo. Lola se recuesta encima de él.

—¿Qué es lo que le pasa? Cuénteme, le ruego.

Gardel le relata su vicio por las carreras, las deudas que tiene con Barceló, la muerte de Ruggierito, aquella noche en Avellaneda y la huida de Buenos Aires. Desnuda sobre él, Lola escucha con atención.

—Ahora mismo, en alguna parte de este barco, hay otro asesino enviado por el Viejo. Cada noche se entretuvo rompiendo la foto que vos me dejabas ¿ves? Pero si creen que me voy a achicar no me conocen, Lola... —saca un cigarrillo y lo enciende.

—¿Por qué dice que hay otro? ¿hubo un primero? —Lola apoya un muslo encima de él, le saca el cigarrillo y da una pitada.

—No pidás que te cuente, Lola. Es mejor que no sepas nada, confiá en mí —La atrae con su brazo—. Tenés que confiar en mí.

Lola le aprieta la pierna con sus muslos.

—¿Cuánto?

—Cuánto ¿qué?

—Cuánto le debe a ese hombre...

—Demasiado —Gardel fuma.

—Tengo mucho dinero. Le doy lo que necesita y vivimos tranquilos, amor —le saca lo que queda del cigarrillo y se lo lleva a los labios.

—No lo puedo permitir Lola, soy un hombre. Además, di mi palabra. ¿Sabés lo que dirían? que me porté como un canalla, que me aproveché de vos y te enamoré para sacarte el dinero y salvar el pellejo. No podría vivir con eso, ¿sabés? —le saca el pucho, da la última pitada y lo aplasta contra el cenicero.

—Y usted ¿se enamoró de mí? —Lola se le trepa encima.

—Sos tan pu... —Gardel sonríe pero hace una mueca.

—¿Qué le pasa? —Lola lo ve pálido y sale de encima de él.

Gardel se lleva las manos al vientre, grita, suda, se queja.

—¿Qué pasa? —Lola se desespera ante la lividez de la cara de él, sus dedos azules, sus movimientos convulsivos.

Gardel intenta pararse pero se cae en medio de arcadas y vómitos. Mientras pierde la conciencia, oye que Lola, que abrió la puerta del camarote, pide ayuda y dice "amor, qué le pasa, amor".

Sábado 18 de noviembre del 33
1.25 hs de la madrugada

Pettorossi se va al piso y arrastra el mantel con las copas, la botella vacía de champagne y los platos. Castellano se pone violeta, pierde el equilibrio y vomita encima de la primera fila de músicos. El pasaje se arremolina alrededor. Sonia y Angel aprovechan para salir. El personal de a bordo se apura para llevarlos a la enfermería y avisar al doctor.

Sábado 18 de noviembre del 33
Atardecer

Lo primero que Gardel percibe es un fuerte olor a remedio. Una luz blanquísima lo invade de manera gradual. A duras penas, consigue abrir los ojos.

—Doctor, doctor —la voz de Defino— se mueve, está vivo...

Gardel no tiene fuerzas. La expresión preocupada de Defino y de Adela entran en su campo visual.

—Lola...

—Carlos —dice Defino—, la señora Montesco está acá. Te salvó...

—¿Cómo está, Carlos? —Lola se ubica delante de él. Tiene lágrimas—. Tuve tanto miedo, pensé que se moría.

Gardel la quiere tocar pero siente sus brazos muertos.

—No tratés de hacer nada, por favor —pide Defino—. La señora me contó que te descompusiste cuando estabas en la puerta de su camarote, despidiéndote de ella. Me

contó todo. Pasó un susto la pobre... y nosotros, ni te cuento.

—No le digás a la javie...

—Quedate tranquilo, no hablés.

Adela moja un trapo y lo pasa por la frente de Gardel.

—Sinceramente, no creí que se salvara —dice el doctor—. Vamos a ver cómo se recupera... Va a ser un proceso lento.

—¿Qué pasó?

—No te esforcés —insiste Defino—. Parece que fue terrible: esos vómitos, los gritos... Lola dice que estabas gris. Creyó que te morías, viejo. Pero yerba mala nunca muere; el galeno se portó, te tuvo que lavar el estómago y darte vomitivos.

—No recuerdo —Gardel nota sus labios secos.

Lola se los moja con un algodón.

—Pettorossi y Castellano también zafaron —cuenta Defino.

—¿Castellano? ¿Pettorossi?

—El doctor dice que los intoxicó alguna porquería.

—No me acuerdo —Gardel arruga el ceño— Tengo sed...

—A Castellano y a Pettorossi los llevaron enseguida y les metieron la manguera —Defino palidece.

—Por favor, callate —pide Adela.

—Chito, vos musarela. Dejame —sigue Defino—. Les dieron vuelta el estómago...

Gardel aprieta los párpados y tuerce la boca.

—¿Qué pasa? ¿le duele? —pregunta Lola consternada.

—Me da asco —Gardel sonríe y entra otra vez en una zona oscura, lejana y plural.

Domingo 19 de noviembre del 33
8 de la mañana

La habitación es la misma: su olor a encierro, tabaco, transpiración; su luz tenue; sus paredes opresivas; su escritorio. El calor es una hoguera.

—Volviste, pibe. Sabía que no me podías fallar...

—Le di mi palabra, compadre —dice Gardel a la mujer de la que emana algo siniestro. El rostro y el cuerpo son los de Barceló.

—Siempre fuiste un buen purrete, desde los tiempos del Abasto. El éxito nunca se te subió a la cabeza... el éxito es un impostor, pibe. Igual que la fama, la gloria o el dinero. No hay que dejarse embaucar, che. Lo único que cuenta es tener amigos, Carlitos.

—Volví. Mire —Gardel saca billetes de todas partes que, a medida que van apareciendo, se convierten en un humo blanco que se eleva—: todo lo que le debía, no falta un peso, nunca le quise pegar...

—Mi muchacho —El Viejo se le acerca y le acaricia la cabeza— el dinero no es importante ¿sabés? El honor vale más... el respeto... vos me faltaste el respeto...

Gardel se apoya en la camisa sudada del caudillo y cierra los ojos. El viejo saca un revólver y lo acerca a la cara de Gardel, que sale de la pesadilla para incorporarse en el colchón duro de la cama y entrar en el ambiente de la enfermería.

—Amor —Lola lo ve pálido, sudoroso y con ojeras—. Ya está, bueno... —y lo abraza.

—¿Qué pasó? ¿dónde estoy? —Gardel resopla, mira la pared de azulejos y se deja caer. Como fragmentos de un

rompecabezas, se le aparecen Defino, el doctor, Pettorossi, los espasmos, las puntadas en el vientre, Castellano, el cuerpo desnudo de Lola y la botella de champagne del 18.

—Tenemos que salir de acá —se levanta, se marea—. Nos tenemos que ir —corre las sábanas, se para, pierde el equilibrio.

—Amor, está débil, el doctor dijo... —Lola trata de sostenerlo.

—¿Dónde está Castellano? ¿y Pettorossi? —Gardel se pone los pantalones con torpeza.

—Anoche ya estaban bien y se levantaron. Se quisieron quedar para cuidarlo. Los Defino, también. Les dije que se fueran, que yo lo acompañaba.

—Tenemos que rajar, Lola.

—Pero el doctor, el reposo...

—¡El reposo que lo haga Mongo! Ma' qué reposo, Lola. Fue veneno ¿entendés? Me quisieron asesinar. Pero qué Viejo hijo de puta. Este barco es una trampa —Gardel tiene el saco del smoking y el moño en la mano—. ¿Qué día es hoy?

—18 —Lola se muerde los labios—. No, 19. Domingo 19, mañana llegamos a Barcelona.

—Nos tenemos que esconder, Lola —Gardel la toma de la mano y atraviesan la enfermería—. Hay que ver cómo se vive para saber después cómo se pena —y se van.

Lunes 20 de noviembre del 33

Hace un par de horas que el Conte Biancamano atracó en el muelle. Gardel sale de su camarote y sube a la

cubierta. Los Defino, Castellano y Pettorossi miran las Ramblas y el monumento a Colón. Una rubia, en quien Gardel reconoce sin equívoco a la pelirroja que estaba con Hicks, les pide permiso. Baja rápido por la plancha-da y se sube a un taxi que parte veloz.

—Chau... —Gardel mira el muelle y se acomoda los pantalones que le quedan grandes—. Se acabaron los ro-bustos... ¡Cuatro kilos he bajao! —canta.

—La panza era reina... y vos que te quejabas de la busarda —lo palmea Castellano—. No veo la hora de manyar...

—Hay que llevar la receta que "nos dieron" al "Trope-zón", codeguín. Hay tanto avivado al que se la podríamos dar —y acercándose a Defino, dice—: a Razzano, a Isa-bel, a algún empresario, a uno que otro periodista...

—No jodás, Carlos.

—Sos un amargado —Gardel mira la ciudad de Barce-lona—: Mi Buenos Aires querido —y recuerda un lugar sin el caudillo y con la calle Corrientes y los teatros lle-nos; con las noches de cabaret, los pucheros de gallina, las milanesas con papas fritas a las cuatro de la mañana; con el palco oficial de Palermo, los copetines, Maschio, la calle Olleros, su querido Lunático; con Alfredo Defe-rrari, Leguisamo, el Cele Flores y el resto de la barra del "Café de los angelitos". Piensa en el Aviador que todavía se debe estar ocultando del Viejo.

Lola sale a la cubierta. Hasta último momento estuvo con Gardel en su camarote. Programaron de qué mane-ra iban a viajar de Barcelona a Francia y cómo se iban a encontrar en París.

—Buen día, señora —Gardel se saca el sombrero.

—Se lo ve recuperado —Lola saluda al resto y se cubre los ojos para evitar el sol.

—Si la veo a usted... —Gardel se inclina mientras Castellano le da un codazo a Pettorossi y sonríe triunfal.

—Si me permite, tengo que admitir que haberlo conocido y haber tenido el privilegio de bailar con usted, es algo que me va a acompañar toda la vida.

—En todo caso, usted no se imagina lo que ha significado para mí. He descubierto otro cielo, encontré la inmortalidad.

—Exagerao y fanfarrón —tararea Castellano—. Era tan fulera que la vi y di un grito... Si le tiraban nueces...

—Me hace gracia con sus berretines de gavión... —se mete Pettorossi.

—¿Nos volveremos a ver? —Gardel repite sus líneas.

—Tal vez, quién sabe... —Lola también es buena actriz—. Caballeros, Adela, fue un placer.

—Señora Montesco —la detiene Defino— no tengo palabras.

—¿Quién las tiene?

—Cualquier cosa que necesite...

—Es usted muy amable, Armando. No lo olvidaré —Lola se despide de todos, desciende del barco y sube a un taxi que se va por las Ramblas.

A Gardel sólo le quedan los planes que hicieron. Piensa que si no se volvieran a encontrar, la buscaría por los arrabales del mundo al compás de cualquier tango.

—Animo, che... —Castellano lo agarra del hombro y lo sacude con cariño— Barcelona, París, Nueva York... nos esperan risas, besos, farra. Vas a ver que todo se olvida con el champagne.

—Ni me lo nombrés. Voy a tomar leche.

—Europa —suspira Defino y mira el puerto de Barcelona— el viejo continente...

—¿Viejo? —Gardel le da un empujón—, craquelé, tilingo, sifilítico e inmortal —y abriendo los brazos— pero rendido a nuestros pies, hermano.

Miércoles 22 de noviembre del 33
Después del mediodía

Gardel hace ejercicios de calistenia sobre el parquet de su departamento en el número 14 de la calle de l'Arcade. Está abrigado como un explorador inglés que recorre el polo y suda como si estuviera en Buenos Aires en uno de esos días de verano en los que el hombre se siente envilecido. Está solo. Adela se separó de ellos en Barcelona para ir a visitar parientes a Aragón. Su marido, ni bien llegó a París, le pidió a Le Pera una francesa.

—Y pensar que Armando debe andar por allí haciendo el 69... Ma' qué Louvre... Debe estar sacándole chispas al elástico desvencijado de alguna pensión de Montmartre.

Se detiene, se toca el abdomen y continúa con una serie de flexiones. Un roce contra la puerta le hace creer que Castellano y Pettorossi han vuelto de alquilar el piano que pidió. Se seca con la toalla y va hacia el pasillo que conduce a la entrada del apartamento. Descubre un papel que alguien ha deslizado. Lo mira para descubrir sólo una letra B mayúscula.

—El Viejo, pero carajo, no puedo más, tengo que hacer algo, voy a volver a Buenos Aires para enfrentarlo y

que sea lo que Dios quiera —pero oye los estampidos cerca de su cabeza—. No, ni en pedo vuelvo al Sur. El Viejo me va a enfriar y el tango se va a quedar viudo.

En el instante en que arruga el papel, alguien llama a la puerta. Se cuelga la toalla del hombro y se acerca sin hacer ruido.

—¿Quién es?

—La Mafia.

Gardel abre y aparece un tipo petiso y cabezón.

—Pero viejo, qué cara tenés... ¿qué te pasa? —dice el que entra.

—Que sos un pelotudo, hermano. Hacés cada cachada... pero pasá, no te quedés ahí.

—Hay que divertirse, pibe. La vida es corta. Cuando mi novia vivía... —Le Pera entra y deja el sobretodo encima de un sillón.

—Te pido que no me hinchés las pelotas con la historia de la bataclana que se murió de tuberculosis. Por favor...

—No seas así, la quería.

—Lo que pasa es que sos muy sentimental, che. Decíme: ¿por qué no fuiste a recibirme?

—No pude, estaba en clase de inglés.

—¿Y cómo anda eso?

—No entiendo una pepa pero me encamo con la profesora.

—A mí me pasa lo mismo.

—¿Te encamás con tu profesora?

—Pero ¿qué tenés en la sabiola? ¿aserrín? El inglés no lo entiendo ni en figuritas. No sé qué voy a hacer en Nueva York. Voy a tener que conseguir un intérprete.

Pero sentate, haceme el favor —Gardel toma un habano que hay sobre una mesa— ¿tenés fuego?

—¿Vas a fumar? acabás de hacer ejercicio... Cuándo vas a largar eso, te hace mal...

—Ya sé, Alfredo. Pero ¿quién puede dejar el tabaco? —tira sobre el cenicero el papel con la letra B—. Contame cómo anda esta ciudad bacana y copera a la que venimos a calentar con nuestro gotán porteño.

—Nuestro "reptil de lupanar", como dijo Lugones. ¿Y Buenos Aires? ¡Cómo habrá cambiado tu calle Corrientes! ¡Suipacha, Esmeralda, tu mismo arrabal!

—¿El Garrón? ¿el Palermo? ¿el Florida?

—¿El Armenonville? ¿el Palais de Glace?

—Eso ya es viejo, che. Es prehistoria —Gardel fuma—. Hay que ir al Chantecler. ¿Cómo están los Torterolo? ¿y Pizarro?

—¿Y el "pulpo"? ¿y Pancho Spaventa? ¿y los demás?

—Decime, Alfredo —Gardel pone cara de pícaro— ¿y las chicas de la rue Pigalle? Donde veo una pollera no me fijo en el color...

—Quisiera que alguna pudiera escucharlo... ¿y tu grotesca pasión trasnochada? Revivo en la escena lo que fuiste y lo que sos. Fayando y fayando... masticando el toscano...

—No me arrepiento del vento ni de los años que he tirado, Alfredo. Se dio juego de pileta y hubo que echarse a nadar... Preparate p'al domingo, che...

—Contá, dale... ¿Qué te pasó?

—El cariño de una mina me sacó de perdedor...

—Pero contame, hermano... pensé que seguías con las acciones bajas en la rueda de grisetas.

—Ahora soy bacán de la ganzúa por pura vocación, pibe.

—Pero esto hay que festejarlo, hermano.

—Mirá que sigo siendo el de siempre, de gorra y zapatillas.

—Entonces anduviste por la calle Junín ¿cómo andan las chicas?

—París, París —sueña Gardel.

—Buenos Aires... ¿Cómo está tu vieja? —Le Pera le toca el hombro—. Volvé, che. ¿Cómo está doña Berta?

—Espero que esté bien —Gardel piensa en el Viejo, su querido Aviador prófugo y en la pesadilla urbana en la que se ha transformado Buenos Aires en su recuerdo.

—¿Tu mamá anda con problemas de salud?

—No, che. Está viniendo a verme y a visitar a su familia —Gardel da una pitada, se levanta, va hacia la ventana y corre la cortina para espiar la calle—. ¿Hace frío?

—Te congelás, pibe. No anda un alma...

Gardel descubre en la vereda de enfrente a un tipo que resopla vapor. Lo ve cruzar la calle en dirección al edificio. Se oye el timbre. Gardel lo ignora y fuma.

—¿No vas a atender?

—¿Qué?

—El timbre... alguien tocó el timbre.

Gardel va de mala gana hacia la puerta y la abre. Cuando el tipo gordo y colorado intenta hablar, le dice que no tiene interés, cierra de un portazo y vuelve al sillón.

—Siempre hay alguien que te quiere tirar la manga —se queja y va otra vez hasta la ventana. El tipo da vueltas por la vereda con la intención de no convertirse en un témpano.

Castellano abre la puerta seguido por Pettorossi y dos tipos que cargan un piano de cola usado.

—Alfredo... pero qué alegría —saludan y abrazan a Le Pera.

—París es increíble —le dice Castellano a Gardel—. Vimos unas pebetas... Casi se me olvida: un fulano me dio ésto —le entrega un sobre que Gardel rompe sin ni siquiera mirar.

—¿Y si venía de parte de alguna pollera?

Gardel se encoge de hombros y vuelve a la ventana. El tipo que está en la calle lo saluda y despliega una cartulina con algo escrito. Gardel no puede descifrar lo que dice, suelta la cortina, se acerca al piano y pulsa un par de teclas.

—Suena como gato dentro de un motor; está desafinado... ¿Será bueno, che?

—Mirá viejo, con el poco vento que me diste no puedo hacer milagros.

—Hay que ahorrar... ahorrar...

—Te desconozco —dice Le Pera—, ¿desde cuándo se te ha dado por el ahorro? debés de andar con un tornillo flojo, che.

—Tengo grandes proyectos, cabezón —Gardel lo toma del hombro.

—No ofendás, Romualdo.

—No me deschavés, gil... Imaginate... películas, inmuebles, vivir...

—Vivir no es un proyecto, che... es una condena. Me acuerdo que mi novia...

—No me rompás las pelotas... te supliqué que no la mencionaras —le da un empujón y agrega—: mejor me voy a pegar un baño. Vos Alberto, dale duro al teclado buscando una melodía y que el Petto rasque la viola... Al-

fredo, sacá del bocho algún tanguito —aplaude para animarlos—. No podemos perder ni un minuto. Como el humo del cigarrillo, se nos va la juventud —canta—. Vamos, a laburar. Nos espera Montmartre, después Norteamérica y después ¿quién sabe? tal vez la gloria. Estoy entusiasmado por una loca ilusión.

Jueves 23 de noviembre del 33

Sonia abre la puerta y se encuentra con Angel vestido adentro de la cama. Tiembla debajo de frazadas.

—Cerrá, dale. Mi cuerpo enfermo no resiste...

—Esperá que entre. Misión cumplida, ya le dejé el papel con la B... tu jilguero debe andar con un cagazo...

—¿Y el Primus? ¿lo conseguiste? hace un tornillo...

—¿Dónde te creés que estás, en Corrientes y Rodríguez Peña? Esto es Europa, ganso. Nos vamos a tener que arreglar con un brasero.

—Qué laburo que nos encargó el Viejo... La meada se te congela en el aire. Si no fuera por Gardel...

—Esto es París, imbécil. Es de gente bien cagarse de frío en medio de la cultura. Tu canario podría haber elegido un clima más tropical para su cantito, ¿no te parece?

—Sos una estúpida ¿No te das cuenta de que en Africa a nadie le interesa el tango?

—Esta ciudad es muy pituca. Está el Sena, el Sacre Coeur, Montmartre, Notre-Dame, hay museos... aprovechemos —Sonia se sienta en la cama a su lado—, sólo vienen argentinos con mucha tela. No es necesario que nos apuremos a liquidar el trabajo. El Viejo sabe que no es fá-

cil, que hay que hacerlo de manera que no se levante la perdiz, que parezca natural...

—Ojalá fuera verano —Angel tartamudea de frío— y yo que siempre soñé con conocer París y encima junto a Carlitos... ¿lo viste?

—Sí. Hace un rato salió con el resto de la barra y se subieron a un taxi. Los seguí y ¿a que no sabés?

—¿Qué?

—Tu socio se bajó en la Gare Saint Lazare, se metió en un edificio y al rato apareció con la mina del barco.

—¿Ese mono que encontró en un árbol? ¿La que vino en el tren?

—Te la tenés bien junada... la misma, che. Qué camote que se agarró tu cantor ¿eh? y yo que pensé que al pajarito payador no le gustaba volar...

—Sos una hija de puta... Flor de cuchillo debe tener mi gaucho. Seguro que es ella la que se agarró el metejón. Gardel sólo quiere a su canto, ama su voz... y a su vieja. Mirá si va a perder el tiempo enamorándose de cualquier piba que se le cruce. Puede ser que se la coja, pero más de eso...

—Habló el macho. Qué experiencia tiene ¿eh? ¿No te diste cuenta, gil?

—¿Lo qué?

—Que esa mina es una profesional, viejo. Se huele a un kilómetro que anda atrás de guita o de lo que carajo sea.

—Cada cual hace con su vida lo que se le da la gana, che. Mientras Gardel no se me enamore... ¿los seguiste?

—No. ¿No quedamos en que íbamos a dejar pasar un tiempo? ¿A que no sabés otra cosa?

Angel se escarba una oreja con el meñique.

—Hay otro fulano que también lo sigue.

—¿Y eso?

—No sé... había un tipo en la vereda. Salieron tan rápido que no los pudo alcanzar. Estaba que volaba...

—¿El viejo habrá mandado a otro? ¿Desconfiará de nosotros? Entre bueyes no hay cornadas...

—No sé. Ya nos vamos a enterar —Sonia se queda un rato callada—. Che, animal ¿qué idea se hace la gente de París?

—Que es la ciudad de la joda, del morfi, el escabio, la timba, las minas, el sexo...

—Entonces, pongámoslo en práctica... cogeme.

Jueves 23 de noviembre del 33

Gardel y Lola pasean de la mano por la orilla del Sena. La tarde es fría, solitaria y de árboles de copas vacías. Miran las aguas del río, los puentes, los pájaros. Caminan apretados.

—¿Vio, amor? Al final tenemos este sueño de Francia.

—Y nos quisimos cruzando el océano.

—Sí, vestida de blanco, sentada en el puente leía novelas y versos de amor. Somos dioses fundando una dinastía de inmortales.

—Mientras yo dormía... —Gardel saca un habano— me dejabas extenuado, Lola.

—¿Y, yo? Nunca sentí esto... nunca tuve tantos.

—No hablés así...

—Amor, fui una mujer casada ¿qué quiere que le diga? Mi difunto marido fue el único hombre que tuve. Sin embargo, ahora veo que hay hombres y hombres...

—Volvamos al apartamento...

Ella se ríe y para él es otoño, música, arrabal.

—Vida, tenemos todo el tiempo que querramos...

—Tengo miedo de que el carnaval del mundo se burle del destino o me robe tu amor, Lola. Yo pensaba que sabía lo que era querer —Gardel la aprieta—, no quiero amarte y que te vayas.

—¿Irme, amor? si cuando usted me besa, se borra todo... Qué importa si me pierdo, ya sé para qué vivir. Ya no me podría ir de su lado.

—Lola, el día que me quieras... —Gardel se detiene y la abraza.

—El día que usted me quiera... —Lola pone un dedo sobre sus labios para hacerlo callar.

—Te quiero ahora Lola... sólo espero amarte siempre como te estoy amando. Todo lo que tengo es para vos, alma mía —Gardel tira el habano, se besan y luego siguen el paseo.

—Háble me de usted...

—Cuando pibe me acunaba en tangos y escuchaba el rezongo de los bandoneones. Quería ser cantor: chapaba el palo de escoba y lo usaba como guitarra. Me colaba en los teatros para escuchar óperas. Mi juventud fue difícil, anduve en ambientes bravos, de gente dura, haciendo de todo para vivir. Mi escuela fue la calle y mis maestros: Bettinoti, Ezeiza, Arturo de Nava. Pero hablame de vos, no te quiero aburrir.

—Siga, por favor —Ella le toma las manos y las acaricia.

—Anduve por todos los barrios pero el mío era el Abasto. Los gringos con sus canzonettas, las barras, el café O'Rondeman de los Traverso...

—¿Traverso?

—Sí, José, Alberto. A Constancio le debo mucho...

—¿Dinero?

—No... él me metió en los comités, me llevó a todas partes para que cantara.

—¿Y por qué no le pide ayuda?

—No puedo, Lola. No puedo echarlo en contra del Viejo. Se armaría una guerra, los hombres se matan... cubriendo de sangre los campos... Podría morir mucha gente, no me lo perdonaría.

Caminan sin apuro por la margen del Sena.

—Después lo conocí a Razzano: anduvimos a los tumbos por las provincias. Una noche a fines del 13, cantamos en el Armenonville. No podíamos creer cómo la gente nos aplaudía y se volvía loca. Hacíamos cifras, gatos, estilos. De allí pasamos a trabajar en teatros, a grabar discos, a salir de gira, hasta hice mi primera película...

—No le creo.

—Una película muda en la que hice un papel tonto de marinero. Estaba gordo como un sapo. Por el 17, Contursi me mostró una letra que hizo para el tango "Lita" de Castriota y me gustó. Le cambié el título y la canté como "Mi noche triste". A partir de ese momento abandoné de a poco el folklore y cada vez me metí más con el tango. Es lo que la gente quiere... Después filmé acá...

—¿Y usted? ¿qué quiere? ¿cómo es Carlos Gardel? —Lola le acaricia el brazo.

—¿Gardel?... Yo me hice en tangos porque es bravo, fuerte, tiene algo de vida...

—Y tiene algo...

—¿Qué?

—Nada, amor. Siga...

—Pero podés pasar por mi lado y hacer de pinta derroche que no me importa. Soy un tipo simple al que le gustan las cosas simples: la compañía de los amigos, el mate, los pingos, la vieja...

—¿Qué pasa, amor?

—Que quise mucho y no me han querido... Antes me la pasaba cabrero, rante y tristón. Tuve muchas minas, pero nunca una mujer.

—Acá estoy. Ahora es mío. Va a ser feliz...

Gardel le acaricia la mejilla y sigue:

—Me gusta la buena comida. Tengo buen diente.

—Eso se nota —Lola le toca la panza.

—Me mato haciendo ejercicio, hasta salgo a correr de noche.

—¿Solamente a correr?

—Te lo juro. Es deporte nomás.

—¿Y? ¿algún defecto?

—Puteo como un carrero, fumo como un murciélago, soy dormilón, a veces se me va la mano con las cachadas, no me interesa leer, tengo unas faltas de ortografía espantosas, soy miope —Gardel saca otro habano.

—¿Qué más? —Lola lo empuja con ternura.

—¿Más?... Soy un buen tipo, Lola. Un hombre capaz de hacer cualquier cosa por vos. Capaz de dejar de lado el miedo que tengo a estar solo. El miedo que tengo a que esta garganta no me deje cantar más y me haga perder amigos, éxito, dinero. Me equivoqué, Lola. Perdí la cabeza por unos potrillos, me endeudé hasta la manija y cometí la imbecilidad de enfrentarme a Barceló. Pero lo

voy a arreglar, te lo juro. Voy a devolver hasta el último peso y vamos a vivir en paz; vamos a ser felices.

—Sí, no tema, voy a estar a su lado. Lo voy a ayudar. Voy a hacer que sus sufrimientos se acaben.

—Pero no quiero tu dinero, Lola.

—Está bien, amor. Lo que usted diga, tranquilícese.

La tarde palidece en el cielo.

—¿Y vos, Lola? ¿De dónde venís? ¿Cómo sos? ¿Quién sos? ¿La musa mistonga de los arrabales?

—Nací en Buenos Aires, en el centro —Lola no suelta sus dedos—. Mi padre tuvo mucho dinero y me educó en Francia e Inglaterra. Una vida solitaria y monótona en la que me pasé esperando que viniera el príncipe.

—¿Y apareció?

—¿No lo tengo adelante?

El la toma de la cintura y la besa.

—Pero hubo un marido...

—Amores de estudiante, berretín de figurar, locuras juveniles. Ignoré algunos consejos, amor. Me equivoqué. Después tuve que seguir a mi esposo a Norteamérica, primero a Chicago, luego a Boston y finalmente anclamos en Nueva York. Cuando enviudé, me hice cargo de sus negocios y hasta hoy, mi vida se repartió entre Buenos Aires, París y Manhattan. Una vida sin interés y aburrida.

El sol se desgana sobre algunos techos de París y Gardel siente melancolía.

—¿Qué ocurre, Carlos?

—Mirá si nos hubiéramos encontrado en otras circunstancias.

—¿Qué dice, amor?

—Es que no sé en qué va a terminar todo esto. Corro

peligro. Estoy seguro de que los que me quisieron envenenar, ahora están acá, en París. En este mismo instante, nos podrían estar observando. Hoy descubrí otro asesino...

—¿Otro?

—Sí, hay un coso que está todo el tiempo enfrente de mi edificio. El otro día me dejó un papel con una B enorme. Pero vas a ver, voy a cachar un bufoso...

—Carlos, por favor, no haga locuras.

—¿Qué vamos a hacer, Lola?

—Ahora... vamos a amarnos, Carlos.

—¿Y mañana?

—¿Mañana? No habrá más penas ni olvidos.

Lunes 27 de noviembre del 33

Le Pera se ha pasado varios días tratando de convencer a Gardel acerca de la necesidad de ir a Joinville-Le-Pont, para entrar en tratativas con Paramount y hacer una nueva película.

—Andás huido de la gente como gato e'corralón. Si no ¿a qué viniste a París, Romualdo? ¿Te creés que te van a llamar porque allá en el Chantecler la vas de bailarín?

—No... porque me mando una buena biaba de gomina y soy el Mago del tango. Y oíme bien... La próxima vez que me deschavés, te voy a romper el orto. Vine a París a tomar champagne, viejo —dice Gardel y le grita a Pettorossi—: pará de joder con la guitarrita, huevón.

Suena el teléfono.

—Atendé vos —le ordena a Defino— en una de esas es la Wakefield que llama de nuevo. Decile cualquier co-

sa, que salí, que ya la voy a llamar... pero qué mina hincha pelotas...

—Carlos —Le Pera sigue—, la industria cinematográfica mueve mucha guita. La última vez, ligamos un toco...

—Ya sé, Alfredo, pero hay cosas más importante que los mangos.

—¿Qué cosas?

—El amor, por ejemplo.

—Vos podrás vender sardinas, pero ¿amor? ¡Ni lo soñés! —se enoja Le Pera y mira a Defino—: ¿Qué bicho le picó a éste?

Defino se encoge de hombros y atiende el teléfono.

—Mirá Alfredo, hoy la cosa del cine pasa por Norteamérica, por Hollywood. Maurice Chevalier ¿dónde está triunfando? ¿En Boedo? ¿Y vos decís que hagamos trato con estos provincianos? pero haceme el favor, querés.

—Carlos —interrumpe Defino.

—Te dije que si era Sadie la sacaras carpiendo. Decile que no estoy, que me fui a coger.

—Sosegate, hermano. Llaman de la Paramount.

—¿No te digo? —Le Pera lo mira triunfal— dejá que yo atiendo.

Defino vuelve, lo palmea a Gardel y comenta en voz baja:

—A Le Pera no hay que darle bola, hermano. Es un fayuto.

—No debí perder el tiempo con tanta lección.

—No te digo —Le Pera vuelve con una sonrisa que no hace juego con su expresión habitual— esta gente quiere que vayamos ahora mismo. Nos quieren hablar, dale.

Gardel se pone de pie de mala gana y puteando, y busca su abrigo. Le Pera y Defino agarran los sobretodos.

—Ahora vas a poder seguir con la guitarrita, jetón —le grita a Pettorossi— y si llama la Wakefield decile que me morí, chau.

Al salir a la calle, Gardel mira al tipo que hace varios días vigila su apartamento y lo saluda. Le Pera detiene un taxi y suben. El tipo cruza, hace parar a otro vehículo y los sigue. Cruzan calles y paseos y luego toman rumbo sudeste hasta Joinville. Al rato, aparecen las instalaciones de la Paramount. Gardel observa los estudios y tinglados donde filmó, años atrás, "Luces de Buenos Aires", "Melodía de arrabal", "Espérame" y "La casa es seria".

—Me ca...

—La meca del cine en Europa, sí Carlos —Le Pera lo interrumpe—. Una Babel donde se hacen películas en todos los idiomas; es formidable, che.

—No, viejo, me cago en estos franceses. Podrían habernos ido a buscar a casa.

El guarda levanta la barrera para que puedan ingresar. Gardel ve que el auto que los venía siguiendo también entra. Un asistente los recibe y los conduce, luego de atravesar corredores, salas y algunos sets de filmación, hasta la oficina de monsieur Pont D'Art. El ejecutivo de la Paramount que los saluda es un hombre de aspecto tranquilo y traje de buen corte.

—¿Y ese jetra tan costoso, funyi y tarros de un color? Juná bien la pilcha y después averiguamos dónde la compró; es de bute, che —dice Gardel a Le Pera.

Pont D'Art ordena que les sirvan café. En ese momento, suena el teléfono. Se disculpa, sostiene una breve conversación y cuelga. La puerta se abre.

—Monsieur Pont D'Art —saluda el gordo que los siguió.

—Pero carajo... —murmura Gardel— Che urso ¿No te cansaste de echarme notas por debajo de la puerta, gil? —se para y lo sujeta de las solapas.

El gordo se deja zamarrear, no entiende.

—Para que sepas, no leo ni el diario... y la literatura, salvo el Billiken, me importa una pepa. Así que esos papelitos de morondanga con los que pretendés enseñarme el alfabeto, te los podés meter en el culo —le cruza la cara a bofetadas—. Ah... batile a tu jefe que me aguante, que voy a cumplir, que me llamo Carlos Gardel...

El gordo mira con ojos desolados a monsieur Pont D'Art. Todos están con la boca abierta. Gardel los recorre con la mirada.

—¿Te sentís bien, hermano? —se para Le Pera y dice a Pont D'Art—. Es tan cachador...

Gardel afloja los brazos y el gordo queda oscilando.

—Veo que monsieur Gardel ya conoce a mi asistente monsieur Croix.

Gardel toma a Croix del hombro, le pellizca los mofletes y con la mejor sonrisa, contesta:

—Es un tipazo...

—Misión cumplida, jefe —Croix se suelta de Gardel—. Me volvió loco, no quería salir del apartamento. Tuve que decir que usted quería reunirse con él.

—Está bien, monsieur Croix. Gracias por todo, puede irse. La próxima, espero encargarle algo más fácil.

Gardel toma asiento y bebe su café con cara de imbécil. Croix se va.

—Usted dirá —dice por fin Le Pera.

—Messieurs —comienza Pont D'Art—. La Paramount ha hecho buenos negocios con monsieur Gardel. Mi antecesor, con el cual ustedes trataron antes, fue el que impulsó "Luces de Buenos Aires", una de las mejores comedias musicales que hemos realizado. Nos reportó excelentes dividendos —Gardel, Defino y Le Pera asienten—. La estancia, el campo, los gauchos, très bien, gran éxito en todos lados menos en Norteamérica. Puede haberle gustado a la gente que habla español, pero el gran público, el americano ... —hace un gesto negativo.

—Permítame —lo interrumpe Gardel— creo que no anda bien del balero. Para empezar, en enero de este año, en la revista que ustedes publican en español, aparece mi foto en la tapa. Claro que dicen que nací en Montevideo cuando todo el mundo sabe que soy de Tacuarembó, pero no importa, dejemos eso... "Melodía de arrabal" fue un éxito... Yo sé que "La casa es seria" se salvó por la belleza de Imperio y que lo único que valió la pena de "Espérame" fue el baile de máscaras...

—Oui monsieur, oui... ya lo he dicho: todos hemos ganado dinero. Pero el público de habla castellana ¿qué representa? —dibuja algo pequeño con los dedos—. Poco, nada.

—Rodolfo Valentino —se exaspera Gardel— con "Los cuatro jinetes del Apocalipsis" impuso lo sudamericano y las pebetas se volvieron locas.

—Valentino murió y se terminó la función —contesta Pont D'Art—. Tiempos viejos. Fíjese que entre las estre-

llas que nos enorgullecen figuran Chevalier, la Dietrich, Lombard, Grant y Raft —levanta un ejemplar y se los muestra a Gardel y Le Pera—. Usted no existe.

—Ahuequemos el ala, Alfredo —se levanta Gardel—. Che Armando, despertáte —lo empuja—. Dejemos a esta chusma.

Se ponen de pie. El francés permanece impasible.

—Messieurs, por favor... Usted es muy sentimental, Carlos. Por favor...

—Aguantá, hermano —Le Pera le pide a Gardel—, veamos qué naipes tiene el hombre.

Se sientan y el francés sigue:

—Oficialmente, la Paramount nos anunció que por el momento no tiene intención de hacer nuevas películas con motivos hispanos...

—Argentinos, porteños, che —corrige Gardel.

—Es igual, monsieur. Argumentan que el mercado es chico, que los films no serían rentables, que Sudamérica es sólo un territorio para soñadores europeos que buscan tesoros o cosas exóticas. Un lugar lleno de pobres, mi querido Gardel.

—Vamos, muchachos. Esto no lo aguanto.

—Pará viejo que todavía no terminó. Escuchemos —pide Le Pera mientras Defino ronca.

—Monsieur Le Pera est très intelligent, oui —sonríe Pont D'Art—. Sin embargo, ¿por qué razón la Paramount envió a alguien para entrevistarse con Gardel?

—No entiendo —Le Pera observa que Gardel saca un habano del bolsillo y lo enciende—. ¿De qué corno habla?

—Siga —dice Gardel a Pont D'Art.

—Aparentemente, la Paramount envió a William Hicks para iniciar conversaciones con vista a hacer nuevas películas.

—El tal Hicks, al que tuve el honor de tratar, era un viejo putañero que se había agarrado un tremendo peludo con un champagne de bute. No sólo no me habló de la Paramount, sino que desapareció sin decir ni mú.

—No entiendo —dice Pont D'Art.

Le Pera traduce el lunfardo de Gardel.

—¿Hicks no le dijo nada antes de desaparecer? Lo conocí en Nueva York. El individuo no me cayó bien. Siempre pensé que iba a terminar robándole a la empresa. Sin embargo, es obvio que extraoficialmente la Paramount todavía tiene intenciones de hacer tratos con usted. Por eso envió a Hicks —Pont D'Art tamborilea sobre el escritorio.

—¿Y? —pregunta Le Pera.

El directivo se adelanta con la intención de revelar algo.

—Hicks no me importa —Pont D'Art hace ruido con los nudillos—, yo cumplo las órdenes que me dan. Paramount me pidió que le preguntara a monsieur Gardel sobre él. A los directivos no les cae bien que los empleados de la empresa gasten los dólares de sus inversionistas. No todos los días se pierde medio millón.

—¿Medio millón? —Gardel pega un salto. A Le Pera se le cae el sombrero y Defino se despierta.

—Oui, messieurs.

Gardel se abandona sobre el sillón. Piensa que con ese dinero hubiera podido quedarse en Buenos Aires.

—¿Y ese Hicks no te dijo nada? —Le Pera le pregunta a Gardel.

—Ni una palabra, che. Sólo trató de hacer que me mamara con champagne francés mientras le tocaba las tetas a una puta.

—Pero qué macana, hermano. Bueno, de todas maneras, estamos encantados de que nos haya hecho venir. Da gusto hacer negocios con la Paramount. Tengo algunas ideas para llevar al celuloide.

—Sí —se mete Defino—, pero antes de seguir hablando, debiéramos arreglar condiciones. Hay que ver los contratos.

—Messieurs —Pont D'Art ordena más café—. Messieurs, s'il vous plaît... Hicks cumplía una misión extraoficial que ordenó algún directivo afiebrado de Nueva York... —sonríe con cinismo—. Se ve que todavía hay alguien que cree que podría ser redituable hacer películas con monsieur Gardel. Qué tontería, mon Dieu.

—Vamos, muchachos. Si me quedo le voy a tener que meter un castañazo... Monsieur Pont D'Art —Gardel se pone de pie—, muchas gracias por el café pero le sugiero que se lo meta en el culo.

—Usted es muy sentimental, Carlos —el directivo se para—. El tango está en decadencia, agoniza; se acabó la "Tangomanía"; se terminaron aquellos tés de tango, las cenas de tango. Fue una música loca para un tiempo obsceno. Ya pasó de moda. ¿Quién se va a acordar de ella dentro de cien años? Va a ser una rareza de museo como la música de los bosquimanos. París ya no es "Tangoville", es otra vez París. Por favor, llévense su reptil de vuelta a casa.

Gardel se abalanza sobre Pont D'Art y lo toma del cuello. El directivo intenta soltarse. Defino y Le Pera se

cuelgan de su amigo para que libere al francés. La expresión de Gardel se ablanda, afloja la tensión y los nudillos recuperan su color. Pont D'Art queda lánguido. Su cuello húmedo muestra el relieve de cordones sanguíneos.

—A la nada se le fueron los momentos de esplendor. Aproveche su último cuarto de hora, monsieur —musita con voz ahogada y se restriega la nuca—, se le está acabando el tiempo, usted será enterrado junto al tango.

—Mirá, cucaracha: el gotán está anclao en París y por más que te pese, desde los suburbios de Buenos Aires conquistó el mundo y ahora es soberano. Chau, gil —Gardel se pone el sombrero y sale con Le Pera y Defino, dejando la puerta abierta.

A bordo del taxi que los lleva a la ciudad, Le Pera rompe el silencio:

—¿Qué vamos a hacer, Carlos?

—Mirá hermano —Gardel le pellizca con cariño un cachete—: primero, nos vamos a dar un buen baño. Con la raya impecable del pantalón y una terrible biaba de gomina, vamos a salir a romperle el orto a Montmartre... que el tango se murió... pero qué tipo pelotudo, che...

Miércoles 29 de noviembre del 33

Gardel y Lola, abrazados, contemplan los colores de la tarde desde la plataforma de observación de la torre Eiffel.

—Aquello es el Sacre Coeur, amor, y si no me equivoco, lo que está más allá, es Montmartre ¿No es hermoso el Sena? Mire Notre-Dame, París...

—¿Te das cuenta? —el viento obliga a Gardel a sujetar el ala del sombrero— y ese infeliz de la Paramount dice que los días del tango están contados, que me estoy quedando sin tiempo... No sabe lo que es secarse en una timba y armarse para volverse a meter.

—Si Francia adora la música de Buenos Aires —Lola se aprieta contra él—, aman a esos argentinos ricos que duermen de día y que gastan dinero por la noche. ¿Nos querrán cuando seamos pobres?

—Pero qué cosas decís, Lola...

—En serio, amor. Las francesas se agarran del primer pantalón argentino con plata que se les cruza ¿Y las norteamericanas? Los hombres son tan sonsos...

El sol, que acaba de salir de atrás de una nube, los entibia. Gardel la toma del mentón y la mira a los ojos.

—No me vas a decir que estás celosa de la Wakefield.

—¿Por qué no? Ella está enamorada. Usted es tan buen mozo...

Gardel la besa.

—Vos me hiciste así, Lola. Antes...

—¿Acaso usted no salió con ella?

—Sí, pero no pasó nada. Tiene su marido.

—¿Y desde cuándo un esposo es un impedimento? Más bien es un atractivo ¿No lo seduce conquistar la mujer de otro?

Gardel se ríe y Lola le pega con el puño en el pecho.

—No se ría, no sea bobo, le hablo en serio.

—Es que decís cada cosa —la atrae con su brazos—. Mirá Lola, soy muy amigo de los Wakefield. A través de ellos, conocí mucha gente que me abrió las puertas de la sociedad parisina y les debo mucho, sobre todo a Sadie.

Yo sé que ella me quiere, que hace todo lo posible para conquistarme y que el marido mira para otro lado, pero te juro que jamás pasó nada. Nunca fuimos a la cama. ¿Eso te deja más tranquila?

Lola asiente, se deja apretar y mientras el sol saca chispitas de sus pupilas, apoya su cabeza en el pecho de Gardel.

—Me moriría sin vos, Lola.

Sonia y Angel se pelean sobre el pasto de los Champs de Mars.

—¿Qué hacen ahora? Dale, dejame mirar.

—Pará, no jodás —Sonia los mira con un largavistas.

—¿Le tocó las tetas?

—Sos una bestia, siempre estás pensando en coger.

—¿Y vos no?

—No tenés arreglo —dice y mira a Gardel y a Lola abrazados en la punta de la torre Eiffel.

—Dale, dejame ver. ¿Hace cuánto que están arriba?

—Tomá —Sonia le da los prismáticos—, ¿no te das cuenta de que el tiempo no existe para los que se quieren?

—No me vengás con huevadas —Angel observa la plataforma de la torre—. Allá está, lo veo clarito, es un troesma, la tiene muerta.

—¿Vos no me querés?

—¿Eh? —Angel no deja de mirar a Gardel.

—Que si te importo algo.

—Lo nuestro es deportivo, flaca.

Sonia le da un codazo que lo hace gritar.

—Fue un chiste...

—Sos un pelotudo.

—Tal vez te quiero un poco.

—Sos un impotente, un maricón.

—Hago lo que puedo, no soy un mago, vos siempre estás alzada.

—Dame eso —Sonia le saca los largavistas—, ni un pelo me vas a tocar, ni un pelo. La paja te vas a hacer...

—No seas así. Fue un chiste ¿qué hacen ahora?

—Garchan.

—¿Delante de todo el mundo?

—No ves que sos un pelotudo.

El sol brilla sobre París. Gardel ciñe a Lola de la cintura.

—Mirá —le dice— en este mundo de locos donde hasta a Cristo le han afeitado la chiva, vos y yo estamos inventando el amor.

—Junto a vos soy feliz.

—Mirá si una noche me encana la muerte, Lola. Mirá si no te vuelvo a ver.

—No amor, siempre estará nevando sobre nuestro sueño en París. Lo voy a amar siempre; pero hay algo que le tengo que decir... Me voy mañana.

—¿Qué hacen ahora? —Angel le pregunta a Sonia.

—Se están separando.

—¿Adónde vas? ¿Por qué? —dice Gardel.

—No se ponga así, amor. Aunque me vaya estaremos juntos. Ayer me llamaron de Norteamérica, tengo que volver a Nueva York, hubo problemas con la Bolsa y los accionistas de la empresa están inquietos.

—¿Qué voy a hacer sin vos?

—Extráñeme, piense en mí.

—Si no hago otra cosa.

—¿Y ahora? Dale, dejame ver... —Angel le quiere sacar los largavistas a Sonia.

—Pará, pará que se están besando.

—Dejame ver.

—Tome —Lola saca un papel del bolsillo—, acá está mi número de teléfono en Manhattan. Lo voy a estar esperando, no se tarde.

—Cuando estés en la vereda y te fiche un bacanazo, vos hacete la chitrula, Lola —dice Gardel y la besa.

—No sea celoso.

—¿Y ahora? —la ansiedad tiene a Angel al borde del colapso.

—Tomá, gil —Sonia le golpea la panza con los prismáticos.

—Pero no los veo, ya no están —grita desesperado.

—Están bajando, imbécil. Vení, vamos a seguirlos.

—¿Cuándo lo vamos a hacer?

—Mañana, pasado, no sé... en cuanto se distraiga. Un tropezón cualquiera da en la vida y entonces... lo quemamos.

Viernes 15 de diciembre del 33

Gardel y Defino vuelven hacia París desde Toulouse donde estuvieron un par de días visitando al tío Jean, a su esposa Charlotte y a mamá Berta, que deseando ver a su hijo, dejó a Fortunato y a Anaïs en la casa de la calle Jean Jeaurés y viajó a Francia. El tren avanza por la campiña.

—¿Estás bien? —Defino ve que su amigo observa el paisaje.

—Sabés Armando, cuando necesito de paz, de tranquilidad, de sosiego —Gardel se despereza—, cuando muchos copetines y farras me han cansado, vengo a ver a mi viejita y a su lado recobro fuerzas... qué amigos ni amores, ni gloria, ni triunfos, ni burros... nada al lado de una madre. El puchero hecho por sus manos es más sabroso que cualquier plato del mejor hotel del mundo... son agradables los aplausos pero ¿de qué valen al lado de un "has cantado bien" de la viejita?

—La extrañabas, ¿no? —Defino le palmea la pierna.

—Si me despierta con un beso y me ceba unos amargos; si me plancha las pilchas... —sonríe Gardel y piensa que es una suerte que su madre esté bien—, Barceló es capaz de todo —murmura—. Si la llega a tocar me muero. El facha bruta no encontró mejor manera de tenerme agarrado del pescuezo. Que a mí me haga lo que se le dé la gana, pero a la vieja... ¿querés un faso? —ofrece y enciende uno.

Fuman y ven a través de la ventanilla como pasan rápido los postes.

—Fijate —Sonia le dice a Angel—, tiene una cara de imbécil...

—Sos despreciable. Viene de ver a la madre y está triste; no tenés sentimientos.

Los rufianes de Avellaneda están separados de Gardel y Defino por varias filas. Apenas se distinguen sus caras entre tanto abrigo, echarpes y sombreros que llevan encima.

—¿Lo trajiste?

—Claro —dice Sonia—, ¿a qué vinimos si no?

—¿Te costó conseguirlo?

—No te imaginás —Sonia baja la voz—, pero a esos africanos les ponés la mosca arriba de la mesa y te traen lo que quieras...

—¿Me lo mostrás?

—¿Estás loco? Es mortal, hay que tener un cuidado...

Un guarda recorre el pasillo y anuncia la estación a la que el tren está arribando.

—Yo extraño a Buenos Aires —suspira Defino—: el laburo, los muchachos...

—Buenos Aires es una gran ciudad, Armando. Yo siempre añoro sus calles, los amigos, las carreras... pero cuando me encuentro allí me dan ganas de volver, de irme bien lejos. La gente me quiere mucho, pero se hace cuesta arriba quedarse en Buenos Aires para ganarse el pan y yo necesito hacer mucha plata, hermano.

—Pará, che. Tan mal no nos va...

—Mirá, viejo: vos llevás las cuentas, vos sabrás... pero siento que no me queda mucho tiempo para hacer guita y me gustaría tener mucha. Quién te dice... vivir en París, en Niza, en Nueva York o volver tranquilo a Buenos Aires sin estar preocupado por el mango ni por la salud.

—¿Por la salud? ¿te pasa algo? ¿tenés algún problema?

—Buenos Aires tiene mucho plomo, che. En el aire, digo. Tantos autos...

—No jodás, Carlos. Decime ¿qué sabés del Aviador?

—La vieja me contó que está bien, que la fue a visitar y que se iba con el auto a Mar del Plata o a Córdoba, que no sabía. Yo le dije que lo hiciera ¿qué iba a hacer solo en Buenos Aires? ¿Pasear por Avellaneda?

Defino se ríe, Gardel fuma, Angel y Sonia esperan, el tren se detiene en la estación, sube gente, continúa el viaje.

—¿Qué opinás de lo que dijo el otro día el tipo de la Paramount? No hemos hablado de eso...

—Callate. Pero qué francés hijo de puta, decir que el tango está terminado...

—¿Y ese fulano del barco?

—¿Hicks?

—Ese.

—¿Quién lo iba a imaginar? Vos lo viste, che... un viejo decrépito con un loro escandaloso. A mí ni me habló de la Paramount. Si tenía un peludo de novela... después no lo vimos más. Se habrá caído al océano como dijo el capitán. Ojalá las cosas hubieran sucedido de otra manera —reflexiona Gardel y da una pitada.

—¿Qué querés decir?

—Imaginate a la Paramount interesada en hacer nuevas películas. Si ese tipo hubiera estado sobrio y no de joda, si hubiéramos hablado en serio, si no hubiéramos ido a su camarote...

—¿Fuiste a su camarote?

—No... digo que si vos y yo hubiéramos ido a su camarote a ver los contratos...

—¿Qué contratos? ¿El ñato tenía contratos?

—No. Digo que te imaginés, nomás ¿no podés imaginar? pero sos un salame, viejo.

—Calmate, che. No te calentés, te va a hacer mal. Las cosas son como son.

—Es verdad, no se pueden cambiar —Gardel mira los techos rojos de una casa de campo—. Me gustaría algo así... algo tranquilo, alejado, solitario. No ser quien soy, olvidarme de todo. No perseguir la gloria, la fama y el aplauso como los persigo... esta vanidad me mata herma-

no, te lo juro... el aplauso es una droga... En cambio, si viviera acá —señala el establo y las vacas—, podría casarme, tener hijos...

—¿Con Isabel?

—Sos un pelotudo, salí.

—Fue un chiste, ¿me vas a decir que Carlos Gardel perdió el humor? Te juro que fue un chiste.

—Imaginate nuevas películas, filmar en Norteamérica, llegar a Hollywood y alcanzar a Chevalier. Juntar muchos dólares...

Defino escucha el sueño que Gardel crea frente a sus ojos. La imagen es tan clara que los dos sienten que pueden acariciar los billetes. Se quedan suspirando en medio de la irrealidad. Defino sonríe. Gardel recuerda la carta que su madre le dio a último momento. La saca, la examina y descubre un sobre común, sin remitente, escrito a mano. Entonces, despliega un papel que dice:

Carlos, hijo:

Si tu vieja te dio esta carta es porque pensé que pagarle el entierro te haría gastar la plata que me debés. Como podés ver no le toqué un pelo. Pero el tiempo pasa y si pierdo la paciencia podría llegar a despeinarla. Al Aviador, también lo voy a dejar seguir volando. Fuiste vos el que se mandó la cagada. Tu vieja y el chofer no tienen la culpa. Sé que estás arriba de un tren que va de Toulouse a París. Ya te habrás cruzado con mi gente. A pesar de lo que creas son educados, les gusta el buen champagne y sobre todo, cumplen. Contra el destino nadie la talla, Carlitos. No importa adónde te quieras esconder, siempre te voy a alcanzar. Y te voy a decir una última cosa: todo Cristo tiene su Judas.

Gardel siente que el corazón se le mueve como piezas sueltas de un reloj. Defino regresa de su ensueño y le pregunta qué es el papel que está leyendo. El silbato del tren suena y sobreviene una oscuridad de túnel en la que Gardel aprovecha para guardar la carta. Alguien le golpea el hombro. La luz vuelve y trae el paisaje de la campiña. Defino mira a Gardel para preguntarle de nuevo por la carta cuando descubre el alacrán que viene trepando por el abrigo en dirección a la nuca.

—Quedate quieto... ni respirés.

Con un movimiento rápido, Defino lo aplasta con una revista. Todo es veloz.

—Qué susto, viejo —dice Defino y miran la alimaña muerta.

—Un escorpión —se sorprende Gardel— y negro... son los peores.

—¿De dónde habrá venido? En este clima es imposible que haya una inmundicia así.

Con una mano sobre el bolsillo donde está la carta, Gardel dice:

—Qué país, hermano. Estos tipos son unos sucios, están llenos de bichos ¿por qué te pensás que inventaron el perfume?

Lunes 18 de diciembre del 33

Gardel entra en el Café de París donde es recibido con aplausos que le brindan los amigos de Argentina, Francia y Norteamérica que Sadie Wakefield ha reunido para despedirlo.

—Mirá, hay pilchas domingueras, hay porte, hay silueta —dice Pettorossi a Castellano.

—¡Uy Dio, qué de minas, ta' todo alfombrado! —canta Castellano.

—Che ¿dónde estamos, en Buenos Aires? ¿De nuevo en el "Café de los angelitos"? —dice Gardel a la barra.

—Es una lástima que no esté mi novia —Le Pera dice melancólico.

—No me arruinés la noche hablando de la tuberculosa —pide Gardel y agrega socarrón—: Atenti, chichipíos: a poner la mejor sonrisa que viene el bagayo...

—Por fin —lo recibe Sadie Wakefield—. La única manera que tengo para atraparlo es con champagne y caviar. Muy buenas noches, Carlos. ¿Cómo le va? Señor Le Pera... Señores.

—Siempre es un placer volver a mirar sus ojos, Sadie —Gardel se inclina, toma su mano y la besa. Luego presenta a sus amigos.

—Gentlemen —dice Sadie—, señora... están en su casa, adelante por favor —y toma a Gardel del brazo y lo conduce al salón donde es aclamado.

—Llegó el tango —grita Pizarro.

—Manolo —Gardel lo abraza— gracias por venir... ¿con quién dejaste el cabaret? ¿con el dueño del Florida?

Juan, Gabriel y Domingo Torterolo también se acercan. Un montón de gente palmea a Gardel y le desea suerte. Hay un cartel colgado en el centro del salón que dice "Carlos Gardel 'Señor del tango' a la conquista de Norteamérica". Hay serpentinas, luces de colores, invitados con máscaras. Una orquesta de músicos argentinos toca, con maestría, "Margot". Al pasar por delante, Gardel toma a

Sadie y hace unas figuras. La gente aplaude, se ríe. Alguien les acerca una copa con la que brindan, beben y luego la dejan sobre la mesa frente a la cual se han sentado.

—Esta vez fue difícil atraparte —le dice Sadie a Gardel que todavía sonríe y estrecha manos—, me voy a poner celosa.

—Brindemos —Gardel levanta su copa— por la amistad, por el cariño, por la vida, por el futuro...

—Porque triunfes en Norteamérica, por nosotros...

Chocan sus copas y beben.

—Te vi paseando con otra del brazo. Me dio pena, dolor, pero ustedes reían, se los veía dichosos, contentos ¿Quién es ella, Carlos?

La orquesta toca "Pobre corazón mío" y muchas parejas, entre las que están Sonia y Angel enmascarados, bailan.

—Allá está tu gigoló... dejá de tocarme el culo...

—Es un maestro, vieja. No hay mina que se le resista.

—¿Querés que haga la prueba?

—Si lo tocás te mato. Es un tipo puro.

—Dicen que no le funciona pero el guacho la debe mover bien; parece que las tiene muertas; quién te dice... te digo que no me toqués el culo, bestia.

—Oíme bien, estúpida —Angel le aprieta el brazo—, ni se te ocurra encamarte con él, ¿sabés? El único que te monta soy yo.

—Soltame, pelotudo. Yo hago lo que se me da la gana.

—Atrevete y vas a ver.

La orquesta termina, las parejas se separan y aplauden, los mozos cruzan el salón con botellas de champagne.

—Decime quién es ella, Carlos.

—Sadie, por favor. No me preguntés.

Ella estira su mano para tocarle los dedos.

—Che, que acá hay gente...

—No me importa. Mirame ¿ya no te acordás que una noche lloraste en mis brazos? Me dijiste que tu vida iba a ser siempre mía.

—Sadie, por favor. No me pidás...

—Ya sé que estoy gorda y vieja; que ella es joven, hermosa; que no puedo competir. Pero no me importa, en serio. No puedo dejar de quererte. No me abandonés, me conformo con migajas, con unos minutos, con una noche.

—Sadie, por favor... nunca te quise hacer daño; siempre fui sincero con vos; no quiero que sufras.

—Sufriría si me abandonaras. No tengo problemas en compartirte con ella, sabía que esto iba a suceder. Sólo te pido que de vez en cuando estés conmigo.

La orquesta toca "Fumando espero". Angel y Sonia se acercan a la mesa de la comida.

—Tratá de servirte poco. En estas reuniones la gente fina se caga de hambre.

—No me hinchés. Estoy harto de cagar porotos. A mi estómago le va a parecer la gloria cambiar de dieta. Esa cosa negra ¿qué carajo es?

—Caviar, bruto.

Alguien toma el micrófono, pide silencio, agradece a la señora Wakefield por la fiesta de despedida, le desea mucha suerte a Carlos Gardel en su viaje a Norteamérica y lo invita a pasar al escenario.

—Sólo te pido algunas veces, Carlos.

—Siempre voy a estar con vos —contesta Gardel, se pone de pie, y va hacia la mesa donde están sus amigos y lo hace levantar a Pettorossi.

—¿Ahora ves por qué te jodía con la guitarrita? —dice Pettorossi y se instalan de frente al público.

Gardel sonríe hacia todos lados mientras su escoba, seco como una momia, se adelanta y dice "Giuseppe el zapatero". Gardel recorre con dificultad los dos octavos de su voz pero mantiene un excelente sentido del ritmo. Las luces destellan sobre su pelo corto y engominado, sobre su dentadura pareja y blanca, sobre el lustre de sus zapatos. Cuando termina, la gente aplaude, él se inclina sonriendo, sin soltar los pulgares de las solapas de su smoking y agradece a Pettorossi que baja la guitarra y también saluda. La gente pide otra. Pettorossi anuncia "Canchero" y vuelve con gesto de estatua a su silla. Sin dejar de sonreír, Gardel modula su voz y la lleva a las inflexiones que desea. La gente mira electrizada su semblante móvil.

—Es tan trágico, tan melancólico —se entusiasma Angel.

—Es tan buen mozo —agrega Sonia.

—Ni se te ocurra.

Gardel termina, saluda, le dice algo a la orquesta y Pettorossi vuelve a la mesa de sus amigos. Gardel canta en francés.

—¿Qué le pasa? ¿qué hace? —murmura Angel.

—Canta ¿no ves? —Sonia mira embelesada a Gardel.

—¿En francés? Es un traidor, pero... ¿cómo puede? Pettorossi y Defino marcan con los dedos el compás.

—Qué querés que te diga —dice Castellano— lo prefiero en español. No entiendo esta manía de los franceses de querer imponerles a los cantantes un idioma que no es el que hablan ellos. Uno se imagina que buscan lo exótico, che...

Luego de varias canciones en francés, Gardel saluda flexionando las rodillas y vuelve a la mesa con Sadie. Muchos se acercan, lo felicitan, le dicen que cada día canta mejor, le desean éxito y buen viaje.

—Prometeme que no me vas a dejar —le ruega Sadie.

—Lo prometo, en serio. Tomemos un poco de champagne.

Un grupo de amigos de Sadie vienen a buscarla para avisarle que ha llegado Nora Talmadge, la estrella norteamericana.

—Ahora vuelvo, le voy a decir que te fuiste. Igual ya la conocés... es suficiente competir con una. Esta noche te quiero para mí —dice Sadie y lo deja solo.

Sonia aprovecha que Angel está ocupado llenando su plato y se dirige hacia la mesa de Gardel. Llega, le tiende la mano y él se pone de pie y la besa.

—Buenas noches —dice—, Dominique Fournier, marquise.

—Es un placer, señora —dice Gardel deslumbrado por el título de nobleza—. Uno se imagina que detrás de esa máscara se esconde el rostro bello de una mujer tímida.

—¿Y qué se esconde detrás de su fama? ¿Cómo es el verdadero Carlos Gardel?

—Nos podríamos conocer mejor si me hiciera el honor de beber conmigo una copa de champagne.

—Acepto la copa, pero sólo hay una manera de que un hombre y una mujer se puedan conocer bien.

—No le molesta que fume, ¿no? —Gardel saca un habano y sirve champagne—. ¿Y se puede saber cuál es esa manera, señora?

—Haciendo el amor...

Gardel vuelca champagne sobre el mantel. La orquesta toca jazz.

—¿Me está haciendo una proposición, marquesa?

—Por supuesto... Un hombre como usted debe tener más encantos que los visibles, más cosas que le podrían interesar a una mujer como yo.

—Vamos a mi apartamento, marquesa.

—¿Ahora? —se ríe—. Ahora no puedo... qué diría mi acompañante. Tal vez en Nueva York...

—¿Viaja a Norteamérica? ¿Cuándo?

—Antes de las fiestas. No me quiero perder las vidrieras de la Quinta avenida. Son una hermosura.

—No creo que sean más luminosas que sus ojos.

—Usted es muy galante, Carlos.

—Si lo que oculta debajo del vestido es como lo que veo en su mirada, no creo que pueda esperar a que lleguemos a Norteamérica. Quítese esa máscara, quiero ver su rostro.

Sonia se ríe y niega con la cabeza; Gardel sirve más champagne.

—Tenés risa de barrio, de sol de suburbio, de lluvia de otoño que moja castaños.

—Eso que dice es tan hermoso, Carlos. Fui a Buenos Aires para aprender español, entender el tango y para escucharlo a usted. Siento que nací allí, que sus calles que no he visto, son mías. No me quiero morir en un frío bulevar de París, me quiero morir de amor en Palermo, sobre la pista de baile del Armenonville.

—Viajá conmigo, Dominique. No necesitás más equipaje que el que tenés puesto y que te va a durar poco.

—¿Me va a sacar toda la ropa, me va a dejar desnuda?

—Te voy a cubrir con besos, pebeta.

Sonia se para, finge que mira distraída el salón y ve que Angel está sirviéndose postres. Entonces, toma la mano de Gardel.

—Mirá cómo tengo los pezones, vamos al baño.

Cruzan el salón con lentitud debido a los saludos y a las muestras de afecto que provoca el paso de Gardel. Entran apurados en el baño de damas y se besan. Sonia se saca los aros, Gardel le levanta el vestido y le acaricia las piernas. Ella tira el saco de él, abre su camisa y le pasa la lengua por el pecho. Los suspiros y jadeos aumentan. Gardel busca la ropa interior de Sonia; de un tirón se la rompe y le toca y resfriega el pubis.

—Mirá cómo estás mojada.

Ella levanta un muslo para que él la toque mejor y busca la bragueta. Encuentra algo fofo y tibio. Lo mira sorprendida.

—No digás nada, hacé lo que sabés —pide Gardel.

Sonia se agacha, le agarra los testículos y se la mete en la boca. Siente que se pone dura y grande. Alguien intenta entrar al baño. Gardel apoya su cuerpo contra la puerta mientras Sonia continúa. La persona que quiere entrar, insiste. Gardel hace fuerza y grita que está ocupado. Recibe una puteada en francés. Se ríen. El le baja los breteles y busca los pezones. Sonia se endereza y dice:

—Decime si merezco lo que me pensás hacer. Metémela por atrás.

Gardel la alza, la da vuelta, la hace apoyar de frente a la mesada y al espejo y le levanta el vestido. Se excita con el culo en forma de corazón de Sonia y las ligas.

—Metémela... Estoy muy caliente.

Gardel la penetra con fuerza apoyando sus manos en la cintura de ella y luego agarrado de sus pechos.

—Más adentro...

El la hace inclinar con una mano en la nuca y arremete.

—Así... dale...

Gardel acaricia un pecho. Con la otra mano le separa los muslos. Sonia grita.

—Estoy acabando...

El también llega al orgasmo. Con las manos sobre el culo de Sonia siente sus espasmos. Luego se deja caer sobre la espalda de ella.

—¿Quién te enseñó? Decime —pregunta Sonia sin poder respirar—. A pesar de que es blanda, hacés maravillas.

—La que hace cosas increíbles sos vos... hacer el amor en el baño mientras afuera todo el mundo está de joda... tenés un culo —contesta él sin dejar de mirarla, sin moverse de encima de ella y sin soltar sus pechos—. Sacate la máscara, Dominique. Dejame ver tu cara, quiero saber quién sos.

—Es la primera vez que me hacen el amor así, nunca...

—Sacate esa máscara —insiste Gardel.

—Vos también me gustás, Carlos. Pero es mejor que no sepas quién soy. Es más misterioso.

Se arreglan la ropa y se miran en el espejo. Gardel levanta del piso la ropa interior hecha jirones.

—Quedate con ella, es tu trofeo...

El se ríe, la guarda en el bolsillo y la besa. Salen del baño, le sacan dos copas de champagne a un mozo que pasa y vuelven a la mesa donde estaba él. Sonia descubre que Angel la busca.

—Me tengo que ir —dice.

Gardel intenta decir algo.

—No, Carlos... en Nueva York vamos a tener más tiempo. Adiós.

—¿Y cómo nos vamos a encontrar? ¿Cómo te voy a reconocer si no vi tu cara? Dame una dirección, algo...

—Tenés el olor de mi piel —dice y le besa la mejilla—, no te preocupés, Manhattan no es tan grande. Yo te busco, chau.

Gardel observa cómo se va la mujer enmascarada. Sadie Wakefield viene con Nora Talmadge.

—No pude convencerla de que no estabas..., ¿te sentís bien? Tenés una cara...

—Macanudo —contesta Gardel y se pone de pie para saludar—. Nora...

Se sientan y piden más champagne. Gardel busca a Sonia por el salón. Lo que queda de la noche se va en tangos, baile, buenos augurios, suspiros y la terrible sensación de que ha sucedido algo irremediable.

Lunes 18 de diciembre del 33
Más tarde

Angel se tropieza con una madera levantada del piso del cuarto del hotel y cae sobre el colchón. Tiene la ropa arrugada y está borracho.

—Pero qué mamúa, hermano —y sigue tarareando un tango.

Sonia deja la cartera sobre la mesa y se sienta en una silla que cruje. La pared está descascarada. El techo tiene manchas de humedad.

—Está todo tan desarreglado... —mira la ropa sucia tirada en el piso y las valijas abiertas—. Parece triste, te juro que me dan ganas de llorar.

—¿Y yo, vieja? —Angel se revuelca sobre la cama—. Para mí ya no hay consuelo ¿No viste lo que hizo?

—¿Quién?

—Gardel, estúpida.

—Sé muy bien lo que hizo...

—Es un traidor. Cuando en la revolución de Uriburu cantó aquel tango, me hice el sonso y miré para otro lado; después cantó para Terra en Uruguay y me dije que era un ser humano, que se podía equivocar... pero esto, que cante en francés... Es una profanación, vieja. Canta cosas nuestras que le dieron gloria y guita, alternándolas con macanas francesas que me las paso por el culo. El imbécil se dejó engrupir. Ahora lo único que falta es que cante en inglés... qué amargura... El Viejo nos dijo que lo teníamos que apretar, pero habría que asesinarlo, che... ¿Y a vos? ¿qué mierda te pasa? —dice y se agarra la cabeza—. Esta cama se mueve como un barco.

—¿A mí? que estoy harta de vos, sos tan poca cosa... Necesito un tipo milonguero, guapo, compadrón, que ande con gomina, fume tabaco inglés y que sepa chamuyar con una mujer... te juro que si lo encuentro, me pianto. No me ves más el pelo.

Angel salta de la cama y la agarra del pelo.

—Lo estuviste relojeando ¿no? Tené mucho ojo, eh...

—Me duele infeliz —Sonia le encaja una patada en los testículos que lo hace caer—. Jodete...

—La puta que te parió, Sonia —Angel se agarra—. Me las vas a pagar, ¿quién te crees que sos?

—Mucho más de lo que vos pensás, jetón.

—Sos una cualquiera, una puta. Te criaste entre malevos, entre gente de avería, te saqué del barro.

—Hacete hervir, yo también te ayudé cuando lo necesitaste, estamos mano a mano...

Angel se levanta con dificultad y se apoya en la silla. Sonia lo observa.

—No te tengo rencor...

—Despedite, vieja. Te avisé que no lo miraras... nos encargaron algo y lo tenemos que hacer, te guste o no. Lo que sentís, está afuera. Para mí se acabó...

—¿Qué vamos a hacer?

—En la estación de tren... Será su último tango.

Martes 19 de diciembre del 33

Una buena cantidad de periodistas están en el andén esperando la llegada de Carlos Gardel, que junto con Pettorossi y Castellano tomarán el tren a Cherburgo para partir luego con rumbo a Norteamérica. Le Pera permanecerá en Francia y Defino volverá a Buenos Aires a seguir con el trabajo. El día es frío, soleado y claro.

—Allí está el Mago...

Gardel viene del brazo de Defino. Lleva un sobretodo beige, el Orión requintado y sonríe. Hace rato que no veía tanta gente de los diarios y revistas. Más atrás vienen Castellano, Le Pera, Adela Defino y Pettorossi. Los agentes de prensa, con sus anotadores y lapiceras, se amontonan alrededor de ellos. Algunos sacan fotografías.

—Gardel... Se va de París, ¿qué le dejó?

—La capital de Francia es mi querida, nos conocemos en la intimidad, no puedo partir sin desgarrarme.

—¿Extraña Buenos Aires?

—Acá vivo como allá... un buen barrio, un edificio elegante, mis discos se venden bien, las revistas tienen mi foto en la tapa, tengo amigos por todos lados... —contesta Gardel mientras se desabrocha el sobretodo y deja ver su traje inglés oscuro de buen corte, la camisa color crema y una corbata de moño con pintitas. Saca una boquilla de plata y prende un cigarrillo con su encendedor de oro. Defino no se mueve de su lado y Le Pera se ha puesto a su derecha.

—El público francés no entiende el español y sin embargo lo aplaude, ¿por qué?

—Es verdad... a esta gente fina y educada le basta con la melodía y mi interpretación... ellos entienden los sentimientos que están en juego, no necesitan más.

—Usted tiene fama de hombre divertido, de gastar mucho dinero, de trabajar poco y llevar una vida social muy activa ¿qué nos puede decir de eso?

—La gente no sabe lo que trabajo; cree que me gano el dinero sin esfuerzo... Gano mucho, es verdad, pero entre grabaciones, ensayos, búsqueda de nuevas canciones, arreglos musicales y la preparación de guiones cinematográficos, no hay día que alcance. Mi vida es linda, no me puedo quejar, pero es una vida de trabajo y sacrificio.

Varios periodistas preguntan al mismo tiempo; Gardel sonríe y Le Pera trata de poner orden.

—Caballeros, calma. Por favor... tenemos tiempo.

—Aprovechen que se le está por terminar —le dice Angel a Sonia.

—Che, ¿si lo dejamos para otro momento? Hay mucha gente.

—¿Qué bicho te picó, vieja? —Angel la toma del mentón y le levanta la cara—. Desde anoche que estás rara, es la primera vez que no querés coger... —y mirando a Gardel, agrega—: vos te le acercaste ¿no? hablá turra ¿te le acercaste? Me importa un carajo. El traidor está muerto y a vos te voy a abrir las piernas aunque no quieras.

La conferencia de prensa continúa. La locomotora se acerca a la estación.

—Gardel... hay quien dice que está perdiendo la voz, que ya no canta como antes, que le operaron las cuerdas vocales. ¿Es verdad?

—Me operaron hace años, es cierto... en el 29. El doctor no le dio importancia. En cuanto a mi voz, algunos dicen que la estoy perdiendo y yo digo que está madurando, que sea el público el que juzgue. El que me conoce, sabe que no canto con la garganta, canto con el corazón.

—Pero su último espectáculo en Buenos Aires lo tuvieron que levantar por falta de espectadores —agrega el mismo periodista. No alcanza a escuchar la respuesta porque es apartado por Castellano y Pettorossi.

—¿No le asusta el porvenir? —pregunta otro.

—El porvenir es el presente. No tengo miedo; el que lleva sangre porteña no se asustará jamás del futuro.

—Díganos algo más de Buenos Aires.

—Buenos Aires es linda, che... pero cuando se ha conocido París, cuando se ha visto la Costa Azul...

—La puta que lo parió al traidor —le masculla Angel a Sonia.

—Cuando se ha gustado el aplauso de reyes —sigue Gardel—. Buenos Aires no satisface del todo... cansa... es terriblemente monótona nuestra ciudad y allí tenés a los argentinos, emperrados en una seriedad funeraria...

—Aburrido va a ser tu sepulcro —dice Angel—. Vas a ver, cochino.

—En Europa todo el mundo se divierte mejor —continúa Gardel— pero Buenos Aires está dentro de mi corazón y si estas mismas palabras las escuchara en el extranjero, me sonarían a herejía.

—Tarde viejo: El hereje sos vos —putea Angel—. Llegó la Inquisición, soy Torquemada; las vas a pagar, te voy a quemar vivo.

—Vámonos —pide Sonia—, matémoslo en otro momento.

—Cómo te gustó ¿eh? Sos una guacha... pero yo no me muevo de acá sin cortarle las alas.

—Por favor, Gardel... cuéntenos algo pintoresco de su estadía.

—Lamento no poder conformarlo, amigo... pero siempre hay alguna dama de por medio.

—Por favor... algo...

—Está bien... He tenido un pequeño romance con una joven marquise que habla como una porteña... Me parece que de mi paso por París es lo que más vale la pena recordar —dice confiando en que Lola jamás se cruce con el diario que publique esto.

—El nombre, díganos el nombre...

—Por favor, sin nombres ni indiscreciones.

—¿Qué tipos de mujeres le gustan?

—Las latinas, indudablemente me entienden mejor,

pero me gustan todas las mujeres hermosas e inteligentes y las sajonas, con su fama de frías y calculadoras, cuando encuentran un hombre que las enamora y comprende, son tan sensibles y apasionadas que también me seducen.

—Te das cuenta, le gusta todo bicho que camina —le dice Angel a Sonia— ¿cómo vas a hacer para que te mire? ¿te vas a poner una máscara? Capaz que hasta es puto... con ese polvo que se mete en la cara...

—Seguro que es bien macho —Sonia no deja de mirar a Gardel.

—Cuando te la meta entre las piernas, vas a recordar lo que es un hombre.

—Ya lo hiciste y no me di cuenta.

—Me las vas a pagar, hija de mil putas, te lo juro.

—¿Alguna vez estuvo enamorado? —quiere saber un periodista.

—De todas las mujeres vale la pena enamorarse, y darle la exclusividad a una es hacerle una ofensa a las otras.

—¿Es cierto que va a dejar el tabaco y las carreras?

—Tabaco, pingos, mujeres... ¿las únicas cosas por las que vale la pena vivir?

—Hay quien critica que cante en francés e italiano.

—Mi escenario es el mundo —contesta Gardel—, mi canto es universal.

—Traidor, traidor hijo de puta —se enfurece Angel—. Dale, vamos, terminemos con esto.

—Pará che ¿con este gentío? Nos van a agarrar.

La locomotora larga un humo blanco que se esparce sobre el andén. Muchos pasajeros ya están arriba y algunos miran la conferencia de prensa desde las ventanas.

—Gardel, una última pregunta: ¿qué es el tango?

—¿El tango? El tango soy yo.

Le Pera y Defino se adelantan y anuncian que no habrá más preguntas, que Gardel está cansado y tiene por delante un viaje largo. Se oye el repiquetear de la campana de la estación. Los reporteros no se despegan de al lado del cantor mientras se despide de Adela, abraza a Defino con los ojos húmedos y cachetea en la mejilla a Le Pera. Suena el silbato. Angel, con la cara tapada con un sombrero y el sobretodo, avanza con un punzón en la mano. Sonia lo sigue cubierta con una bufanda. Se oyen de nuevo las campanas. La máquina resopla y hace tanto ruido que la gente alza la voz para hacerse oír. Algunos aplauden a Gardel y otros lo vitorean. De pronto, como aguas que se separan, queda un espacio libre frente al cantor. El brillo del metal se acerca. Un periodista se interpone con una pregunta de último momento y recibe en el costado, la herida destinada a Gardel. El ruido ahoga su grito. Cae sobre los brazos del cantor. Gardel descubre la sangre en su mano, y con frialdad, deposita al herido en los brazos de otro hombre de prensa y empuja a sus amigos hacia el tren que se empezó a mover. Sube rápido y enseguida se asoma por la ventanilla de su camarote. La locomotora se aleja de la estación. Angel y Sonia escapan. Los Defino y Le Pera están con la mano en alto.

—¿Ves lo que ha pasado? —dice Gardel a Pettorossi mientras el tren toma velocidad.

—¿Qué cosa, don Carlos?

—El muchachito bueno cayó bajo las garras de la fatalidad.

—Ya sé que vos no tenés ninguna culpa en esto —con-

testa el guitarrista que no entiende—. Hay tangos mejores...

—La vida es un tango, viejo —agrega Castellano.

—Y todos estamos obligados a bailarlo —contesta Gardel.

Jueves 28 de diciembre del 33

El buque francés Champlain se acerca a Nueva York. Gardel observa las siluetas de los rascacielos mientras termina el segundo plato de pasta con tuco y ajo que le prepararon especialmente. Toma un poco de vino y se saca la servilleta que se colgó del cuello. Piensa que Lola lo va a estar esperando cuando desembarque y recuerda a la mujer que dejó en Buenos Aires.

—Le tengo que escribir a Armando para que se deshaga de Isabel de la manera más rápida, más barata y sin que se arme quilombo. Cómo pude haber aguantado tanto...

Son las cuatro de la tarde y la luz se va despacio. Gardel busca en sus bolsillos la dirección y el teléfono que Lola le dejó.

—Estoy seco, no tengo un mango, necesito hacer cine... tengo que ver a la gente de la Paramount —enciende un cigarrillo—. ¿Quién era Hicks? Pensar que andaba con medio millón y encima tenía la manija para decidir... qué metida de pata, hermano —da una pitada—; jamás voy a entender por qué sacó el bufoso, por qué me quiso limpiar... ¿Habrá sido un sinvergüenza de la Paramount que el Viejo compró para que me asesinara y que de esa

manera ninguna pista condujera a Buenos Aires? Tengo que sacarme de encima a Barceló e irme con Lola al fin del mundo.

El camarero se acerca a retirar el plato y le pregunta si quiere algo más. Gardel pide un café. Mientras lo toma descubre que nieva.

—Cuidate del surmenage, dejate de hacer macanas, Carlitos —se dice—. En París me salvé raspando... ese tajo era para mí. Mejor que me haya tomado el raje. Lo único que lamento es el laburo que me costó conquistar Francia —suspira.

La estatua de la Libertad domina el panorama frente a la isla. Gardel la mira y se promete pedirle a Lola que lo acompañe a visitarla. Los edificios se elevan con vanidad sobre el borde del mar.

—Y yo que creía que París era grande... terminó siendo un barrio.

El Champlain anuncia con una toque de sirena que está próximo a ingresar en el río Hudson. Castellano viene con Pettorossi y se sientan junto a Gardel.

—Qué ciudad, es formidable ¿no? —dice Castellano.

—Asusta —articula Pettorossi que mira las moles de piedra.

—Mirá viejo —dice Gardel—: la ventanilla cerró, no hay más boletos y nos quedamos sin pasta... recemos para que gane nuestro pingo.

—Salgamos, quiero ver la multitud que se acercó a recibir al tango —pide Castellano.

—¿Con el tornillo que debe hacer? —Gardel vio pasar un pedazo de hielo flotando—. No jodás, pibe. Tomemos un feca.

Un altavoz anuncia el arribo a la ciudad de Nueva York y luego se oye un tango.

—No se si voy a poder soportar esto —Castellano señala el parlante mientras Pettorossi mira si hay alguien con el que se puedan agarrar a las trompadas.

—Atenti, pichones —dice Gardel—, se viene la nueva conquista de América...

En el momento en que terminan el café, el barco amarra en el muelle 57 de la calle catorce. Se pone la planchada, salen a cubierta y sienten un viento helado que los amenaza de muerte.

—Hay que ser pingüino para vivir en este país —se queja Gardel.

—Por lo menos, acá afuera no se oyen tangos —dice Castellano aliviado.

En la dársena hay un par de autos Ford negros.

—Ni el loro vino —rezonga Gardel y trata, sin resultado, de protegerse el pecho y la garganta del viento que le entra por todas partes—. ¿Dónde estamos, che? ¿En Norteamérica o en Groenlandia? ¿Nadie les avisó a los yonis que llegaba el tango? —agrega al observar a las cinco personas que se animaron a venir.

En el muelle se ve un hombre grueso, pelado y con un tremendo bigote. Su hijo sostiene un cartel que dice "Bienvenido Rey del tango". Un tipo alto anda con una máquina fotográfica. Se ve otro individuo morocho que saluda con energía en dirección a Gardel. Finalmente, se observa un hombre pequeño, de cara redonda y bigote fino. Gardel descubre que Lola no está.

—Con estos no alcanza ni para un truco...

—¿Y para una escoba del quince?

—Sos un paspado, Castellano —lo desprecia Gardel.

—Qué vas a hacer, hermano —Pettorossi lo consuela—, vos te creés que porque hablás de "ti" y fumás tabaco inglés...

—El que saluda es Mariani, de la NBC —dice Gardel.

—¡Araca, los del Ford! —Pettorossi ve que la gente de los autos ha bajado y sube al barco.

Gardel los sigue con la mirada. Visten ropa oscura. Se acercan y se paran frente a Castellano.

—Good evening, mister Gardel —saluda serio uno que exhibe una credencial que informa que es John Braxton, FBI, special agent.

—Buenas tardes —traduce el que está al lado: un hombre diminuto que se presenta como el agente especial Paul Daver—. ¿Carlos Gardel? —El resto de los federales no habla.

Castellano mira cómo Gardel da un paso al costado, saca un cigarrillo y le hace una seña para que se haga pasar por él.

—Los señores dirán en qué les puedo ser útil. Perdón, les presento al señor Pettorossi y Castellano —dice señalando a Gardel y a Pettorossi.

—Esto va a terminar a los sopapos —murmura Pettorossi a Gardel.

Braxton le dice algo a Daver.

—El inspector Braxton dice que lamenta molestar, que entiende que recién llegaron; deben estar cansados y con ganas de ir al hotel. Sin embargo se ve en la obligación de hacer un par de preguntas.

—Viva Carlos Gardel —grita desde la dársena el tipo

de bigotes que saluda mientras personal del buque le indica al grupo que todavía no puede subir.

Castellano sonríe y mueve la mano con exageración. El bigotudo que gritó desde el muelle parece pedirle explicaciones a Mariani.

—Mi público —les aclara a los agentes del FBI—, me debo a ellos. Son el pedestal sobre el que se afirma mi gloria.

—¿No ve que es un otario, don Carlos? ¡Qué caradura! —Pettorossi le dice a Gardel.

Braxton saca una foto y la muestra.

—¿Conoce a este individuo? —pregunta Daver.

Castellano toma la fotografía de un hombre flaco, viejo y pelado, al que reconoce enseguida. Mira a Gardel de reojo.

—¿Debiera conocerlo? Tanta gente dice que es amiga mía...

Braxton habla con Daver que pregunta:

—¿Qué relaciones tiene con la empresa Paramount?

—Estos yanquis no tienen arreglo —dice Castellano y mira a Gardel y Pettorossi— todo el mundo sabe que en París hice cuatro películas Paramount. "Luces de Buenos Aires" por ejemplo. Acá la estrenaron... cantaba el tango: "Tomo y obligo". ¿No le contaron que la gente pedía que pararan la película para volver a escucharlo? Dígale a Bastón o como carajo se llame que vaya al cine —le devuelve la fotografía.

—El nombre del inspector es Braxton —contesta Daver—. El tango no nos interesa, sólo vemos films norteamericanos. El resto no existe.

—¿Decís que un tango rante no te hace perder la calma?

Braxton murmura algo mientras sostiene el retrato y Daver continúa:

—¿El nombre Williams Hicks significa algo para usted?

—El de un tipo que no sabe beber y que tuvo que empeñar a su madre para pagar no se cuántas botellas de un champagne francés muy caro. En esa foto está sobrio, no sé si es el mismo...

—Viva el rey del tango —se oye otro grito del bigotudo que está en la dársena y que tiene a su hijo sobre los hombros. El chico tiene un cartel que dice "Gardel macho-Buenos Aires-Argentina—". Castellano saluda. El de bigotes baja al mocoso y lo agarra a Mariani de las solapas. El tipo que está con Mariani trata de separarlos pero se van a las manos mientras el chico llora.

Braxton dice algo.

—Hay gente que afirma que el señor Hicks fue visto a bordo del buque Conte Biancamano, la noche del martes catorce de noviembre, hablando con usted —Daver consulta unas notas que sacó del bolsillo—. Fue la última vez que lo vieron con vida.

—Querido inspector, el señor Hicks tuvo la amabilidad como tantos otros, de invitarme a su mesa —dice Castellano.

Braxton se inclina hacia Daver que dice "okey".

—¿Me podría informar sobre qué cosas hablaron?

—Mire inspector, no recuerdo bien. Hicks tenía una borrachera como he visto pocas y a mí, qué quiere que le diga, también me gusta beber champagne.

Braxton murmura a Daver que traduce:

—¿No recuerda algo que le haya llamado la atención en el comportamiento de Hicks?

—Mire inspector, lo único que me llamó la atención, es que yo, con todo el dinero que gané en la vida, jamás hubiera podido pagar todas esas botellas de champagne francés que Hicks tenía sobre la mesa. El individuo me pareció un poco ordinario, ¿me entiende? Ni siquiera estaba de smoking, ¿con qué iba a pagar?

—El señor Hicks era empleado de la Paramount. Un experto en películas en idiomas foráneos, con olfato para descubrir estrellas. La empresa le había pedido que visitara Buenos Aires y que se pusiera en contacto con usted.

—Investiguen a una pelirroja barata que lo acompañaba.

—Ya lo hicimos. Desapareció sin dejar huellas. Tal vez usaba documentos falsos. —Daver anota algo en la libreta mientras Braxton permanece inmóvil.

—Hay testigos que afirman que usted y Hicks salieron juntos del salón.

—Hay gente que dice que cada día canto mejor y mire la voz que tengo. No se puede creer en nadie... Salimos juntos, es verdad. Me despedí de Hicks y fui a mi camarote y los señores —señala a Gardel y a Pettorossi— son testigos de que digo la verdad, pregúnteles.

Daver y Braxton miran a Gardel y Pettorossi que dicen algo que se confunde y no se entiende. Un federal se les acerca.

—¿Bananas? —pregunta.

—We have no bananas —contesta Gardel con bronca y junando—, pero si querés una foto de tu mujer en pelotas, yo tengo una... —y le tira el humo sobre los ojos.

Una mirada de Braxton es suficiente para que el federal los deje en paz. La nevisca cae inmemorial y triste. Castellano, Daver y Braxton se miden en silencio.

En la dársena, Mariani se limpia las solapas y el tipo que está con él, tiene un ojo negro. El bigotudo va y viene con los brazos en la cintura y mira desafiante en dirección a Castellano. El chico dejó los carteles y tira piedras al agua. Se ha puesto oscuro y nieva más grueso. Gardel saca otro cigarrillo y agarra a Pettorossi del brazo.

—Si hubiera otra cosa en la que les pudiera ser útil...

Braxton le dice algo al oído a Daver:

—Por supuesto, señor Gardel.

Braxton saca un arma y apunta a Castellano.

—No joda, inspector —Castellano levanta los brazos. Gardel tira el cigarrillo y se acerca a ellos. Pettorossi se agarra la cabeza—. Tenga cuidado con eso; le dije todo lo que sé... las armas las carga el diablo...

—¿Reconoce esto? —Daver señala el revólver.

Braxton aprieta el gatillo y sale un cartel de tela que dice "Bang".

—¿Bang? —Gardel palidece y se esfuerza por no dejar de sonreír. Pettorossi exhala con aparatosidad.

—La puta que lo parió, inspector —Castellano baja con lentitud los brazos—. A mí también me gusta hacer bromas pero soy un ciudadano argentino y esto va a llegar a oídos del cónsul...

—Que salude Carlos Gardel —grita el de bigotes desde el muelle.

Nadie le lleva el apunte. La situación es tensa. La nieve se acumula indolente sobre el ala de los sombreros.

—Este juguete fue encontrado debajo de la mesa de luz del camarote de Hicks —dice Daver—. Sólo tiene huellas digitales de una persona. Tal vez de él...

—¿Me permite? —Castellano le saca el revólver a Braxton, mete el cartelito, apunta a Gardel, dispara y se ríe—. Este chiche es para vos, hermano ¿Te imaginás la de cachadas que podrías hacer?

—No jodás, pibe —Gardel sigue perplejo.

—Jamás lo había visto —Castellano devuelve el juguete.

Nieva con fuerza, con decoración de torta en la copa y el ala de los sombreros. Braxton apenas mueve los bigotes, alza las cejas y Daver dice:

—Una cosa más: sabemos que alguien intentó envenenarlos.

—¿Que nos quisieron envenenar?... Esos galenos terminan la facultad sin saber un pepino —Castellano todavía tiene fresca la sensación que le produjo la sonda del lavaje—. Uno paga un fangote por ir en un piróscafo de primera y le sirven una comida de fonda. Mi abogado ya presentó un escrito para accionar contra la empresa.

Braxton cuchichea sobre Daver que saca una tarjeta y se la da a Castellano.

—Bien, no lo molestamos más. Por favor, señor Gardel: si llegara a recordar algo que creyera útil, no dude en llamarnos.

Castellano inclina la cabeza a modo de saludo y Daver mira a Braxton que dice "good morning, gentlemen" y se van.

—En todas partes hay canas que son una bosta —dice Gardel cuando los observa bajar.

—Ya pasó. Qué manera de recibirnos ¿no?

El personal permite el ingreso. Mariani viene corriendo por la cubierta con los otros cuatro.

—Carlos, cómo le va... bienvenido —le da la mano—. Espero que no haya tenido problemas —agrega al mirar los autos que se van—. Casi nos matan de frío.

—Asuntos de pasaporte, Hugo. Este es Alberto Castellano, mi asesor musical... y Horacio Pettorossi, mi guitarrista.

Se dan la mano. Mariani presenta al que lo compaña.

—Terig Tucci. Amigo y asesor en música latinoamericana para la NBC. Un gran tipo, ya se van a conocer bien.

Siguen los saludos bajo la tormenta de nieve y la imponente hosquedad de los rascacielos de Manhattan.

—Este flaco es nuestro agente de prensa —Mariani le indica al ayudante que saque varias fotografías al grupo y en especial a Gardel—. Mañana, todo Nueva York va a hablar del gran cantante sudamericano. Ahora querrán descansar, andando.

El tipo de bigotes tose para hacerse notar.

—Perdón —dice Mariani—, le quiero presentar a un gran admirador del tango y, en especial, de usted.

—Piazzolla —se adelanta el hombre con la mano estirada— éste es Astor —señala al chico y le saca la gorra de la cabeza—. Dale, saludá...

—Toco el bandoneón —dice Astor.

—Y qué tocás ¿se puede saber? —Gardel le acaricia la cabeza.

—De todo.

—Un día de estos me venís a visitar y me tocás un tango, ¿eh? ¿Qué te parece?

—Lo que usted diga.

—Macanudo, pibe. Decime otra cosa: hablás bien el inglés ¿no? yo no entiendo jota —y mirando a Mariani agrega— ¿por qué no le indica dónde vamos a parar para que me venga a ver?... necesito un intérprete.

—Muy bien, Carlos. ¿Vamos? —insiste Mariani.

En el momento en que están descendiendo del barco, nieva menos.

—¿Piazzolla, dijo? Italia es terrible: desparramó tanos para arruinar a todos lo países —bromea Castellano con Pettorossi—. Bueno che, fue un chiste nada más, no te chivés...

Gardel se pregunta qué puede haberle ocurrido a Lola. Se dice que la va a llamar en cuanto pueda. Una hilera de taxis los está esperando.

—Che, pero qué ofri —le castañetean los dientes—. Rajemos, hermano, todavía podemos —y sube al vehículo.

—¿Este es el cantante más popular de Sudamérica? —comenta en voz baja Tucci a Mariani—. Parece muy tímido.

Hugo Mariani le indica al taxista que se dirija al Waldorf-Astoria.

—Como un tango te morías en el frío bulevar —murmura Gardel.

Viernes 29 de diciembre del 33

Paul Daver sumerge una rosca dentro de su café con crema. John Braxton entra en la oficina metropolitana del FBI con los periódicos del día y los deja caer sobre el escritorio mascullando un saludo.

—Me parece que no tenemos un buen día.

—Nos tomaron el pelo, Paul. Me he dicho mil veces que tengo que aprender español. Cada día vamos a tener más latinos en las cárceles.

—Este fue un país hermoso ¿no? —Daver, nostálgico, se estira para agarrar los diarios—. Lincoln lo arruinó...

—Ya bastante tenemos con los negros y su inmunda música de jazz, blues y los mil demonios. El café ¿está bueno? ¿caliente? hace un frío terrible, nevaba... y creo que va a seguir —desde la ventana mira la calle.

Daver se pone de pie y le sirve.

—¿Crema?

Braxton apenas mueve la cabeza. Daver vuelve a su escritorio y toma el New York Times. Encuentra lo de siempre: dos muchachas puertorriqueñas que fueron violadas, una familia de color a la que cortaron en pedacitos y la cocinaron; el asesinato de un músico frente al Central Park en la calle 72 del West Side. Se pone a leer los comics.

—¿Quién se burló de nosotros?

—Ese cantante latino de cuarta categoría... Gardin, Garthes, ¿cómo demonios se llama?

—¿Gardel?

—Ese. Ayer hablé con el pastor de mi Iglesia. El lo ha oído nombrar, canta una música plañidera y obscena: el tango. Un baile lascivo y de burdel que los franceses adoran porque es exótico. Es otro invento para restregarse contra alguna chica de buena familia. Quieren contaminar nuestra cultura, Paul. Quieren arruinar nuestro espíritu, quieren destruir nuestro modo de vida. ¿Acaso no tenemos bastante con negros sucios para soportar latinos olorosos?

Daver se encuentra con la primera plana de "La Prensa" de Nueva York en la que ha aparecido una fotografía de Carlos Gardel y un artículo breve en el cual se da cuenta de su llegada.

—Mierda. Nos engañó como a escolares... éste no es el tipo con el cual estuvimos hablando. Estaba a un costado. ¿A quién diablos interrogamos?

—No sé —Braxton se rasca el mentón—. A alguno de su banda. Creímos que era el más alto, el más robusto, el más buen mozo... Somos unos imbéciles.

—Este es mejor parecido que el otro —Daver mira la fotografía—. ¿Qué vamos a hacer, jefe?

—Es hora de que nos interesemos por el tango. Quiero que lea todo lo que esté a su alcance, que vaya al East Harlem y vea las películas de ese imbécil. Ponga un par de nuestros mejores hombres para que lo sigan a todas partes y no lo pierdan de vista —Braxton mira caer la nieve sobre la calle—. Avisaremos a Migraciones... Ese individuo oculta algo y quiero averiguar qué diablos es.

Viernes 29 de diciembre del 33

Gardel cruza la Quinta Avenida para dirigirse al edificio de la NBC cuando descubre las figuras oscuras de los tipos que lo siguen.

—Barceló mandó un ejército —tirita bajo la nieve—. Las cosas que tengo que hacer para juntar guita y salvar el pellejo. En París me salvé por un pelo pero no puedo contar con la misma suerte. Necesito estar en forma, conseguir un bufoso, hacer algo...

El tránsito detiene a los tipos en la vereda de enfrente mientras Gardel entra en el edificio, se anuncia en el mostrador y pide que le dejen usar el teléfono. Disca el número de Lola, espera y le contesta una voz en inglés.

—La señora Montesco, por favor.

La voz del otro lado de la línea continúa hablando inglés. Gardel cuelga y guarda el papel en el bolsillo. A punto de subir al ascensor, observa que los tipos que lo siguen están con la recepcionista. En uno de los pisos superiores, Mariani y Tucci lo esperan desde hace un rato.

—Buen día ¿Y? ¿cómo lo trata Nueva York? —pregunta Tucci.

—Tu Nueva York —Gardel se saca el abrigo— es fría, hostil y peligrosa; si no fuera porque Buenos Aires es mortal...

—Qué bromista —dice Mariani incómodo—. Nosotros estamos acostumbrados a la violencia en el subterráneo y al tráfico del demonio. Ya le va a parecer normal...

—No me queda otra, viejo. ¿Cuál es la sala?

Mariani y Tucci lo llevan al estudio 3 donde una veintena de músicos dormidos se ponen de pie en forma desordenada y saludan.

—¿Contra éstos hay que pelear?

—Pero, qué humor tiene nuestro amigo —repite Mariani—, ¿un café?

—Por favor —Gardel saca los anteojos del bolsillo y toma las partituras—, y que sea con tres medialunas de grasa... —le grita a Mariani que se está yendo.

—Acá no hay medialunas —aclara Tucci que intuye, por las miradas de Gardel para con los músicos, que la sesión va a ser un round de box.

—Si Barceló no me mata antes, me voy a morir de hambre...

Tucci se sienta frente al piano y empieza a tocar "Acquaforte". Gardel se deja llevar por la melodía, empieza a cantar y los músicos hacen silencio. Mariani entra con los cafés, percibe la atmósfera que se ha creado y se acerca sin hacer ruido. Gardel canta poniendo en cada palabra del tango toda su angustia, su cansancio, su soledad. Algunos músicos, a pesar de que no entienden la letra, no pueden evitar las lágrimas. Cuando concluye la última estrofa y todavía está resonando la nota final del piano, la orquesta aplaude. Gardel sonríe, mira a Tucci y saluda a los maestros. Luego sigue con "Anclao en París" y "Ventarrón". El silencio de santuario se repite y la ovación es mayor.

—Ahora con los músicos —anuncia Mariani.

Los primeros tangos suenan mal. Gardel mira a la orquesta como si fuera un monstruo de muchas cabezas.

—Esto no camina, Tucci. No va...

—Paciencia, Carlos, ya va a salir. Probemos otra vez, son buenos muchachos...

—Las buenas intenciones no alcanzan, che. Al tango hay que sentirlo en el alma y trabajarlo con las mismas manos con que uno acaricia a la mujer que ama.

Entonces tocan "Buenos Aires", "Sentimiento gaucho" y después "Cicatrices".

—Macanudo, viejo. Macanudo. Vamos bien, che...

Horas después, luego de haber repetido varias veces los mismos tangos y de haber logrado versiones dignas, Mariani, Tucci y Gardel coinciden en terminar el ensayo. Van a continuar al otro día, para estar listos para la audi-

ción de la noche. Toman los abrigos mientras los músicos saludan y guardan los instrumentos.

—Estoy satisfecho, Tucci —dice Gardel en el ascensor—. Odio las orquestas... me siento más cómodo con mis guitarristas, pero sonó bien, pibe.

Llegan a la recepción. Los tipos que siguen a Gardel, dejan los diarios y se ponen de pie. Afuera, está frío y ventoso. Mariani propone ir a comer. Del otro lado de la Quinta Avenida está Lola. Gardel la descubre.

—Lo siento amigos, pero necesito estar tirado en la catrera —se despide y cruza la calle mientras Mariani y Tucci suben a un taxi.

Gardel se detiene a un par de metros de Lola. El tapado apenas deja ver los tobillos y el sombrero le oculta el pelo. Hay chispas que asoman de sus ojos. Se abrazan y se besan.

—Amor —ella acaricia su mejilla— de nuevo juntos...

—Y ya no quiero separarme de vos —Gardel la besa.

Lunes 1º de enero del 34

Lola y Gardel fuman sobre la cama. Unas lágrimas caen por sus mejillas.

—Pero amor ¿qué le ocurre? Venga —Lola lo atrae sobre sus pechos—, llore si le hace bien, llore. Aquí no hay nadie más que nosotros.

—Me creo un rana y soy un pobre gil, un engrupido ¿Qué hago en Nueva York? Si no voy a llegar a nada...

—Paciencia... me tiene a mí, amor.

—Lola. Sos lo mejor que me pudo pasar. Siempre le

tuve miedo a las mujeres ¿sabés?... La primera se burló de mí, me hizo sentir mal, me dijo que era blanda...

—Es fofa, es verdad... pero en mis manos... Mírenos: creo que usted y yo la pasamos bien ¿no?

—Te amo, Lola —la abraza—. Vayámonos lejos, lo más lejos posible. Esta ciudad es enorme y ajena...

—¿Adónde quiere ir?

—A cualquier lado donde nadie nos conozca, donde nadie sepa que soy Carlos Gardel, donde pueda tener una chacra, un par de vacas; donde pueda volver a empezar.

—Pero ¿y Buenos Aires? ¿las calles? ¿los amigos? ¿su madre?

—Que Charlo, la Maizani, la Bozán o la Merello se ocupen de Buenos Aires. Yo ya cumplí... ¿Cómo volver con Barceló pisándome los talones? Lola. Me doy cuenta, me queda poco...

Gardel le relata el atentado que sufrió en la estación de trenes de París, el interrogatorio que le hizo el FBI a Castellano y los tipos que lo siguen por todas partes.

—¿Los habrá mandado el caudillo? Tómese un barco, vuelva a Buenos Aires y enfrente a ese canalla...

—Te juro que no puedo, Lola. No tengo la plata y ya es tarde.

—Nunca es tarde, amor. Haga un esfuerzo; si usted trabaja duro. Hable con la gente de la Fox o de la Paramount; las películas dan mucho dinero ¿no?... En la radio le va bien...

—Todo el mundo que me oye sale loco —Gardel le acaricia el pelo y la besa—, tengo la voz como nunca... pero sólo le intereso a la gente del East Harlem. El público norteamericano me ignora... En París es otra cosa,

Lola. Los franceses son diferentes: más sanguíneos, más sentimentales. A los norteamericanos les importa un pepino. Si ni siquiera saben dónde queda Buenos Aires. El New York Times no me menciona dentro de sus comentarios radiales. La revista Metronome dice que mi trabajo es promisorio... Esos imbéciles... promisorio... qué sabrán... en este país me estoy muriendo de frío, Lola.

—Dígame ¿qué es lo que usted más desea en el mundo?

—Cantar.

—Entonces tómese su tiempo, amor. Digamos un año... Si las cosas no andan bien, vuelve a Francia y listo.

—Volver... Pero tengo que volver con más gloria. Chevalier se fue de París y mirá hasta dónde llegó. Yo tengo que regresar inmortal a Europa, mirá... —lleva la mano de ella hacia su pelo—. Treinta años y mirá qué viejo estoy... tengo blanca la cabeza.

—Tuya es mi vida, amor —ella lo mira con ternura y lo acaricia—. Si acá no resulta, vuelve a Europa y listo.

—Pero, ¿y vos? No quiero ir a Francia sin vos...

—Usted tiene un mapa de lunares. Si se pierde no tiene más que seguirlo.

—Tenés razón, Lola. Voy a aguantar un año, un año y medio como mucho... ¿qué puedo perder? Nueva York no puede ser tan fea si estás conmigo. Tiene esos edificios, las avenidas, el Central Park. ¿Me vas a acompañar a correr?

—Lo que usted quiera, amor.

—Vamos a ir a visitar la estatua de la Libertad; dicen que Boston es hermoso, podríamos ir en tren ¿no?... Tenés razón, aunque no triunfe, habré conocido Norteamérica y habré aprendido algo de inglés —Gardel se relaja, cierra los ojos y se duerme.

Martes 30 de enero del 34

El estudio de la NBC con su personal, operadores y la orquesta de setenta músicos tiene el aspecto de una estación de trenes repleta de pasajeros que deambulan con sueño mientras esperan la salida del próximo coche. Hugo Mariani ha tomado muchas tazas de café, pero Tucci se dejó derrotar por el cansancio. Hay músicos que roncan sin pudor ni piedad sobre sus instrumentos. La calefacción del salón obligó a Gardel a sacarse la ropa. Sobre un par de sillas está el Tilbury, el sobretodo, la bufanda de seda y la de lana, los guantes de piel, el saco de alpaca inglesa, el pantalón y la corbata de moño con pintitas. Está en calzoncillos, con la camisa desabrochada, con ligas, medias y un pañuelo en su mano para secar la transpiración. Tiene puestos los anteojos y mira un atril lleno de carteles con letras de tangos traducidas al inglés.

—Si... jau de rum is guetin enty... ol de lashary is de bed uidaut matres... —entona sin convicción. Deja de cantar y mientras busca otro cartel dice—: Esto se parece tanto a "Viejo smoking" como yo a la Marlene Dietrich, qué escracho... a ver éste... —Pone otro cartel, limpia los anteojos, se los vuelve a acomodar y mira las letras de cerca.

—If de gras ud tok, dis Pampas ud sey ... uid uat fiver I lav jer... —canta, se detiene, prueba de nuevo, saca los cartelones y los deja a un costado— si es "Tomo y obligo", yo soy Chaplin.

Revuelve la pila de carteles buscando alguno que lo pueda convencer.

—Ior angüish jart is sik... e sanset is yor laif... —empieza a cantar y se detiene—. ¿Qué tendrá que ver esto con "Nunca tuvo novio"? —grita.

—Tranquilícese, Carlos —Mariani se apura a ponerse de pie y se acerca—. Ya va a salir, es cuestión de ensayar un poco. Con tiempo y paciencia, uno canta cualquier cosa.

—Mirá Beethoven, esto no tiene nada que ver con el tango. Vos sos rioplatense como yo. ¿Te imaginás una zamba o una chacarera, en alemán? ¿Una milonga en chino?... pensá Old Mac Donald's, por ejemplo, en lunfardo... Es imposible, mi viejo...

—Pero los directores de la NBC piensan que su éxito futuro pasa por cantar en inglés, por llegar al público americano...

—¿Y yo? ¿Nadie se pregunta lo que yo quiero?... —la voz de Gardel despierta a Tucci que se restriega los ojos, se para y va hacia donde están.

—Carlos, mi amigo. Cálmese por favor. Con tanta mala sangre no va a ganar nada.

—Pero Tucci ¿cómo voy a cantar palabras que no entiendo, frases que no siento?

—Esto es muy importante, Carlos —Tucci contesta con paciencia—. Sabemos el esfuerzo que significa para usted. Piense cuánta gente más lo escucharía si entendiera las letras. Por eso insistimos, el inglés es la única manera de llegar al mercado local.

—No me joda, Tucci. La letra es importante para mí. A los americanos hay que conmoverlos con las melodías. Sólo quieren bailar para apretar con una mina y llevarla a la cama...

—Mucha gente que oye radio, cambia de estación si no entiende lo que se dice —sigue Tucci.

—Hágame el favor, ¿quién se levantaba de la butaca cuando daban una de Valentino? La traducción no tiene nada que ver. La gente iba a ver al Sheik, al argentino, al torero; la gente iba a ver al sueño ¿entiende? El cine es imagen... el que oye radio, quiere música.

—Un esfuerzo más, ¿sí? —Mariani lo ve más tranquilo.

Gardel suspira, se encoge de hombros y busca lo que pueda quedar de un tango entre los carteles. Sin sacarse los anteojos recorre la pila hasta encontrar un cartón que pone sobre el atril. Tucci va a buscar café para él y para Mariani.

—Old neiborjud of may drims... —canta Gardel en calzoncillos y con los anteojos puestos— de uan uid icual ranchitos... pero, esto es una soberbia bosta —tira el cartel—, no puedo cantar esta basura...

Tucci y Mariani dejan los cafés y corren hacia él que comienza a vestirse.

—Es suficiente —los detiene—. Estoy cansado y no puedo seguir... Qué pena que no pueda satisfacer los deseos de los directivos de la NBC— y sonriendo, agrega—: yo sé cantar solamente en criollo, muchachos... qué voy a hacer.

Mariani y Tucci lo palmean. Gardel se termina de vestir, saluda a los pocos músicos que están despiertos, deja el estudio y toma el ascensor. Atraviesa la recepción de la planta baja de la NBC a toda velocidad. Los tipos que están sentados leyendo el diario, van tras él.

Un viento glacial y cuchillero ataca a Gardel y lo obliga a cubrirse. Un muchachito, abrigado como para ir a la Antártida, parado frente a la vidriera de un negocio, lo ob-

serva. En el instante en que se larga a caminar, una mujer joven se tropieza con él, y sin dar tiempo a nada, lo besa.

—Nueva York tiene sus encantos —dice Gardel al ver a la hermosa rubia.

—O el mundo es demasiado pequeño.

—La marquesa de la risa loca. ¿Sos vos? ¡Qué cambiada estás! Dominique. Sos rubia... Ahora entiendo porqué no te querías sacar la máscara... una mujer como vos, es un 38 listo para ser disparado y llevar a la agonía a cualquier hombre.

—Carlos —ella flexiona sus rodillas a modo de agradecimiento— caminemos —lo toma del brazo—, hace frío para que nos quedemos quietos.

Van por la Quinta Avenida en dirección norte mientras el muchachito y los tipos los siguen.

—Sos la flor de París que un sueño de novela trajo al arrabal.

—¿No necesitaba una traductora? Venga —lo empuja hacia la boletería de un cine donde dan películas de vaqueros. Saca dos boletos y entran. El chico y los tipos también.

—Pero no entiendo una jota —Gardel se acomoda en la butaca.

—Usted relájese y mire las escenas... le voy a hacer entender, no hacen falta palabras —Sonia le desabrocha la bragueta, mete la mano y lo acaricia.

Gardel suspira y separa los muslos. Ella se agacha, la saca afuera y la chupa.

—No se violente al vamos porque la tirada es larga —dice.

Los tipos y el muchacho, sentados más atrás y a un costado, miran el tiroteo de los vaqueros. Gardel acaricia

el pelo rubio de Sonia que lo recorre con la punta de la lengua. Los rivales se miran fijo mientras se enfrentan en un duelo en la calle vacía del pueblo. Viene un minuto de silencio y tensión durante el cual el público espera que desenfunden y Sonia continúa. Los revólveres brillan, suenan los disparos y Gardel acaba. Sonia traga, él no deja de acariciarla. Con el malvado muerto, la platea se relaja y Gardel también. Sonia se endereza, se apoya en su hombro y el público aplaude.

—Tenés razón, Dominique. No hace falta saber inglés, las palabras no importan, lo que sirve es poner el corazón en lo que se hace.

—¿Qué va a pensar de mí?

—Que querés que nos conozcamos... no tenés pedigrée turbio, sos de familia noble. Lo que hacés, lo hacés con mucha clase.

—Te suplico que me dejés... tengo miedo de quererte. Total, después te vas a ir borrando...

Gardel la rodea con su brazo mientras el vaquero con la chica galopa hacia el horizonte.

—Me gustás... ¿Quién sos que no puedo salvarme?

Una vieja que está detrás de ellos, les chista para que hagan silencio.

—¿A cuántas les dirás lo mismo? Me vas a dejar una cicatriz que no va a cerrar nunca.

—Dentro del pecho me pide rienda el corazón, Dominique. Vas a ver que todo nos va a sonreír.

—Si vos lo decís... —Sonia le roza las manos.

La vieja del asiento de atrás, revolea el bolso, se lo encaja a Gardel en medio de la cabeza y se queja. Gardel se da vuelta y la putea.

Sobre la pantalla aparece The End. Gardel, Sonia, los tipos y el muchachito se levantan y salen a la calle.

—Me voy, es tarde —Sonia le da un beso en la mejilla.

—¿Cómo voy a hacer para encontrarte?

—Tenías el olor de mi piel... ahora tenés mi perfume de invierno... ¿Acaso en París no te prometí que te iba a buscar?

—Dominique —Gardel la abraza.

Sonia lo besa con suavidad en el borde de los labios y se va. Atrás de ella, separados por distancias regulares, van los tipos y el muchachito.

—Estas francesas resultaron formidables —suspira Gardel—. Soñaba con Des Grieux, quería ser Manon... —y se va silbando bajo la nieve que empieza a caer sobre la Quinta Avenida.

Martes 30 de enero del 34

Sonia entra en el hotel de la Lexington, saluda al conserje y sube a su habitación. Cuando abre la puerta descubre a Angel en camiseta, sentado sobre la cama frente al espejo y con una toalla y un peine en la mano.

—Te has cortado el pelo como se usa y te lo has teñido color champagne —canta Sonia al ver que lo tiene rubio.

—Y a vos el color ese, te da un airecito de francesa puta que ni te lo imaginás. Vení que no te voy a comer.

Ella se acerca y él le mete una mano por debajo del vestido.

—Salí. Dejame...

—¿Estás sin ganas? ¿qué te pasa, andás enferma?

—Salí, sos un imbécil ¿Cuándo lo vamos a hacer? —Sonia mira las paredes de la habitación llenas de fotos y reportajes que colgó Angel—. Esto me tiene un poco estufa...

—Falta poco. Esta vez no voy a fallar. Conseguí un Colt Police, es un 38 largo...

—Es como una mujer, un arma mortal...

—¿Qué decís? ¿Ahora te las das de poeta?. Sólo me falta conseguir un auto y listo... se acabaron los días de Carlitos Gardel.

Lunes 5 de marzo del 34

Braxton y Daver desayunan café negro con roscas en la oficina del FBI en Manhattan.

—¿Qué tenemos?

—No mucho —Daver consulta sus notas—. Está instalado en el edificio Beaux Arts, en la calle Cuarenta y Cuatro Este, cerca de la Segunda Avenida. Ese tipo con el que hablamos, Castellano, vive con él. Pettorossi, el otro que estaba con ellos, se volvió a la Argentina. Lo vigilé hasta que el barco partió.

—¿Por qué se fue?

—Tal vez no consiguió nada para hacer en Nueva York.

—¿Y el tango? —Braxton hunde una rosca en el café y se la mete en la boca.

—Anduve por el East Harlem... Hay una especie de fanatismo, como si fuera una religión. Para los latinos es

un maestro... Unos argentinos me contaron que se fue de Buenos Aires porque nadie le llevaba el apunte; no llenaba los teatros... Parece que en Francia tuvo éxito, vendió muchos discos y actuó en todas partes pero, ¿quién puede confiar en los franceses? Les gusta cada porquería...

—¿Y las películas?

—"Melodía de arrabal" y "Luces de Buenos Aires" son insufribles. No le van a gustar, jefe. Son esos engendros extranjeros que no tienen nada que ver con nosotros. "La casa es seria" y "Espérame" son un desastre... mejor olvidarlas.

—¿Y las canciones, los programas de radio?

—Las canciones están llenas de palabras que no entiendo. Un argentino del Harlem dice que se llama lunfardo, es de uso común en Buenos Aires entre la gente del hampa.

—Ese Gardel cada vez me huele peor: a Cosa Nostra, a Mafia —Braxton se mete la mitad de una rosca en la boca.

—Las audiciones de la NBC son muy tarde. A las 22.30. A veces no logro terminar de escucharlas porque me quedo dormido. Canta varias canciones acompañado por la orquesta.

—¿Qué tal?

—La orquesta es extraordinaria.

—¿Y nuestro cantante?

—Me tomé el trabajo de ir a escucharlo. Cuando canta en español, tiene ritmo y no desafina. Es increíble cómo se le mueve la cara, las expresiones que tiene. Pero en la ópera del Metropolitano, vamos a encontrar iguales o mejores —Daver toma un sorbo de café—. Le pregunté

a mis amigos si lo conocían y descubrí que no tienen la menor idea de quién es Gardel y tampoco les interesa. Todos se acuestan temprano.

—¿También canta en inglés? ¿Cómo se las arregla?

—Tiene la pronunciación de un italiano que vivió de chico en Alemania, pasó su juventud en Holanda, trabajó en Africa y vivió un par de años en Venezuela. Es un desastre. Se nota que estudia con Linguaphone y que no entiende lo que canta.

—¿En definitiva?

—El tango no me gusta y Gardel tampoco, jefe. Creo que es un cantante barato de opereta. Ha conseguido más fama de lo que vale. Prefiero a Bing Crosby o a Count John Mac Cormack. ¿Quedó alguna rosca?

—Ninguna. Estaba muerto de hambre. ¿Qué hace todos los días, cómo vive?

Daver pasa varias páginas de su anotador.

—Por unos dólares, conseguí que el encargado del edificio me mostrara su apartamento y me hablara de él. A veces duerme hasta el mediodía y luego hace gimnasia. En otras ocasiones se levanta de madrugada para hacer ejercicio. Parece que vive obsesionado con no aumentar de peso, mantener la figura y cuidar su voz. El bobo se cree que el deporte lo hace cantar mejor... Estos latinos... Al mediodía almuerza en el Santa Lucía, en la calle Cincuenta y Cuatro Oeste.

—Lo conozco. Don Gabriele, el dueño, le paga a la Mafia para no sufrir "accidentes" y que sus habitués no se "intoxiquen". ¿Qué come?

—Spaghetti alioli. Cuentan que tiene el apetito y la voracidad de una manada de bisontes.

—Allí preparan bien el spaghetti, ¿después qué hace?

—Camina. Nunca va solo. Se lo puede ver con gente de la NBC: un tal Tucci, que también es argentino, o Mariani, del Uruguay. Si no anda con Castellano, anda con un tipo de Costa Rica que se llama Samuel Piza o con otro compatriota de apellido Gianotti... creo que es bailarín. Ayer, desde París, vino otro amigo de él: un tal Le Pera, también argentino.

—¿Por qué todo el mundo se querrá ir de la Argentina? ¿Habrá una peste? ¿Y si fuera una maniobra para invadir Norteamérica? Averigüé que hace algunos años los militares derrocaron al gobierno y desde entonces están en el poder. Ya se sabe lo que es el cerebro de un militar...

—¿Qué hace Migraciones que deja entrar a tanto vago? Si siguen con estas políticas liberales, vamos a desaparecer como nación. Demos gracias al cielo que tenemos al Ku Kux Klan.

—Es que el Sur está organizado, Paul. Tarde o temprano tendremos que hacer lo mismo que los muchachos de Dixieland y sacar toda esta escoria a escobazos —hace una pausa para mirar la nieve blanda que cae sobre la calle—. ¿Por dónde pasea Gardel? ¿Otro café?

—Sí, John; con crema —Daver recorre sus papeles—. Camina por la Quinta Avenida, por Lexington, Madison o por Park. Le gusta mirar las tiendas de ropa y las zapaterías. Ayer compró en Saxons unos zapatos de ciento veinte dólares...

—¿Ha dicho ciento veinte?... mi salario... Gardel debe ganar mucho —Braxton se desorbita.

—La Argentina es uno de los países más prósperos del mundo. Lo leí en el New York Times.

—¿Qué más? —Braxton todavía repite para sí "ciento veinte dólares..."

—Pasea a pie por el Central Park o sube a una Victoria frente al Plaza Hotel.

—¿Sale de noche?

—Es un ave nocturna, John. Se lo encuentra en los cines que pasan westerns o en las Noches Dominicales del Metropolitano asistiendo a alguna ópera. Lo que más le divierte es ir a los cabarets. Va con su gente a El Chico, ese cabaret latino de Sheridan Square...

—La entrada cuesta una fortuna...

—O a Don Julio.

—Sí, el del bandido mexicano...

—Dicen que de vez en cuando, bien de madrugada o a punto de salir el sol, vuelve a cenar.

—Ese hombre no tiene límites... es un peligro...

Daver asiente, deja sus notas y busca otras.

—Tomemos más café —Braxton se restriega los ojos—. Estoy cansado. No has hablado de mujeres. ¿Es homosexual?

—El plato fuerte.

—Dejaste lo mejor para el final. Seguro que tienes los informes de los agentes que pusimos para que lo vigilaran.

—Los latinos del East Harlem y el encargado del edificio opinan que es homosexual. Está rodeado de hombres y nunca lo han visto con una mujer. Sin embargo, parece que las vuelve locas.

—¿Qué han descubierto nuestros hombres?

—Que sale con dos.

—Eso alcanzaría para ponerlo detrás de las rejas.

—Es soltero, John. Una es de pelo castaño y rasgos fuertes, con algunos lunares bien ubicados y buen cuerpo. Su nombre es Lola Montesco, argentina. Nuestros informes dicen que aparece como viuda de un empresario norteamericano que la dejó en buena posición. Viaja continuamente a Buenos Aires, está más tiempo allá que en Nueva York.

—¿A qué va a la Argentina?

—No se sabe, John.

—¿Son amantes?

—Muchas madrugadas Gardel termina en el apartamento de ella. A veces la visita al mediodía y luego de hacer el amor, salen de paseo...

—¿Cómo sabes que hacen el amor?

—Soborné a la mucama. Dice que la señora Montesco grita, gime y es evidente que goza.

—Pensar que dicen que es marica...

—Gardel pasa demasiado tiempo con la señora Montesco.

—¿Y la otra?

—No lo va a creer, John.

—También es argentina.

—Exacto. Su nombre es Sonia y vive con un tipo llamado Angel, en un hotel sobre la avenida Lexington.

—¿A qué se dedican? ¿qué hacen?

—Como todo argentino, parece que tienen mucho dinero. Las paredes de la habitación del hotel están cubiertas de retratos y artículos periodísticos sobre Gardel.

—Fanáticos. Qué salvajismo. ¿Cómo lo averiguaste?

—Unos dólares al botones.

—El FBI va a caer sobre nosotros para pedir que les expliquemos en qué gastamos los fondos que nos asignan ¿Qué les voy a decir?

—Que el dinero lo hemos gastado buscando la manera de expulsar a estos argentinos de Norteamérica y que intentamos purificar el país y evitar que se desplome. Pero volvamos a esos dos del hotel de la avenida Lexington: te apuesto una hamburguesa a que no te imaginas lo que hacen.

—Me has dicho que no hacen nada...

—Siguen a Gardel.

—¿Qué?

—Que lo siguen a todas partes.

—¿Nuestros hombres descubrieron eso?

—Por supuesto. Nuestros agentes andan atrás de Sonia y Angel —Daver deja las notas, se despereza y continúa— En realidad, atrás de ellos no. Nuestros agentes siguen a un muchachito de apellido Piazzolla...

—¿Otro que sigue a Gardel?

—No. Piazzolla sigue a Angel y a Sonia.

—A ver si lo entiendo: Gardel es seguido por Sonia y Angel...

—Así es.

— ...Y ese tal Piazzolla, un niño ¿no?, los sigue a ellos...

—Sí.

—¿Y nuestros hombres los siguen a todos?

—Exacto.

—Esta mañana se está haciendo demasiado larga. ¿Qué día es, miércoles?

—No, John. Lunes.

—¿Recién? Ese niño: Piazzolla...

—Su padre es peluquero. Viven en la calle nueve, cerca de Battery Park. El chico hace boxeo y toca el bandoneón: admiran a Gardel.

—Estos fanáticos deben de formar una secta o un culto satánico. Gardel podría ser el líder ¿Y qué hace el chico atrás de los del hotel de Lexington?

—No lo hemos podido descubrir, John.

—Utilice la cantidad de hombres que le parezca necesario para averiguar por qué se siguen unos otros.

—Okey, pero hay algo más.

—¿Otro que sigue a los que siguen y siguen a Gardel?

—No. Sonia y Angel eran morochos y ahora son rubios.

—Los latinos son estrafalarios: se visten mal, escuchan música a todo volumen, son ruidosos... no me llama la atención, Paul.

—Los argentinos son refinados como los franceses, John.

—¿A dónde quieres llegar?

—No lo tengo claro. Supongo que Gardel los conoce y es por eso que se han teñido.

—¿Terminamos? —murmura Braxton extenuado.

—Le dije que Gardel tenía dos mujeres: Lola y Sonia...

—Por el amor de Dios, Paul. No quiero oír todo de nuevo.

—Nuestros hombres han visto a Gardel hacer maravillas sexuales con Sonia.

—¿Nuestros agentes son un par de fisgones pervertidos?

—Esta Sonia excita a Gardel en lugares públicos: el cine, los restaurantes, los baños de los bares y hasta en el

Museo Metropolitano. Los muchachos están perturbados, tal vez los tenga que cambiar.

—Podríamos hacer que Vicios y Moralidad cayera sobre ese cantor de pacotilla...

—Sería inútil, John. Nuestros hombres dicen que lo hacen tan rápido que si uno los viera no se daría cuenta de nada. Se ve que andan excitados...

—¿No imaginarán nuestros agentes cosas que no existen?

—Se han tenido que masturbar, John.

—Señor... Todo esto es inconcebible y paradójico: los del East Harlem dicen que es marica y resultó ser un semental. Qué época terrible: la gente tira la poca decencia que le queda y ni Dios rescata lo perdido, Jesucristo vale lo mismo que un ladrón...

—Un tango.

—¿Qué dice?

—Es la letra de un tango. Me la hicieron escuchar los muchachos del East Harlem.

—Voy a tener que prestar más atención a esa música pagana, ¿algo más?

—No, John. Eso es todo.

—Se puede ir. Lo espero mañana bien temprano.

Daver toma su chaqueta y su abrigo, saluda y sale.

Braxton mira a través de la ventana:

—¿Por qué no me habrá tocado Chevalier? Hollywood está lleno de muchachas hermosas y California tiene un clima tan templado...

Lunes 19 de Marzo del 34

Gardel sale del edificio de la Paramount después de haber hablado un par de horas con los directivos de la empresa. Luego de lamentarse por el retraso sufrido en las negociaciones debido a la fuga de William Hicks, cerraron trato para hacer algunas películas.

Un viejo toca el bandoneón en la vereda. Su aspecto es digno. Tiene un cartel: "Soy argentino. Soy ciego. Ayúdeme".

—Yo también soy argentino —Gardel lee—. Es una forma de ceguera... A ver viejo ciego, tocá un tango lerdo, muy lerdo y muy triste... —y le deja unos dólares.

—¿Cómo se llama?

—Gardel. Carlos Gardel.

—Lindo nombre, ¿es jugador de fútbol?

—No, soy cantor de tango.

—Yo también soy ciego —hace una pausa y dice—: Hay mujeres que nos abandonan... pero el mar es una magia... —y toca "Quevachaché"

—Eso no sirve para un tango, hermano. Probá con la poesía.

—Hay mujeres que duelen y un momento en que el hombre sabe quién es.

—El momento en que descubre que es inmortal... Eso me gusta. Vas a ser de bute, viejo. Chau.

Aparece Le Pera que no pudo llegar a tiempo a la reunión debido al tráfico.

—Y, ¿cómo te fue? —Deja unos dólares dentro del sombrero del ciego.

—Formidable, viejo... Vamos a festejar y te cuento, dale.

El viejo toca "Puente Alsina". Suben a un taxi y le indican al conductor que se dirija hacia el Santa Lucía.

—Firmé un contrato por dos películas con opción, de parte de la Paramount, para hacer cuatro más, ¿te das cuenta, che? Se nos dio, por fin se nos dio.

—¿Hay mucha guita? ¿Cuándo empezamos?

—¿Guita? veinticinco de los grandes... como dicen en las películas, viejo —le da una palmada en la espalda— y veinticinco por ciento sobre las ganancias.

—¿Qué decís?

—Lo que oís, hermano. Veinticinco por ciento. Fundamos una sociedad de producción que se llama "Exito's Spanich pictures" de la que soy el director. La va a financiar la Western Electric y la distribución va a estar a cargo de la misma Paramount. Voy a tener control total de todo y vamos a poder hacer lo que se nos dé la gana. Temas argentinos, asuntos argentinos... Elegí a Gasnier como director y llega el primero de mayo. Vamos a hacer una comedia y una pieza dramática. ¿Qué te parece?

—Que Gasnier es un pelotudo.

—Pero qué malhumor, viejo. Cualquier cosa ponemos a otro. Somos patrones, ¿no entendés?

—¿Cuándo empezamos? ¿Y los programas de radio? ¿Y la gira que habías planeado por Latinoamérica?

—Sos un acelerado, che. Te vas a ulcerar. Empezamos ayer. Hay que ponerse a laburar con todo. En los guiones, en la música... Vas a poder usar ese flor de balero que tenés.

—Che Romualdo, sin cachadas ¿eh?

—Pero huevón —Gardel lo abraza divertido—, te lo digo por lo inteligente que sos, no por el tamaño de sombrero que usás.

—¿Y la radio?

—Estoy obligado, por contrato, a seguir hasta mayo —Gardel mira por la ventanilla y ve un auto que está demasiado cerca del taxi—, pero esas audiciones me tienen harto; son muy tarde, ni el piojo las oye y hasta los operadores se quedan dormidos.

—¿Y ese asunto de la gira?

—Mirá, hermano: es algo seguro. Hay una punta de empresarios latinoamericanos que quieren que vaya a cantar. Imaginate lo que sería si voy después de que estas películas hayan resultado un éxito. Ganaríamos por varios cuerpos habiendo apostado hasta el último mango.

—Qué fe, viejo. Da gusto; mirá si viviera mi novia...

—Y dale con la tuberculosa...

—No dije nada, te juro que no dije nada. Seguí...

—Cómo no voy a estar entusiasmado si el tango está más vivo que nunca, che... Y después de ésta: Hollywood, la gloria, la inmortalidad, miles y miles de dólares. Voy volver tranquilo a Bue...

—¿Adónde?

—A París, che... a Francia, a Joinville-Le-Point a cantarle las cuarenta al franchute aquel que dijo que el tango no daba para más, que estaba muerto. Pero qué imbécil... Ni aunque me muriera se va a morir el tango. Nos va a sobrevivir a todos, nos va a enterrar a todos.

—¿A París? Si nos viera mi novia...

—Por Dios, Alfredito. El mundo está lleno de mujeres... dejáte de joder con la tuberculosa.

Un auto se acerca hasta casi tocar el taxi.

—Isa, guarda... ¿qué hace ese conchudo? Que aprenda a manejar —grita Gardel—. Chofer...

Un revólver asoma por la ventanilla del automóvil y comienzan los disparos. Gardel empuja a Le Pera hacia el piso.

—¿Qué pasa? —grita Le Pera.

Las balas hacen ruido contra la carrocería y algunas la perforan. Se oyen demasiados tiros. Gardel se endereza cuando deja de oír los silbidos de los proyectiles. Ve que el auto desde el cual disparaban se ha adelantado y que se arma un tiroteo entre éste y otro que viene detrás. Cinco vehículos van por la Quinta Avenida en dirección sur, bordeando el Central Park.

—Sos un pelotudo —le grita Sonia a Angel en el primer auto—. Dijiste que tenías buena puntería, que bastaba con un tiro.

Con la mitad del cuerpo afuera del vehículo, Angel dispara hacia atrás y no la oye.

—Estamos en medio de un tiroteo entre delincuentes y policías —miente Gardel a Le Pera mientras están en el piso del segundo auto.

—¿Reconociste a los que le disparan a Gardel? —le pregunta un agente del FBI al otro, en el tercer auto.

—No los vi. Nos pasaron rápido y ahora están lejos... Encima esos estúpidos están en el medio.

El cuarto y el quinto auto son de la Metropolitana.

Al llegar a la calle 72, Sonia dobla bruscamente y entra, acelerando, en el Central Park.

—Rajemos, Angel. Si nos agarran estamos perdidos.

Ante la maniobra brusca de Sonia, el chofer del taxi donde van Gardel y Le Pera, se ve obligado a frenar para evitar una colisión. Los coches se detienen haciendo chillar las gomas. Sonia y Angel escapan.

—¿Nos siguen? —pregunta Sonia.

—Ya no los veo, los perdimos —Angel se sienta y resuella—. Cómo me jodieron esos turcos de Broadway con este revólver de mierda. Me cobraron un toco y tiene la mira como el ojete, pero qué hijos de puta...

—Deshagámonos de este auto y volvamos al hotel como si no hubiera pasado nada —Sonia domina la situación—. Ahora, escuchame bien, idiota... vamos a dejar pasar un tiempo para que se calmen las cosas y después, me toca a mí... Y no voy a fallar, vas a ver.

—Ese infeliz es mío, flaca. Dejame. Al Viejo se lo voy a servir muerto. Cuando me canse de jugar con él, te lo voy a dar un rato para que te entretengas. Si no vale nada... —Angel revienta a carcajadas, Sonia rememora sus momentos con Gardel y acelera para perderse por los caminos del Central Park y luego del Upper West Side.

—Tenés razón... Seguro que no se le para...

—Qué guacha...

Jueves 12 de julio del 34

Carlos Gardel se acerca despacio a los ojos de Blanca Vischer.

—Alto... corten —Gasnier se pone de pie y va hasta los actores—. Carlos, lo hemos hablado... en esta escena usted siente culpa y debe evitar la mirada de ella.

Gardel suspira, busca a Le Pera y lo descubre entre los decorados de cartón hablando con una rubia.

—Otra vez... —ordena Gasnier y un ayudante mues-

tra el cartel: "El Tango en Broadway, toma N°2"— Luz... cámara... acción...

Gardel mira apesadumbrado el piso y luego se acerca a Blanca Vischer pero no puede evitar ver sus pupilas.

—No... no... Corten... descanso...

—Es que tenés unos ojos, piba.

—Es tan galante, Carlos ¿Por qué no viene a mi camarín y tomamos algo fresco? Hace tanto calor, hasta nos podríamos sacar algo de ropa si usted quisiera...

—No faltará oportunidad, se lo prometo —Gardel la obliga a irse con una palmada mientras Gasnier se acerca amenazante.

—Carlos... por favor. En esta escena...

—Mire Gasnier. Yo lo respeto mucho, pero Le Pera dice que hay que hacerla de otra manera...

—Le Pera, nada. El es el guionista, el director soy yo.

—No te chivés, purrete —lo calma Gardel mientras se sienta en la silla que en el respaldo dice "Gardel" y un asistente lo abanica. El director camina furioso de un lado al otro mientras Le Pera se acerca contento.

—Y ahora, ¿qué? —pregunta.

—Mirá hermano, tengo las bolas llenas de aguantar las manías de este franchute. Encima, esto parece Africa en lugar de Queens. Qué calor...

—Sólo nos une el contrato, monsieur Gardel —se indigna Gasnier—. En cuanto termine la película... Au revoir, no me ven más —y ofendido se aleja.

—¿Ves? —Gardel le dice a Le Pera—, es un sentimental. Y oíme: a vos te pago para que estés acá, no levantándote minas mientras yo me deslomo —se seca la transpiración—. Vos, —le ordena a otro asistente— traéme algo fresco —y

de nuevo a Le Pera—: Che, ¿quiénes son aquellos fulanos? —señala a un par de personas a las que ve borrosas.

—¿Los que están junto a los del FBI?

Gardel asiente mientras se seca con un pañuelo.

—Son de "La Prensa", les di autorización.

Gardel sonríe y saluda hacia los bultos.

—El muy hijo de puta tiene el tupé de saludar —murmura Angel a Sonia—. Traidor, está vendiendo el tango a esa avenida de mierda dónde sólo dan musicales baratos. Nuestra música vale más que estas porquerías norteamericanas para imbéciles.

Cubierta con un enorme sombrero y anteojos para el sol, Sonia está irreconocible. Angel, que le había explicado a Le Pera que tenía tanta ropa encima porque estaba pasando por una gripe, casi no muestra la cara. Llevan credenciales con la leyenda "Prensa de Nueva York" y una cámara fotográfica.

—Saludemos. Levantá la mano, tarado.

—Qué hacés, poligriyo. Sonreí que te queda poco —Angel saluda a Gardel—. ¡Pobre pajarito gaucho!

—Dales una fotografía mía para que la publiquen, che —dice Gardel a Le Pera mientras toma un refresco con hielo—. Vení, sentáte, casi no hemos hablado en los últimos días.

—Este ritmo de trabajo es un infierno, Carlos. Al francés no lo aguanto, ¿qué se cree? Durante la filmación de "Cuesta abajo" no hizo más que joder: a la Maris la volvió loca. Padula se lo quería comer crudo... ¿no te avivaste que fue él el que le metió el laxante en el café?

—Lo hizo cagar... es un maestro... Mirá: "Cuesta abajo" salió fenómena. Vamos a hacer capote. El público va

a delirar y van a pedir que repitan las escenas donde canto. Te apuesto que vamos a recoger guita a paladas, viejo... ¿Y con "Mi Buenos Aires querido"? La gente va a comprar discos a rolete. ¿Te dije o no que no íbamos a tener más penas?

—Si estuviera mi novia...

—Y dale con la tuberculosa, Alfredo. Si la extrañás tanto, me querés explicar qué hacías chamuyando con esa rubia mientras filmábamos. Te la querías llevar a la cama...

—Le estaba hablando de ella, le contaba...

—A las minas no les gusta que uno le hable de otras. Te las tenés que chamuyar tiernito y de a poco... Vos le contabas la historia de la tuberculosa, hermano. En lugar de aburrirlas, les tenés que pedir que te toquen la corneta, pajarón —Gardel le mete una mano entre las piernas.

—Avisá, che. Sacá la aleta ¿qué hacés?

—Es una cachada, hermano. Quiero que aprendás.

—¿Y desde cuándo vos sabés tanto? Si antes...

—Uno no se hace viejo al cuete, che.

—¿Arreglaste todo cómo lo planeamos? —pregunta Sonia a Angel mientras saca una foto de Gardel hablando con Le Pera.

—Ya está, piba... Va a ser una de las rubias —Angel saca una púa del bolsillo y se la muestra—. Tené cuidado, ni se te ocurra tocarla... Por el veneno ¿sabés?

Los del FBI parecen dormidos.

—¿Te vas a Europa, nomás? —Le Pera enciende un cigarrillo.

—¿Fumás solo? Dame uno. Sí, saqué pasaje para el 25 de agosto. Necesito parar, acá no hay tiempo ni para comer. Mirá: para fin de mes habremos terminado "El tan-

go"; gracias a un contrato que arregló Defino desde Buenos Aires voy a grabar las canciones en RCA con Tucci; el 10 es el estreno de "Cuesta" en el Harlem; a mediados de agosto canto por la NBC para la Argentina; y a que no sabés...

—Que tenés que atender tus asuntos de "índole sentimental"... Sos un fanfarrón.

—En lugar de encerrarte en el baño para hacer cantar al pajarito —Gardel hace gestos obscenos— tendrías que hacerlo volar como lo hago yo.

Le Pera se levanta ofendido.

—Pará, volvé... Fue un chiste, hermano. No te calentés.

—Hay cosas con las que no se juega... Vos me conocés.

—Sos muy cabrero, jetón. Si no cambiás esas malas pulgas no vas a conseguir quien te sople la flauta. Pero dejáte de joder...

Le Pera regresa, se sienta y continúa fumando.

—¿Qué decías?

—Que te falta oír lo mejor.

—¿Qué cosa?

—¿Qué hacen? —pregunta Angel empapado—. ¿Se van a besar?

—Para que sepas, tu pajarraco es bien hombre.

—¿Lo anduviste corriendo, muñeca brava?

—¿Qué carajo te importa?

Angel le tuerce la muñeca, la hace gritar y soltar la cámara.

—Dejame, turro. Se van a avivar... duele...

—A vos te cojo yo y nadie más, yegua. Si me llego a enterar de que te lo montaste, no vas a contar el cuento, ¿sabés?

Uno de los tipos del FBI se ha despertado y los mira.

—Le duele, ¿vio? Cosas de mujeres...

—¿Está bien, señora? —el del FBI levanta la máquina de fotos.

—Estoy bien, gracias. Es una molestia, ya va a pasar.

—Hablá, Carlos. Seguí...

—Me voy para arriba, viejo... Hollywood.

—¿California? ¿Beverly Hills? ¿Cuándo?

—Si leyeras los diarios...

—No tengo tiempo. Me paso el día encerrado: metiendo pata en los guiones o haciendo las letras.

—Lo sé... no te quise contar antes, te quería dar una sorpresa.

—¿Vas a ser un astro de Hollywood? Llegaste hermano... hay que festejar...

—Pará, che. Todavía tenemos que filmar dos películas y después tengo la gira por Latinoamérica. Lo de Hollywood es para el año que viene. Aparte, la Paramount dijo que es condición fundamental que sepa hablar perfecto en inglés. Si no, estoy sonado. Decime, ¿y esa profesora de la que me hablaste en París? Esa con la que te encamabas...

—Era mentira, che.

—¿Que te enseñaba inglés?

—No, que me encamaba.

—Pero qué marmota, hermano...

—Atención —grita Gasnier—, seguimos...

Gardel se pone de pie y se dirige hacia el set mientras Le Pera mira a las rubias que van a filmar la escena.

—¿Cinco? —consulta el guión—. Pero eran cuatro, nomás... Este Gasnier es un conchudo.

—Allí vienen —anuncia Angel a Sonia—, preparáte... El gran final de Carlitos, su última escena, su última canción.

—Luz...cámara... —ordena Gasnier y el asistente muestra el cartel con la leyenda "Escena - rubias - toma N°1".

Gardel se acomoda entre las chicas, despliega la mejor de sus sonrisas y comienzan los acordes del fox-trot.

—"Mery, Peggy, Betty, Yuli, rubias de Nu Ior..."

A pesar de la temperatura tropical que hay bajo los techos de los estudios de Astoria, los operadores marcan el ritmo.

—Meryyyy... —Gardel estira la última vocal de la estrofa.

—Le avisé que iba a quedar como el orto —Le Pera se tapa las orejas.

—Esa es la señal —dice Angel—: ahí va...

Una de las rubias de sonrisa tonta, bailando torpemente, tropieza con otra, cae sobre Carlos Gardel y le desgarra la ropa con algo filoso.

—Corten... pero corten...

La orquesta se detiene y Gardel muestra la ropa rota y las chicas se apartan con miedo.

—Mirá como quedó la pilcha —Gardel se agarra los jirones—. Me podría haber lastimado, me salvé por un pelo...

—Saquen a esa estúpida —grita Gasnier mientras uno de los asistentes se la lleva—. El resto, que se quiten las pulseras o cualquier otra cosa que pueda cortar. Apúrense... tenemos que repetir la escena.

—Cuatro —se queja Le Pera— en el guión decía cuatro, nomás...

—Esa infeliz resultó tan ineficiente como vos —Sonia le encaja un pisotón a Angel.

—Ay... pero en la cama es una diosa, estúpida.

Durante el viaje de regreso desde Queens a Manhattan, Sonia no deja de putearlo.

—Qué triste es hermano caer derrotado —canta sin querer oírla.

Viernes 27 de julio del 34

Gardel observa el atardecer sobre los árboles del Central Park. Lola se acerca desnuda y lo abraza.

—¿Qué piensa, amor?

—Que nos vamos a París, Lola.

—¿A París? ¿Cuándo? ¿Solos?

Gardel la atrae, la besa y la sienta sobre las rodillas.

—El 25 de agosto. Ya tengo los pasajes, no podés decir que no.

—Si lo que más quiero es estar con usted. ¿Y sus amigos? Castellano, Le Pera...

—Castellano se vuelve a Buenos Aires. Me tiene podrido. Se pelea todo el tiempo con Alfredo... Y Alfredo me dijo que si Alberto no se manda a mudar, él se las toma. Le tuve que pedir por favor que se fuera. Se va después del 10...

—No se enoje, pero Le Pera tiene un carácter espantoso.

—Tenés razón, Lola. Le haría falta una mujer. La tuberculosa esa de la que estuvo enamorado y que se le murió en París, le envenenó la vida.

—¿Cómo es que dice usted, amor?

—Que las mujeres son las que matan...

— ...la ilusión. Eso...

—Te sigo contando... Alfredo se queda trabajando con Tucci. Tiene unas ideas formidables para los guiones de las próximas películas y para las letras. De paso, va a buscar un sitio más barato donde vivir. Beaux Arts cuesta una barbaridad. Tengo que ahorrar, Lola. Con la guita que estoy juntando voy a pagar la deuda que tengo con el Viejo. Quiero zafar. Cuando nos persiguieron por la Quinta Avenida y la vi cerca, creí que me la daban. Y pensar que toda esta locura es por una cabeza, Lola...

—¿Por mí?

Gardel le alza el mentón y se mira en sus ojos marrones.

—Por unos potrillos de porquería que ya estaban por cruzar el disco y me aflojaron justo en la raya. Vení —la besa y la acaricia—. Tengo el mapa de tus lunares...

—Cuídelo, amor. Es por si se pierde.

Lola se abraza a Gardel.

—¿Qué pasa, amor? —percibe un cambio en su actitud.

—No puedo más, Lola. A veces pienso que es tarde, que al Viejo no le interesa que le devuelva la guita, que la cosa llegó demasiado lejos y ya no puedo volver atrás.

—¿Por qué piensa eso, amor?

—Porque no aflojan. Estoy seguro de que lo que pasó durante la filmación no fue casual. Esa rubia me quiso acuchillar y no pudo. Y esos estúpidos del FBI que estaban dormidos... Ni siquiera averiguaron el nombre. Braxton y Daver dicen que hay una pareja de argentinos que me sigue a todas partes.

—¿Y no los arrestan?

—Los interrogaron, pero un lavandero caro y de los buenos los asesoró y están libres. No les pudieron probar nada... Dicen que son fanáticos del tango y que me aman; que por eso andan detrás de mí. Los del FBI son muy estúpidos: serían incapaces de ver un elefante asaltando un banco delante de sus propias narices. No sirven para nada... ¿te conté de Piazzolla y del hijo? Los que me estaban esperando el día que llegué...

—Sí, amor —Lola se hamaca sobre él.

—El FBI dice que el chico sigue a los argentinos.

—¿Por qué hace eso?

—No tienen la menor idea.

—Pero, ¿qué piensan los federales?

—Están más confundidos que argentino que llega a París y se da cuenta de que se le acabó la gomina, Lola.

—Esto no me gusta nada, Carlos.

—¿Qué te estoy diciendo? Nos van a hacer bárbaro unas semanas en Francia. Sólo espero que esos que me siguen no tengan guita para viajar.

—¿No íbamos a ir a correr? Usted me lo prometió.

—Buenos, vamos. Traéme la ropa de gimnasia.

Lola se va al dormitorio y al rato vuelve cambiada.

—Mirá —Gardel levanta una revista de la Paramount que tiene su foto en la tapa—, observá ¿no soy el prototipo del jailaife?

—Mi amor... —Lola toma la revista y lee—. "Es un hecho comprobado que entre todos los actores cinematográficos de habla castellana, Carlos Gardel es el más popular y el que convoca más público". Pero amor, es increíble —se le cuelga del cuello y lo besa.

—Y estoy estudiando inglés. Quieren que filme con actores norteamericanos, ¿qué decís?

—¿Se puede saber dónde estudia? —Lola se pone seria y se descuelga.

—No me digás que estás celosa.

—¿Quién es?

—Lola, sos la única.

—¿Quién es?

—Una francesa. Se llama Dominique Fournier, es de familia bien y tiene una técnica... Vení... abrazame. ¿Qué me queda ya a mis años si mi vida está en tu amor?

Viernes 27 de julio del 34

Gardel le lleva ventaja a Lola mientras corren por la Quinta Avenida en dirección norte.

—Amor...

Gardel disminuye el ritmo y la espera.

—Perdóneme por lo que dije. Usted es libre de hacer lo que quiera y no tengo por qué meterme. Me puse celosa...

—Ya pasó, Lola. Dominique es una profesora excelente que lleva los pingos a la victoria con tal dominio... te amo.

—Le pido que me perdone.

—Está bien, pero tenés que entender que es importante para mi carrera que aprenda a hablar inglés y la marquesa Fournier enseña de manera formidable.

—No me voy a meter más, amor.

Al llegar a la calle 72, doblan en dirección oeste.

—Allá van —dice Sonia—. Apuráte, che.

—No puedo seguir, esto me mata —se queja Angel y se esfuerza por respirar—. ¿Estás segura de que no nos ven?

—Si el bobo corre sin anteojos... ¿Sabés que cuanto más miro a esa mina, más pienso que la conozco?

—Sos tan boluda —putea Angel al borde del colapso—. En los últimos ocho meses has estado más cerca de ella que de tu familia.

—Tenés razón —Sonia mira hacia atrás—. Allá vienen ese pendejo hinchapelotas y los del FBI.

—Fue grandioso cómo los jodimos.

—Sí, pero nos salió un fangote el abogaducho ese.

—Con el espiche que se mandó el ñato sobre la Constitución, los derechos civiles, la Quinta enmienda y la puta que lo parió zafamos de bute —jadea Angel—. Qué país fantástico, che...

—Apurate que los vamos a perder. ¿Largaste a la rubia?

—Me faltan algunos polvos.

—Si me seguís jodiendo, me voy a coger a tu chingolo.

—Hacé lo que se te dé la gana pero si te llegás a pescar una sífilis te vas a tener que arreglar sola... Ya no me importa lo que hagas. Ahora me gusta Corsini.

Lola y Gardel doblan en la Octava Avenida y siguen hacia el Norte.

—¿Cuándo lo intentamos de nuevo? No podemos seguir fallando —dice Sonia—, el FBI nos pisa los talones.

—No jodás, si son más bobos que los vigilantes de Buenos Aires. Dentro de dos semanas vamos a tener una oportunidad de la gran flauta, vas a ver.

Las estrellas titilan sobre el Central Park que oscurece. Piazzola corre cien metros detrás de Sonia y de Angel. Braxton y Daver se esfuerzan por no perder de vista a ninguno.

—Es fascinante —dice Braxton.

—Es verdad: ese tipo canta, baila, hace películas, graba discos, le hacen reportajes, trabaja en la radio, ensaya con los músicos, compone canciones, viaja, sale con amigos, come como un cerdo, es un barril sin fondo, le gusta el cabaret, se acuesta al salir el sol, es un atleta sexual y encima corre como un demonio.

—No, lo que es fascinante es que toda esta gente no deje pedazos de corazón en cada vuelta, Paul. Falta un hombre rengo que marche detrás...

—Pero eso son tangos, John.

—Oh, fuck you...

Domingo 5 de agosto del 34

Gardel sale de la misa de once en Saint Patrick y camina sin apuro por la calle Cincuenta y Cinco en dirección a Broadway. El calor se le mete en el ambo y se detiene en un bar a tomar algo fresco. Descubre que nadie lo sigue. Pide una menta bien frappé y cierra los ojos. Cuando los abre descubre que una rubia espléndida y de largas piernas está a su lado.

—Mezcla rara de Museta y de Mimí... ¿Me traés la poesía del Quartier? Hace rato que no nos vemos.

—Tuve cosas que hacer, cosas que me encargó papá —Sonia deja caer su pelo recién lavado y lleno de perfume. Se levanta el vestido por encima de las rodillas, agre-

ga—. Pero se me acabó la dosis, cariño... vengo por más —toma la mano de él y la lleva a sus muslos.

—Hay gente, che. Nos ven, qué van a decir.

—Esto es Nueva York. Cada uno hace lo que se le da la gana y nadie molesta al vecino, no se meten en lo que no les importa. No es un pueblo como París o como Buenos Aires.

—Mi Buenos Aires querido... —Gardel acaricia los muslos de Sonia. La luz del sol se refleja en sus dientes, el mozo deja el refresco.

—Tráigame lo mismo —pide Sonia y mira a Gardel—. Esta situación es despareja —con un rápido movimiento le mete la mano dentro de la bragueta y se la agarra.

—Dominique... ¿qué hacés? —ve que saca la mano, moja unos dedos en la menta y la vuelve a meter en la bragueta.

—Dejame —se agacha y la empieza a chupar.

El mozo mira para otro lado cuando deja la otra menta.

—Me vas a hacer acabar...

—Dale que me la trago —ella despliega el pelo sobre el pantalón de él.

—Voy, voy...

Sonia permanece agachada un rato más y luego se endereza pasándose la lengua por los labios.

—Deliciosa la menta.

—Sos increíble ¡Mañana te quiero ver! —Gardel la toma de la nuca y la besa.

—¿Mañana? Ahora... Estoy muy mojada, vamos.

Se levantan y caminan sin decir palabra hasta que Sonia lo empuja dentro de una cabina telefónica.

—Acá no hay lugar —protesta Gardel divertido.

—Levantá el tubo —Sonia hace que le suba el vestido hasta la cintura—, meté la ficha —se la busca, la saca y la pone entre sus muslos— y enseguida vamos a tener espacio.

Gardel le agarra el culo, la eleva un poco y la penetra.

—Ay... más adentro, estoy que me muero. Apretame.

—Te voy a lastimar.

—Y yo te voy a llevar a la agonía.

Un yanqui de ambo blanco y panamá, golpea con su moneda el vidrio de la casilla y hace señas de que necesita el teléfono.

—Todavía no acabamos. Aguantá, che.

Sonia tiene las manos en la nuca de él, los muslos elevados y con las rodillas presiona su cintura. Gardel arremete y llega al fondo.

—La siento toda adentro. Voy a acabar.

—Falta poco —dice Gardel al tipo que afuera consulta el reloj.

—Acabo... sí... no puedo parar —Sonia tiene un orgasmo atrás de otro mientras Gardel le separa más el culo y le mete un dedo por atrás—. Me voy a morir... seguí...

—Aguantá, fratelo —Gardel le hace una seña al yanqui.

Sonia jadea y se ablanda. Gardel la mueve un poco y acaba. Mojados hasta los huesos tratan de ordenarse un poco la ropa y salen. El tipo del panamá entra. Van a la deriva por la calle Cincuenta y Cinco en dirección a Broadway.

—Me hiciste ver las estrellas...

—Así aprende el corazón a vivir, Dominique.

Lunes 6 de agosto del 34

Astor llega con un paquete, hasta la entrada de los edificios Beaux Arts, cerca de la Segunda Avenida y se encuentra con un tipo alto y pelado que, con cara de imbécil, da vueltas con un par de botellas de leche.

—Y vos, ¿qué mirás, pibe?

—Usted es amigo de Gardel, ¿no?

—Castellano. ¿Vos quién sos?

—Piazzolla. Estaba en el muelle el día que llegaron.

—Ah, los tanos.

—Los gallegos no son mejores.

—Sos un irrespetuoso, pibe.

—Pero fanático de Gardel y del tango.

—De los míos, che. Oí... me tenés que hacer un favor. Perdí la llave, no la encuentro. ¿Ves la escalera esa? ¿Por qué no trepás, te metés por la ventana y me abrís la puerta? Te doy un diez ... —agita un billete.

Astor se lo saca de los dedos y sube veloz.

—Ojo, que te va a morder —grita Castellano.

Astor salta desde la ventana al interior del apartamento y aterriza sobre Le Pera que chilla, lo agarra de la remera y lo zarandea.

—Se te van a ir las ganas de afanar, raterito.

—Suélteme. El de abajo perdió la llave...

Le Pera se para sobre la cama y se asoma.

—Sos un pelotudo, Castellano.

—Cabezota de carnaval —contesta el otro.

Astor se arregla la ropa y trata de mejorar el envoltorio del paquete, cuando se abre una puerta y aparece Gardel.

—Se puede saber qué es ese bochinche... Y este chico ¿qué hace acá?

—Lo mandó Castellano...

—Mi viejo le envía esto —Astor le pasa el paquete.

Gardel lo desenvuelve y encuentra una talla en madera que lo representa con una guitarra.

—Es formidable. ¿Quién lo hizo? ¿Cómo te llamás, criatura?

—Astor Piazzolla. Lo hizo mi viejo.

—Así que sos el famoso Astor Piazzolla —Gardel le desordena el pelo y se ríe.

—Y usted, el famoso Carlos Gardel.

—Tocás el bandoneón, ¿no?

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijiste el día que llegué. ¿O ya te olvidaste?

—Tenemos todos sus discos...

Gardel busca una foto, la firma y se la da.

—Tomá. Para vos. La mejor que tengo. ¿Tenés hambre? Vení, desayunemos —y lo lleva a la cocina mientras Le Pera vuelve rezongando a la cama.

—Uy, me olvidé del pelado —Astor sale corriendo a abrir la puerta.

—Este mocoso es de oro —dice Castellano que vuelve con Astor.

—Si toca el bandoneón y hace tango... —Gardel saca leche y tazas. Castellano se va al comedor.

—Carlos... —dice Astor mientras Gardel pone pan a tostar.

—Decíme, Astor... si tenés ganas... ¿cómo anda la persecución?

Astor se queda con la boca abierta.

—Te van a entrar moscas, che. ¿Qué dicen Sonia y Angel? Pero cerrá la boca, pajarón —sirve el café con leche y acerca el pan—. ¿Te gustan las tostadas?

—¿Cómo lo sabe?

—Soy Gardel, che.

—Esos dos lo siguen a todas partes...

—Y vos los seguís a ellos. ¿Por qué?

—Cuando me di cuenta de que lo seguían no me gustó.

—Y, ¿qué descubrió el detective?

—Son de Buenos Aires... —Astor agarra una tostada—. ¿Puedo?

—No me sorprende —Gardel toma un sorbo del café—. Ojo que pela...

—Viven juntos...

—¿Seguro?

—Alquilaron un auto...

—Fueron los que nos balearon en la Quinta Avenida... Ese Angel tiene pésima puntería. ¿Más café?

Astor dice que sí y mastica desparramando migas.

—Anduvieron por Astoria, en los estudios, con usted...

—Pero sos un troesma, che... mejor que los del FBI. Así que tenía razón: Mery, Betty, Peggy, Yuli y la otra conchuda...

—Esa mina también anda con el tipo...

—Es un gigoló... ¿qué haría el tango sin vos?

—Toco bien el bandoneón...

—Ya te voy a escuchar. Seguí, dale que está interesante.

—Usted sabe más que yo y me está tomando el pelo. Ya soy grande, ¿sabe? Fumo...

—No tengo la menor duda. Seguí... no te estoy cachando.

—Si usted anda con Sonia...

—¿Dominique?... —Gardel baja la taza despacio y hace una pausa grave—. ¿No digo que las mujeres son las que matan la ilusión?

—Los vi en el cine, en el hotel, en el taxi, en el Central Park, cerca del monumento del Battery, después de misa...

—Me seguiste a toda partes, pibe. Sos un indiscreto... y yo que creí que era una marquesa, pero qué yiro... —Gardel se acerca y pregunta en voz baja—. ¿Viste todo?

—Me gusta el tango. Usted me enseña mucho —Astor se esconde detrás de la taza.

—Entonces también sabés de Lola... ¿no?

—¿La de pelo castaño y lunares?

—No le contés nuestro secreto a nadie, ¿eh?

Astor termina el café con leche y pide más.

—Tenías hambre... Con tanta investigación, che... Pero, qué lástima, Dominique...

—Hay algo más, Carlos.

—¿Lola es un varón?

—Lo piensan asesinar el 10 de agosto.

Viernes 10 de agosto del 34

Braxton y Daver esperan que se abran las puertas del cine Campoamor en East Harlem mientras observan el descontrol de la multitud que está para asistir al estreno de la película "Cuesta abajo", de Carlos Gardel.

—Estos sudamericanos son tan poco civilizados. Tendríamos que llevarlos hasta las fronteras y echarlos a patadas. Van a destruir el país.

—Desde Valentino que no veía algo semejante.

—Aquel, italiano... este, argentino... es lo mismo.

Un policía les pide que se corran y se ubiquen más atrás.

—Somos federales —Braxton muestra la credencial del FBI—. Estos de la metropolitana son tan inútiles que les tuvieron que pedir ayuda a los bomberos. ¿Y nuestros hombres?

—Vigilan a Angel y a Sonia.

En ese momento, Angel se acerca por detrás a los federales que se entretienen mirándole el culo a Sonia y los duerme de un cachiporrazo. Los atan y los llevan al baldío que está a una calle de distancia. Regresan y se ponen en la cola de la gente que espera para entrar. Los bomberos tratan de mantener el orden. Las puertas de la sala se abren y la multitud se desafora y quiere entrar por cualquier lado. Sonia y Angel reciben codazos y pisotones. Braxton y Daver sacan los revólveres y avanzan. Los afiches de la película muestran la cara sonriente de Gardel y la leyenda "Astro de astros". Varias mujeres gritan y se desmayan.

—Ver para creer —dice Braxton.

La sala se llena; el público se pelea por las mismas butacas. Hay gente sentada en los corredores; los que no pudieron entrar, gritan desde el hall que abran las puertas para poder ver. Gardel aparece rodeado por amigos y gente de la Paramount. Viste smoking, un sombrero de copa y las luces de la sala brillan sobre sus gemelos, su alfiler de oro y su larga boquilla. Se descubre y saluda con una gran sonrisa.

—Pero está maquillado —dice Braxton—. Tiene la cara llena de polvo. Si no fuera por lo que sabemos diría

que es homosexual —Daver no deja de aplaudir—. Veo que vamos a terminar aceptando el tango, hicimos cosas peores: aceptamos el jazz, el blues y los spirituals...

Las luces de la sala se apagan y comienza la película. El público sigue cada escena con fervor. Abuchean cuando Carlos, el estudiante de leyes, huye con Raquel a París y Nueva York y trabaja como bailarín de tango. Aplauden con "Amores de estudiante" y se conmueven con "Cuesta abajo". Braxton observa la cara de ensueño de los que tiene a sus costados y la de Daver, que ha sacado un pañuelo para secarse las lágrimas. Cuando Jorge, el amigo de Carlos que ahora es capitán, aparece en el café de Nueva York, no se oye un solo ruido. El aplauso crece junto con los "Bravo", "Mago", "Rey" y Gardel saluda en la penumbra cuando su personaje decide volver a Buenos Aires. Viene un momento mágico en el que la gente llora sin poder contener la emoción: sobre la cubierta del barco que lo lleva de nuevo al hogar, Gardel entona "Mi Buenos Aires querido". A partir de ese momento y hasta que Carlos vuelve a ver a la mujer que ama, el cine es un pañuelo mojado. La película termina y se encienden las luces. Braxton llora sin consuelo sobre el hombro de Daver.

—Ese hombre tiene una lágrima en la garganta...

—¿Vio, jefe? La vida es un tango.

El público aplaude. Gardel se para y pide silencio.

—Queridos amigos —el teatro aplaude—. Amigos, por favor... Necesitaba este contacto con ustedes, mi público hispano —se redobla el aplauso—. Nunca hubiera podido hacer esta película si no hubiese sido por el apoyo incondicional que me brindan... Hollywood es

la próxima etapa y después... una gira por Norteamérica con mis escobas, como yo le digo a mis guitarristas... —la sala es un aplauso continuo—, sólo me resta decirles que la emoción me impide seguir y que Dios los bendiga...

Vicente Padula y James Lanzetta, un diputado por el estado de Nueva York, dan un discurso que la gente abuchea con el mismo entusiasmo con que antes habían aplaudido. Gardel y la gente que está en su palco se ponen de pie. Se saca de nuevo el sombrero de copa y saluda. Un cuchillo lanzado con excelente puntería cruza la atmósfera del cine y vuela hacia su pecho. En el instante en que el astro se inclina, el arma se entierra en la cortina que hay detrás del palco. Todo ha ocurrido tan rápido que ni siquiera Braxton y Daver se han dado cuenta. Gardel y sus amigos se van.

—Fue culpa de las lágrimas. No pude ver bien...

—Fallaste de nuevo, imbécil... —Sonia también llora—. No me importa lo que has hecho... La próxima vez es mío: voy a jugar con él como juega el gato maula con el mísero ratón.

Viernes 17 de agosto del 34

Angel llora sobre su cama mientras la radio deja oír la voz que canta "Mi Buenos Aires querido". Sonia lo observa.

—Oí. Qué garganta... Es un maestro...

—"Haré muchas películas más... hasta algunas en inglés..."

—El hijo de puta es un traidor, pero no puedo dejar de amarlo. La concha de su hermana...

—"aunque las canciones... serán, como siempre, en criollo".

—¿Sabés lo que pienso? Que no lo vamos a poder matar, que no se va a morir nunca...

Viernes 21 de septiembre del 34

—El Sena —Lola exclama desnuda frente a la ventana del cuarto que ocupa con Gardel en París—. Qué hermoso es este lugar, amor. Si algún día muero, quiero que sea acá.

—Yo quisiera morir en cualquier lado menos en una mañana de verano en Nueva York —la abraza—. Me muero sobre vos, Lola.

—¿No era inmortal, amor?

—Sí... soy inmortal y tengo un mapa de lunares.

—Lo amo... Estoy muy enamorada.

—Te amo, Lola —la toma de la cintura y los cuerpos desnudos se tocan—. Ya te voy a llevar a mi cotorro mistongo, ya no me imagino solo en Buenos Aires...

—Primero tiene que arreglar algunas cosas, ¿no, amor? —Lola le toca la mejilla con ternura y él le besa los dedos.

—Tenés razón. Le voy a escribir a Defino para decirle que le dé un mordiscón en el orto con una tenaza caliente al turro de Razzano. Si ese infeliz me hubiera dado la guita que necesitaba, no hubiera tenido que escapar.

—Y no me hubiera conocido, amor.

—Es verdad. Pero ese canalla me escribe tranquilamente como si no hubiera pasado nada y me pide un bolo en alguna película. El muy turro se cree que negociar producciones es como ir a hablar con un empresario de Boedo, ya va a ver.

—No me refería a Razzano, amor.

—Mirá... A Isabel le voy a escribir una carta final diciendo que no le voy a pasar un mango más. Ni un centavo para ella o para su familia. Que podemos ser amigos pero que ahora te amo a vos y que no debe hacerse ninguna ilusión sobre mí —Gardel la abraza con fuerza—. Vos sabés lo que quiero para el porvenir... Quiero trabajar para juntar la guita que le debo a Barceló, quiero casarme con vos, quiero darle una buena situación a mi viejita y que disfrutemos con cuatro amigos el trabajo de treinta años. Estoy dispuesto a no hacer más tonterías, Lola.

Ella lo mira y trata de decir algo que la emoción le impide.

—¿Qué?

—Que qué dijo...

—¿Qué cosa?

—Usted me pide que...

—Sí. Que nos casemos, Lola —y la alza mientras ella enrosca sus piernas en las de él y lo besa por toda la cara.

—Amor... amor... claro que quiero ser su mujer, me hace tan feliz... tanto... pero antes están sus sueños, las películas que le falta hacer, Hollywood, la gira por Latinoamérica. Si usted quiere, después nos vamos de vacaciones a Buenos Aires y nos casamos.

—Sí, Lola. Es lo que más quiero.

—¿Y su mamá? ¿Ya le dijo a ella?

—Todavía no le conté. No la encontré bien. Me comentó que extraña mucho a Buenos Aires, a Fortunato y Anaïs, a nuestra casa de Jean Jaurès... Se va a quedar en Toulose hasta el año que viene. Después de la gira, la venimos a buscar, le damos la noticia y nos vamos los tres a Buenos Aires a preparar todo para el casorio. ¿Qué te parece?...

Sin decir más, Lola lo lleva hasta la cama.

—Va a ser lindo nuestro cotorro —dice Gardel—. Lo vas a ver de mañana, el sol entre los vidrios va a dibujar la pared.

—Negro —Lola se le trepa a horcajadas y le ofrece los pezones—. Cómo extraño tus caricias... Dame de nuevo tu corazón.

Viernes 19 de octubre del 34

Gardel está sentado cómodamente en la oficina de la Paramount y lo entrevista gente de la empresa que trabaja para la revista de habla castellana. Hay periodistas de otros medios que quieren saber más acerca del cantor. Gardel, que viene de ser afeitado y de cortarse el pelo mientras escuchaba en la barbería a un cuarteto vocal, viste un traje azul de alpaca inglesa, zapatos negros de Saxon, una corbata de moño a pintitas y un pañuelo de seda italiana alrededor del cuello. Fuma con su boquilla de oro.

—Gardel. Se lo ve más optimista y más entusiasta que nunca. ¿A qué se debe?

—A pesar de las dificultades que no faltaron desde que llegué creo que si hasta ahora la cosecha no fue extraordinaria, la siembra, que ha sido buena, va a dar excelente fruto.

—El estreno de sus películas en East Harlem provocó tumultos como no se vieron antes excepto con la muerte de Valentino.

—Es verdad. El impuso el modelo italo-sudamericano que hoy continúo yo, y una confirmación de que ese modelo está vigente es la respuesta del público.

—Hay quien argumenta que Valentino antes, y usted ahora, encarnan ese sueño de vida superior y de éxito conseguido a través del trabajo y de la dedicación.

—Usted lo ha dicho. Pero no se olvide del talento, ese misterio de cada arte...

—¿Cómo compone sus canciones, cómo surgen las letras?

—Lo primero que hago es tratar de entender la situación que quiero contar y cómo ocurren las cosas alrededor de ella. Luego empiezo a tararear para buscar la melodía que se adecue mejor. Recién después, busco las palabras.

—¿Cuáles serán los próximos pasos de Gardel?

—Estamos dando los últimos toques al argumento y a las canciones de dos películas que van a causar sensación.

—¿Se puede saber el tema? ¿Cuáles serán los títulos de esas dos películas a las que usted hace referencia?

—Ni el día que me quieran se los voy a decir... Es un chiste, muchachos. Lo que sucede es que si los dijera, cometería una infidencia y la empresa se enojaría conmigo... Quedaría fuera de lugar como un tango en un

bar. Sólo les puedo decir que no van a tener ambientación argentina porque, y esto hay que entenderlo bien, son películas que están destinadas a todos los países donde se habla español. Soy embajador del tango: esa música orillera que triunfó en París, ahora acá y algún día hasta los marcianos van a cantar la canción de Buenos Aires.

—Usted ama a la Argentina, pero nació en el Uruguay...

—Mi verdadera patria está en el tango, en sus versos, en su música. Soy un ciudadano del mundo.

—¿Cuál es el futuro de Gardel en Norteamérica?

—Cómo saben, ha quedado decidido que haga varias películas en inglés y el contrato ya ha sido firmado. Esto es una primicia.

—¿Y cómo se las va a arreglar con el idioma?

—He tenido una excelente profesora, pero estoy a punto de cambiarla... Aunque no lo crean, mis adelantos en inglés son formidables. Si continúo así, voy a trabajar en "Rumba", con Raft y la Lombard.

—¿Tiene algún papel en "The Big Broadcast of 1936"?

—Esa gran superproducción de la Paramount me va a dar un nombre universal, la fama de Carlos Gardel ya rebasa los límites de la pantalla de habla castellana.

—Gardel, ¿cuál es su mayor aspiración?

—Holywood, y lo estoy por lograr.

—Ha ganado mucho dinero pero sin embargo se ha mudado de los edificios Beaux Arts al Hotel Middletowne en la calle Cuarenta y Cuatro Este. ¿Acaso Gardel tendrá una vida más austera?

—Están en todas, chicos... —Gardel ríe y fuma—. Es imposible ocultar algo. Así es, este es el nuevo Carlos Gardel. Basta de derroches, ¿acaso el ahorro no es la base de la fortuna?

—¿Algún proyecto a corto plazo?

—Una vez que hayamos concluido con las películas en español, voy a cumplir con algo que me ha tentado durante meses: una gira por Puerto Rico, Cuba, México, América Central, Panamá y las repúblicas del norte de Sudamérica. Ya estamos adelantados en la negociaciones para actuar en La Habana y en San Juan. Tengo planeado cuatro meses de gira.

—¿Y después?

—Un descanso en Europa y vuelvo para hacer mi quinta y sexta películas.

—¿Y después?

—Después... —Gardel separa los brazos dibujando un cartel en el aire—. "Estudios Cinematográficos Carlos Gardel. Presidente y propietario: Carlos Gardel. Director de Fotografía: Alfredo Le Pera. Director Musical: Terig Tucci", ¿qué les parece?

—¿Alguna mujer en la vida de Gardel?

—Soy un artista sólo consagrado a su arte... ¿Cómo podría enamorarme de una mujer, darle la exclusividad? ¿No sería ofender al resto, acaso no son todas lindas?

—La última, Gardel. Por favor.

—Pregunte, che.

—¿No extraña Buenos Aires, no ha pensado en volver?

—Uno siempre regresa al primer amor. Hace mucho que me fui. Cómo no voy a querer volver si me persiguen los recuerdos.

Sábado 20 de octubre del 34

—¿Quién sos?, ¿adónde vas? —le canta Gardel a Sonia mientras recorren los caminos del Central Park en el asiento de una Victoria a la que se subieron frente al Plaza Hotel. El cochero y el caballo van somnolientos. El otoño está en los árboles.

—Soy la mujercita misteriosa de tu afán —tararea Sonia y le da un beso en el lóbulo de la oreja.

—No finjas más la voz... sacate el antifaz.

—Ya me lo saqué —le mete la mano dentro del pantalón y siente cómo el sexo se le agranda—. ¿Ya te olvidaste de aquella noche en París? Yo tenía la máscara puesta...

—Fue la noche más caliente de mi vida, Dominique.

—Para mí también, su majestad... Mi rey.

—Creí que sólo te habías pintado la boca para besar al clown.

—Te vi y me dije que tenías que ser mío... de cualquier modo.

—Me estás calentando, Dominique. Chupámela.

—Te vi alto, tan varonil, engominado y con esa sonrisa... El smoking no tenía ni una arruga, los zapatos brillaban, el olor a lavanda te envolvía ¿Por qué te iba dejar escapar?

—Descubrite, Dominique.

—Pero todo el año es carnaval, mi príncipe. Todos tenemos algo qué ocultar. Todos tenemos máscaras. Qué hombre no oculta alguna muerte, otra mujer...

—¿Qué querés decir?

—¿Por qué habría de sacarme la máscara? No quiero que dejes de desearme —lo obliga a echarse hacia atrás mientras la saca afuera y se la lleva a la boca.

El cochero y el caballo van sumidos en su rutina de otoño.

—Así le vas prendiendo al mundo tus cascabeles de carnaval, querida. Esperá, quiero acabar adentro.

—Esta calentura nos va a matar —Sonia se levanta el vestido, separa las piernas, se trepa sobre él y se corre la ropa interior

—Vení... Estoy hecha sopa, mi rey.

—Que siga el corso —Gardel la penetra.

Sábado 3 de noviembre del 34

Gardel se cansa de poner papelitos sobre el piano. Toma un anotador y un lápiz y se tira sobre un sillón. Una hora después está rodeado por un montón de papeles llenos de números. Tocan el timbre.

—Y ahora, ¿quién viene a joder? Esto parece una romería.

Abre la puerta y es Tucci que trae un paquete en la mano.

—Si son masas te dejo entrar, che.

—Y con dulce.

—Avanti...

Tucci deja el paquete sobre una mesita y se va hasta el piano. Gardel se sienta y se enfrasca en los números.

—¿Cómo te fue? —Tucci toca las notas según el orden en el que están los papeles sobre la teclas—. Parece linda... ¿Y la letra?

—No me hinchés. Hablá con Le Pera... Estoy laburando.

Tucci se encoge de hombros, deja el piano, busca el paquete, lo abre y saca un merengue. Gardel lo mira.

—Si esperás un poco, hago mate.

—¿Qué estás haciendo? —Tucci deja el merengue.

—Cuentas, viejo.

—¿Cuentas?

—Mirá... —Gardel se saca los anteojos y se restriega los párpados—. Un dólar son cuatro pesos argentinos. El contrato que firmé con la Paramount es por 40.000. Si a eso le resto lo que necesito para pagar estos apartamentos, lo que le doy a Alfredo, a vos, lo que le mando a mi vieja a Francia, lo que le giro a la Argentina a Armando, lo que gasto en pilchas, en morfi y en joda. ¿A ver? —Gardel anota unos numeros y resta—. Quedan algunos miles. No me alcanza, necesito más.

—No quiero ser indiscreto. ¿Para qué necesitás más? Dale... hacé mate.

—¿Y si llego a tener algún problema de salud? ¿Una apendicitis, por ejemplo? Mirá lo que le pasó a Valentino por no operarse a tiempo. Me podría agarrar una intoxicación con plomo, ¿quién te dice?... Encima, en este país los médicos cobran tanto que te dejan en pelotas, viejo. Afanan más que Razzano. Hay que ahorrar... ahorrar... ahorrar...

—Si lo vas a hacer con ese entusiasmo, te va a ir bien.

—Voy a poner agua a calentar —Gardel se va a la cocina.

—¿Trabajaste en alguna canción?

—Me pasé horas haciendo cuentas... ¿Sabés a cuántas libras equivale un peso argentino o cuatro dólares?

—Hablo de las canciones.

—Ah... —contesta desde la cocina—. Trabajé un rato sobre las letras que dejó Alfredo.

—¿"Sus ojos"?

—No me hablés —grita Gardel—, hace días que estoy tratando de encontrarle la vuelta y no hay caso —sale con la pava y un mate— "sus ojos se cerraron y el mundo..." —tararea—. No me gusta ¿ves? En estos momentos me dan ganas de mandar todo al diablo.

—Ya va a salir, no te preocupes.

—Es que me da tanta rabia. Vení, sentate. Vamos a matear un rato. ¿Las compraste en Little Italy?

—En "La Luna".

—Sos un genio, Terig, ¿sabés? Estuviste formidable con esa idea de meterle papelitos a las teclas del piano. A veces me digo que tendría que aprender música. No puedo seguir con eso de tararear melodías y que otro las escriba. Me tendría que dejar de joder.

Tucci asiente, come y pide un mate.

—Tené cuidado, no te quemés, che. Andá a mirar lo que hice.

Tucci va hasta el piano, deja el mate encima y toca.

—Esta melodía es genial, Carlos, ¿cómo se llama?

—No tiene título.

—¿Y la letra?

Gardel canta suave. Tucci lo escucha absorto y luego lo acompaña con el piano.

—Repitamos el estribillo, dale —pide— "... con la frente marchita, las nieves del tiempo platearon mi sien, sentir... que es un soplo la vida, que veinte años no es nada..." —Tucci lo acompaña—. Es fantástica, Carlos. El

que te escuche se va a volver loco, es la mejor que has hecho, ¿cómo se le ocurrió a Le Pera?

—Tu Nueva York no es mi ciudad. Acá, seguimos siendo extranjeros, sapos de otro pozo. Nos trajo esta vida errante... A veces se me acaba la fe. Mirá si una noche me encana la muerte y no vuelvo a ver el Abasto. Hace un año que me fui de Buenos Aires... Broadway es una porquería y extraño la calle Corrientes, la barra, los pingos, los teatros. Quisiera volver...

—Tomate unas vacaciones y andá.

—No puedo, hermano. Quisiera, pero no puedo. Quién te dice que después de la gira por Latinoamérica me haga una escapada.

—Eso —Tucci quiere levantarle el ánimo—. Imaginate. Para entonces habremos terminado las películas y en Buenos Aires todo el mundo va a hablar de lo bien que te fue en La Habana, Puerto Rico, Caracas... Te van a recibir con los honores de un príncipe, con flores por todos lados...

—Sí... imaginate...

El timbre suena y se rompe el hechizo.

—Andá a ver quién es.

—Piazzolla, Carlos —dicen del otro lado de la puerta.

Astor entra bien vestido y saluda a Tucci con respeto.

—¿Y? —le dice a Gardel.

—Pucha —exclama y se agarra la cabeza—, ni me acordé; me voy a cambiar —Gardel se va a la habitación desde donde grita—: ¿cómo está afuera?

—Va a llover.

—¿Vamos? —Gardel sale con un paraguas colgado del brazo.

—¿Adónde? —pregunta Tucci mientras abren la puerta y salen.

—Al cine, viejo. Se lo había prometido, ¿sabés? —Gardel lo agarra a Astor del hombro—. Este pibe es una fiera.

—Ya sé que toca bien. Tiene un gran maestro. ¿Qué vamos a ver? —pregunta Tucci cuando salen del Middletowne y toman la calle Cuarenta y Ocho en dirección a Broadway.

—"Viva Villa", con Wallace Berry.

—¿De nuevo? Si ya la vimos... ¿no podemos ver otra?

—Sos tan pesado como Le Pera cuando habla de la tuberculosa. No jodás, hermano ¿Te olvidás que nos echaron del cine porque andabas a los gritos?... Si no tenés ganas de traducir, no vengás. Para eso me lo llevo a Astor ¿no, pibe?

—That's right.

—No te digo Tucci que este pibe es posta... Astor ¿no te animás a escribirle un tango a este colifato?

—Un tango no me animo, pero si quiere una balada...

—No te digo... Encima me cacha.

A punto de entrar en el cine se ve un relámpago.

—Apurémonos que se larga. Con un poco de suerte, la lluvia va a espantar a los giles.

En la penumbra del cine y a punto de comenzar la película, Astor le tironea del saco.

—¿Qué querés?

—¿Se la sacó de encima?

—¿Qué cosa?

—A Sonia.

—Calláte que empieza, che... —Gardel le da una cachetada suave.

Sobre la pantalla aparecen los títulos de "Viva Villa".

—Che, Tucci... ¿Y si hacemos una de cowboys?

—Tengo miedo de que le pase algo —insiste Astor.

—Chito... Traducí, dale... Quedate tranquilo, Astor. Juego un poco nomás...

—¿No tiene miedo?

—Cuando seas grande, te vas a dar cuenta de que el deseo es más fuerte que el miedo, pibe.

—No entiendo.

—¿Me vas a traducir o no?... Si me llego a quedar dormido, no dejés que Tucci me despierte. Quiero soñar un poco ¿sabés?... Creo que en un juego de ilusión repartí mi bobo.

Miércoles 12 de diciembre del 34

Gardel entra en puntas de pie en el departamento de Lola. Lleva los zapatos en la mano, un cigarrillo al costado de la boca, el Tilbury requintado y procura que el humo no se le meta en los ojos. Son las cuatro y treinta de la mañana. Una torta de cumpleaños llena de velitas se le acerca en la oscuridad. Con pantalones oscuros, polera y cara lavada, Lola viene detrás de la torta cantando "Happy Birthday".

—Tres deseos, amor. No sople, pida tres deseos.

Gardel deja todo sobre un sillón y cierra los ojos.

—¿Ya está? No me tiene que decir nada —Lola sigue cantando.

Gardel abre los ojos, sopla y apaga todas las velitas.

—Bravo, amor... bien. Feliz cumpleaños —lo abraza y lo besa.

—¿Sabés que cuando pienso en vos, se me van las penas? Sos tan linda, te quiero tanto... Estas cosas que hacés.

—Es que para mí, usted es todo. A veces tengo miedo por lo mucho que lo quiero...

—Te prometo que en Buenos Aires nos casamos, Lola. Falta poco. A fin de marzo empieza la gira latinoamericana. Con lo que saque, más lo que me dieron por las películas que hice, más lo que voy a recibir por las que falta hacer, más lo que pude ahorrar: le voy a devolver la guita a Barceló y le voy a pedir perdón. ¿Y si le ruego que sea padrino de la boda, qué te parece? Después de la luna de miel en París, volvemos con tu embarazo.

—¿Me vas a dar un hijo, amor? ¿Carlitos? —lo abraza en la semioscuridad y suspiran.

—¿Y mi regalo?

Lola se aparta, se saca la ropa y queda desnuda.

—Yo —dice y deja que Gardel la lleve alzada hasta la cama.

A las seis de la mañana, Gardel se despierta sin sueño. Se incorpora, mira la espalda de Lola que duerme y tararea un par de compases. Se levanta, corre desnudo hasta el teléfono que está en el comedor y marca un número. Espera, pero nadie contesta.

—Atendé, por favor...

Una voz dormida gruñe del otro lado.

—¿Tucci? Carlos... No lo vas a poder creer... ¿Que te haya despertado?... Pero no, gil... Cerrá la boca y escuchá —y canta la melodía final de "Sus ojos se cerraron"— Lo logré, viejo... ¿Que cómo lo hice?... No sé, será el amor... ¿Que le mande un beso a Le Pera?... Pero por qué no te vas a la puta que te parió.

Viernes 25 de enero del 35

John Reinhardt ordena hacer un alto en la filmación de "El día que me quieras". Se ha roto el sistema calefactor del estudio y los reflectores no alcanzan para paliar el frío. Todo el mundo corre a ponerse algo y Gardel y Le Pera se sientan en las sillas que dice "Mr. G" y "Mr L.P".

—¿Estás más cómodo, no? —pregunta Gardel.

—Es que Gasnier era un piantado. Este tipo es más dócil, por lo menos me escucha y discutimos.

Dos tipos con sobretodo, sombreros, bufandas y guantes se acercan y saludan.

—Desde Chicago vinieron Los Intocables —bromea Gardel.

—El brazo armado de la ley en la lucha contra el hampa... Civilización o Barbarie —se ríe Le Pera.

—Nos gusta cazar reptiles —dice Braxton.

—¿Le pego? —Gardel le pregunta serio a Le Pera.

—Es un chiste —se disculpa Braxton—. Usted me cambió la vida. Ahora me gusta el tango, vi sus películas, compré sus discos, leo todo lo que cae en mis manos.

—Por fin, che... Estoy conquistando al frío público de Norteamérica. ¿Y? ¿Qué opinión le merecen mis films?

—Lamento no haberlo descubierto antes. Me dejé influir por Paul y ya ve... perdí el tiempo.

—Me equivoqué, señor Gardel —admite Daver—. Ahora no puedo vivir sin tango. Es como una droga... Nos hubiera visto llorar en el estreno de "Cuesta abajo"...

—Nunca es tarde cuando la dicha es buena —apunta Le Pera.

—¿Es un tango? —pregunta Braxton.

—La vida es un tango, hermano —dice Gardel contento—. Pero, siéntense. Por favor...

—¿Han visto a este individuo? —Braxton mete la mano en el sobretodo y saca una gran fotografía—. ¿Lo conocen?

Gardel toma la foto que lo muestra sonriente.

—Es para el pibo... Así se dice ¿no?

—Pibe —corrige Le Pera— Se dice pibe.

—¿No era que usted no sabía español?

—Tuve que aprender. ¿Cómo iba a entender las letras, si no?

Le Pera pide permiso y se va a hablar con Reinhardt. Un chico con aspecto de vendedor de diarios se acerca.

—Vení che, que no muerden... Les presento a Astor —Gardel lo abraza—. Braxton y Daver, del FBI. Astor es mi traductor, mi asistente, mi guardaespaldas, mi actor preferido —Gardel guiña un ojo— y si la familia lo permite, va a ser mi valet durante la gira latinoamericana.

—¿Todavía sigues a los argentinos, che? —Daver se esfuerza por conseguir un tono porteño.

—Y éste, ¿cómo sabe? —Astor le pregunta a Gardel.

—Hace un año que andamos detrás de Sonia y Angel —dice Daver—. Cuando ocurrió aquel tiroteo en la Quinta Avenida, no pudimos probarles nada... Esto es Norteamérica.

—Epa —se queja Gardel—, al final resulté un otario, che. Todo el mundo estaba avisado menos yo... ¿por qué nadie me dijo? ¿Me siguen a todas partes?

—Hay horas en que nuestros agentes lo pierden de vista, que no sabemos por dónde anda. Confiamos en que sea un hombre maduro. No tenemos pruebas para dete-

ner a Sonia y, según nuestros hombres, usted saca buen provecho de ella.

—¿Saben todo?

—No quise avisar a Moralidad... nos gusta el tango —Braxton se encoge de hombros—. Esto es Nueva York: a nadie le importa lo que hace el vecino. Pero le sugiero que esté alerta. El comportamiento de su amiga y su perfil psicológico, hablan de una peligrosa personalidad psicopática. Y ese Angel es un mitómano y un delirante paranoico. La fama de Carlos Gardel, el rey del tango, lo tiene perturbado y con inestabilidad emocional.

—¿Cómo saben eso?

—No tiene idea de lo que se puede lograr con dólares.

—Si son demasiados, te pueden salvar la vida —dice Gardel con amargura.

—No crea —interrumpe Daver—. Hay gente a la que el dinero no le importa, gente que busca la fama y la gloria a través del homicidio. Cuente la cantidad de presidentes asesinados que tenemos.

—Que lo parió. ¿Quiere decir que no es necesario que estén cumpliendo órdenes?

—Exacto —afirma Braxton—. Son peligrosos, y hasta que no actúen, estamos con las manos atadas.

—Yo creí que ya no iba a estar solo con este despelote. Después de que me liquiden, ustedes van a mandar flores a mi entierro.

—Esperemos no llegar tan tarde. Siga con Sonia como hasta ahora. Cualquier cambio en su actitud, la haría sospechar y no sabríamos qué podría llegar a ocurrir. Para que se quede tranquilo, el FBI lo va a cuidar de cerca...

—¿Qué tan cerca? Necesito espacio... y que no me espíen.

—Astor —dice Daver—, si continúas atrás de Sonia y de Angel como hasta ahora, vas a tener un gran futuro dentro del FBI.

—A mí me gusta el tango, señor.

—Qué carácter tiene el pibe, ¿eh? —Gardel hace un guiño a los del FBI—. Muchachos, por favor: que nadie se entere de esto que hemos hablado. Ni Le Pera, ni Tucci. Nadie...

—Descuide —asegura Braxton—, ni doña Berta lo va a saber.

—Y yo que pensé que eran unos inútiles. Les pido perdón.

—"Tomo y obligo" —sonríe Braxton—, mano a mano hemos quedado.

—¿De qué están hablando? —pregunta Le Pera que ha vuelto.

—Le preguntábamos a Gardel cómo le había ido en "Rumba" —dice Daver.

—Tiene que estudiar más inglés. Es un vago. Le digo que estudie conmigo pero no quiere.

—Pero los de la Paramount siguen entusiasmados. Ya estoy filmando los sketches del "The Big Broadcast of 1936". Una de las versiones es en inglés... Si sale bien y sigo estudiando, me van a tener que ir a visitar a California —Gardel saca una cigarrera de oro y rubíes e invita.

Reinhardt llama a los actores.

—Si nos quieren acompañar... —dice Gardel a los del FBI—. Les prometo que les va a gustar.

—Luz... cámara... acción... —ordena el director y el asistente muestra el cartel con la leyenda "Volver - Toma Nº 1". Todavía se oyen algunos ruidos cuando Gardel comienza los primeros versos del tango. El telón de fondo es un mar que titila y una noche estrellada. Todo el mundo hace silencio y un aire de nostalgia sobrevuela el set. Gardel canta tan bien que no se hace necesario repetir la escena. Cuando los últimos compases de la música han finalizado, la gente aplaude.

—Una maravilla —dice Braxton—. Cómo me gustaría conocer Buenos Aires.

—La Reina del Plata —agrega Daver.

Hay movimiento de actores, de decorados; hay cambio de vestuario y consultas del guión. Alguien le acerca a Gardel un vaso con agua.

—Luz... cámara... acción —ordena Reinhardt de nuevo y aparece el cartel con la leyenda "Sus ojos se cerraron - Toma Nº 1". Gardel observa el cuerpo de su esposa muerta y comienza a cantar el tango. Todo el estudio se sumerge en un silencio sin fisuras. Desde iluminadores a camarógrafos, desde asistentes a maquilladoras, desde operarios hasta un directivo que está mirando las áreas de filmación, todos se quedan inmóviles como si estuvieran asistiendo a un milagro. En los momentos que siguen al final de la escena, nadie se mueve. Entonces surge una ovación de diez minutos. La emoción es tan grande que no se puede seguir trabajando. John Reinhardt se acerca a felicitar a Gardel y ordena un descanso de media hora.

—Macanudo, Tucci. Formidable —Gardel abraza a su director musical—. Y vos te calentaste porque te llamé de madrugada...

—Para mí esto es un sueño del que quiera Dios que nunca me vengan a despertar —contesta emocionado.

—Cuántos taitas van a envidiar mi fama de gigoló, viejo.

—Sin rencores, che... Lo que te dije aquella madrugada acerca de vos y Le Pera, fue un chiste.

—Lloro como una mujer —dice Braxton a Daver y se seca con un pañuelo—. Este hombre tiene el paraíso entero en la garganta...

—Con el tango he vuelto a vivir. Vamos, jefe. Ha sido demasiada emoción para un solo día.

Y mientras el FBI se va, Gardel los mira y murmura:

—Si no hay nadie en el mundo entero que baile mejor que yo.

Sábado 23 de febrero del 35

Gardel y su grupo están en el Cotton Club del Harlem. Escuchan a la orquesta de Duke Ellington. Al fondo del salón, Angel y Sonia beben champagne.

—Abandonemos todo, Sonia. ¿Cuántas veces hemos tratado de matarlo?, ¿eh?... Tiene un dios propio, él es Dios... Escapémonos, podemos irnos al Canadá donde nadie nos conoce y empezar una vida nueva. Barceló nunca nos va a encontrar.

—El mundo es un pañuelo —Sonia no deja de mirar a Gardel—. Ese hombre se me ha vuelto una idea fija, una obsesión...

—Rajemos, Sonia. No quiero ser una marioneta de Barceló que baila sin parar.

—Jodete si sos un arlequín que salta. Ahora el capitán soy yo y vas a hacer lo que te diga. No tengo ganas de que el brazo del Viejo me estrangule.

—Pero Sonia...

—Callate, infeliz.

Cerca del escenario, Braxton y Daver beben agua mineral en copas de champagne.

—¿No podríamos hacer una excepción y tomar alcohol, jefe?

—Esta noche no nos vamos a emborrachar, pero si usted quiere, cualquier otra, nos mamamos bien mamados... No le saque los ojos de encima a aquellos dos... Quiero escuchar a Ellington.

La música termina y la barra de Gardel aplaude a rabiar.

—Le tengo que agradecer lo que hizo por mis escobas —dice Gardel a Fiorello La Guardia, alcalde de Nueva York, mientras Barbieri, Riverol y Aguilar ponen cara de estúpidos—. Si no fuera por usted, todavía estarían en cana.

—La gente de Migraciones sería capaz de prohibir la entrada de Dios si creyera que viene a trabajar sin permiso. No sabían que usted les ordenó que vinieran para llevarlos a centroamérica. Brindemos por el éxito de su gira.

—Viva el tango —grita Tucci.

—No está lejos el día en que nuestros médicos de familia nos receten un tango de Gardel, tres veces por día, antes de cada comida —bromea Gardel.

—Vamos a "barrer" con centroamérica —dice Le Pera— vamos a tocar el cielo con las manos.

—Con mis "escobas" puedo barrer el paraíso —Gardel ve a Tucci serio—. No te calentés, viejo. Tu orquesta

es fenómena, pero cuando éstos tocan... —señala a sus guitarristas— siento que Dios existe...

—Viva el tango —exclama La Guardia—. Y viva Nueva York, el reino de la música —le dice a Gardel.

—Con todo respeto, Buenos Aires no tiene nada que envidiarle a Nueva York. La vista desde la Estatua de la Libertad es formidable, pero ya vamos a construir algo que les haga competencia. La calle Corrientes es mejor que Broadway y no tenemos problemas para estacionar.

—A partir de hoy —dice La Guardia—, sólo tres personas van a estacionar su automóvil en cualquiera de los sitios prohibidos de esta ciudad del demonio: Duke Ellington, Toscanini y Gardel...

—Viva el rey del tango, viva Buenos Aires —grita Barbieri.

—Aprovechá lo que te queda —murmura Sonia.

Viernes 15 de marzo del 35

"Habla Carlos Gardel, queridos amigos de Nueva York y de Buenos Aires. He firmado un contrato con RCA Victor y lo hago gustoso porque sé que las grabaciones van a ser cada vez más perfectas... Acabo de terminar dos nuevas películas Paramount que sé que les van a gustar y voy a comenzar una gira por Latinoamérica. Iré a Puerto Rico, Venezuela, Colombia, Panamá, Cuba y México... Luego volveré a Nueva York y después visitaré Buenos Aires, la tierra de mis amores. Ahora les voy a cantar algunas de las canciones de mis películas y alguna canción en inglés."

—Lo amo y lo odio. Sonia, ¿qué voy a hacer? Dios mío...

—No sé. Yo, me las tomo...

—No me dejés que soy capaz de cualquier cosa.

—Hacé lo que se te dé la real gana, ya no me servís. Sos un impotente comparado con él.

—Y vos una grandísima hija de puta. Te dije que no lo tocaras.

—Andá a cagar. Hago lo que se me antoja —Sonia mete algunas cosas en la valija y la cierra—. Chau, no se te ocurra seguirme. Se acabó —sale dando un portazo.

—Lo amo, lo odio ¿qué voy a hacer? —Angel llora mientras descuelga fotos de las paredes.

Martes 26 de marzo del 35

—Servile más vino al invitado —dice el padre a Astor— me parece que tiene la copa vacía, che.

—Alguien se tomó todo —bromea Gardel.

—¿Están ricos los ravioles? —pregunta la madre de Astor.

—Estoy esperando que dé la orden, señora.

—Pero, déjese de embromar... las buenas costumbres arruinan la buena comida. Coma..., espero que le guste.

Gardel come un raviol con tuco.

—Mi viejita no los hubiera hecho mejor.

—Es un zalamero. No hay como la comida de la propia madre.

—Tiene razón, doña. Extraño los ñoquis que me hacía mi vieja y no se imagina cómo me gustaría que me cebara unos amargos.

—¿Cuándo la va a traer?

—Termino la gira y la voy a buscar a Toulouse para llevarla conmigo a Buenos Aires. Se va a volver loca de la alegría —bebe un sorbo de vino y luego de comer otro raviol, dice—: ¿Ya pensó lo del pibe, Piazzolla?

—Usted no se ofenda pero es muy chico para esas cosas. Le recomiendo que se lleve a Corpas Moreno, un amigo...

—Pero, papá...

—Usted se calla —Piazzolla, se saca la gorra y le pega en la cabeza—. Chito... cuando hablan los mayores, los chicos ni mú.

—Lo que usted diga, papá.

—Son varios meses, ¿y el colegio?... Para usted es mucha responsabilidad. Confíe en mí, vaya con Moreno.

—Se hará lo que usted diga —acepta Gardel y mira a Astor—, no va a faltar ocasión, purrete. ¿Acaso no somos tangueros?

Después de los ravioles, levantan los platos y la señora anuncia la llegada del postre.

—¿Un buñuelo? —pregunta y reparte.

—¿Uno solo? —se queja Gardel— mi barriga se va a enojar.

—Tiene buen diente —dice Piazzolla— es de los míos.

—Después de esto, me muero —anuncia Gardel.

En la sobremesa Gardel busca una caja de habanos y se la entrega a Piazzolla.

—Para usted... Le devuelvo las atenciones y lo felicito por el pibe... —y dirigiéndose a Astor—: Traé el fuelle. Dale, tocá algo para mí.

Astor va a buscar el bandoneón y regresa.

—Es de los buenos —Gardel mira el instrumento y fuma un habano—. A ver Arolas... dale Tigre.

Piazzolla arranca con una fuga de Bach.

—Sos bueno en serio, che... Muy bien ¿quién te enseñó?

—Tucci.

—Pero, con razón...

Astor toca un tema tras otro mientras Gardel lo festeja.

—Ahora, tocate un tango.

Astor hace una versión propia de "Cuesta abajo".

—¿Y eso que es, el tango del futuro?

—Así lo siento yo.

—Che, no sea maleducado, m'hijo.

—Déjelo, che... El fueye lo maneja fenómeno, pero el tango lo toca como un gallego. El pibe tiene personalidad...

Después de la sobremesa y el café, Gardel anuncia que se va.

—Chau, Carlos —dice Piazzola—, gracias por este día. Estoy seguro de que Astor jamás lo va a olvidar y para nosotros —abraza a la mujer—, ha sido un honor.

—Usted es el que me ha dado a mí una gran alegría: hacía mucho que no comía en familia, chau.

—Acompañalo hasta la puerta —le ordena el padre a Astor.

Gardel y Astor se abrazan en la calle.

—No vamos a llorar, ¿no? Ya somos grandes, che. No sé cuándo nos volveremos a ver... pero quiero que sepas

que vos y yo siempre vamos a estar juntos. Ha sido maravilloso conocerte y te agradezco todo lo que has hecho por mí. Nunca te lo voy a poder pagar...

—Hágame caso —ruega Astor—, sáquese de encima a Sonia.

—Quedate tranquilo. Ya oíste lo que dijo el FBI, ellos también me cuidan. Prometeme que vas a practicar mucho con el fueye y que te vas a dedicar al tango. Todo rey necesita un príncipe, ¿no?

Se dan un beso y luego Gardel se endereza, se pone su Orión, se lo requinta y sale a la calle.

—Adiós, Carlitos —dice Astor al ver que se aleja.

Gardel enciende un cigarrillo y camina hasta Canal. Recorre el Barrio Chino, cruza el Soho, va tranquilo por Greenwich Village y llega hasta Tribeca. Se dice que Nueva York no es tan fea.

—Pero prefiero Buenos Aires.

Tira el cigarrillo, enciende otro y camina por la Séptima en dirección norte. En la calle Cuarenta y Dos y Broadway, lo espera una rubia de piernas espléndidas.

—Dominique...

—¿Siempre hace esperar tanto a las mujeres?

—Sólo a las muy hermosas.

—Llevame a la cama —Sonia se cuelga de sus hombros y lo besa—, matame...

—La que me va a terminar matando sos vos —le ofrece su brazo y siguen caminando hasta el Middletowne. En el ascensor Sonia se aprieta contra él.

—Tocame.

Gardel le levanta el vestido, busca con su mano los muslos y sube. Luego corre la bombacha y la encuentra mojada.

—No te digo que me volvés loca —Sonia se estira, hace parar el ascensor entre dos pisos y le mete una mano dentro de la camisa.

—¿Que tenés acá, qué es esto duro?

—Un corsé —Gardel no deja de besarla—. De tanto coger con vos me agarró un terrible dolor de cintura.

Sonia se ríe, le desabrocha el pantalón y lo toca.

—Ya la tenés dura, sos increíble.

—Si me volvés loco, Dominique. Sos una potranca...

—Dejame que la chupe, tocame por atrás.

Gardel le roza el culo con las manos, lo abre y juega con el vello. A su lado y con el cuerpo hacia adelante, Sonia lo recorre con la lengua. Suspiran.

—Metémela. No puedo más... mirame los pezones...

Gardel la empuja contra la pared y la penetra por atrás.

—Así me enloquece, te juro que me enloquece.

Gardel le besa los hombros y la nuca y le aprieta las tetas.

—Por adelante...

El la saca; eleva a Sonia por la cintura, la obliga a separarse de la pared, la hace agachar y la penetra desde atrás.

—No tenés idea de lo que me hacés sentir. Me vas a matar en serio.

—Vos me vas a matar a mí. Acabemos con esto, Dominique...

—Dale... dale, juntos...

Ambos llegan al orgasmo al mismo tiempo y luego se quedan jadeando, esforzándose por respirar. Sonia se separa de él.

—Pensar que parece fofa y se porta como si fuera dinamita —Se ordena el vestido y toca los botones del ascensor para que continúe subiendo—, en la cama la seguimos.

A punto de llegar al piso, Sonia lo mira.

—Besame —dice y le separa los labios con fuerza.

Gardel la deja hacer y siente que ella, con su lengua, le pasa algo duro que parece una pastilla de menta.

—Mordela, es rica.

El ascensor se detiene y Gardel la escupe. Sonia saca un arma de su cartera.

—Lo lamento. Me calentás mucho y me cogés como un demonio, pero veo que el cianuro no te gusta... No importa, con el plomo que te voy a meter, vas a tener una larga noche en el corazón.

Sonia dispara. Gardel tiembla con cada proyectil que le atraviesa el saco y la camisa y que lo tumba contra la pared.

—Chau, troesma.

La puerta del ascensor se abre y aparecen Braxton y Daver que se arrojan encima de Sonia y la desarman.

—Se te acabó. Te espera la cárcel y ¿quién sabe?... la silla eléctrica... Después con una canzonetta te van a hacer el funeral —dice Braxton enérgico.

—Pero él está muerto... —se ríe Sonia.

Gardel se incorpora con dificultad mientras Daver lo ayuda.

—¿Está bien? —Braxton lo mira preocupado.

—Sí... los chalecos antibalas son formidables.

—Me los mandó Elliot Ness desde Chicago —interviene Daver. Sonia, esposada, lo mira perpleja.

—Pero mirá cómo quedó la pilcha —se queja Gardel—. Una camisa italiana y un traje inglés, arruinados; qué pena... —mete los dedos en los agujeros—. Algo duele, che.

—Ya va a pasar —dice Braxton.

—Se te acabó, milonguita —Gardel le levanta el mentón a Sonia—. Es una lástima... Yo le había contado a mi novia que cogías como una diosa... Ya no sos mi Margarita, ahora te llaman Margot.

—Sos un hijo de puta.

—Vamos a agarrar a Angel —dice Daver.

—Es tarde, ya voló... dejó el nido abandonado —informa Sonia.

—Campaneá cómo el cotorro va quedando despoblado —dice Gardel a Braxton.

—El hombre está mareado... pero no se preocupe, Carlos... ahora entreverado, no sabe adónde va.

Jueves 28 de marzo del 35

Gardel se despide de Lola en la puerta del apartamento.

—Cómo me gustaría llevarte.

—Pero amor, ¿usted no dice que es mejor que mantengamos lo nuestro en secreto hasta después de la gira? ¿Se imagina a todas esas mujeres que lo quieren, locas de rabia y de celos? Mire si me hacen algo. Es mejor hacer las cosas como las hemos planeado: usted viaja con su gente y yo voy después. Nos encontramos allá, en alguna parte, ¿no es más romántico?

—Te amo, Lola —Gardel se queda con ella entre sus brazos.

—¿Está más tranquilo?

—Sí. Con Sonia entre rejas, le corté una mano a Barceló. Sólo me falta encontrar a Angel...

—Ese tipo se debe haber mandado a mudar. Debe tener un miedo padre con el FBI buscándolo. Prométame que se va a cuidar. No quiero que le pase nada. Me voy a quedar con su adiós, con la tristeza que deja el circo cuando se va...

—No llorés, Lola... Lloran los que no tienen puerto porque han olvidado la ruta del mar. Vos sos mi puerto. Me voy... te voy a estar esperando —Gardel la toma de la cintura, la besa y se va.

—Todo ha sido breve... —Lola lo ve partir, cierra la puerta y se arroja sobre la cama.

Gardel llega con su taxi al muelle 15 sobre el East River. La tarde es fresca y el cielo está cubierto de nubes. Una multitud lo espera. Al bajar, la gente se abalanza y lo toca. Lo siguen mientras aborda el Cuamo y lo acompañan a lo largo de corredores y cubiertas, hasta su camarote. Gardel sonríe, abraza, estrecha manos, firma autógrafos, responde preguntas de la prensa y le da indicaciones a Tucci sobre las cosas de las que se debe ocupar. Cuando el buque deja el puerto, se asoma con sus amigos para despedirse de Nueva York. Lo acompañan sus escobas, Le Pera, su nuevo profesor de inglés, José Plaja, y Corpas Moreno como asistente en lugar de Astor Piazzolla.

—Loco, me dicen los desalmados... —canta Gardel—. Príncipe fui, sí que lo fui, no soñé... Chau, Nueva York...

a tu lado quisiera caer y que el tiempo nos mate a los dos —dice y se saca el Orión.

Lunes 1º de abril del 35

—Estoy tan emocionado en estos momentos que casi no puedo hablar —aclara Gardel frente al micrófono de WNEL, después de haber descendido del barco para encontrar a varios miles de personas que se han reunido en el muelle principal de San Juan de Puerto Rico para darle una ruidosa bienvenida—, deseo expresar mi agradecimiento por esta inesperada y sincera recepción.

Acompañado por el comité de bienvenida a través de calles angostas desbordadas de personas, es llevado hasta el Ayuntamiento de la ciudad, desde cuyo balcón se asoma a saludar.

—Y pensar que me tuve que ir de Buenos Aires porque no lograba llenar el teatro —le dice Gardel a Barbieri—, ¿te acordás, hermano?

—Qué tiempo de mierda. Nadie es profeta en su tierra, don Carlos.

—Tenga paciencia. Mire esto —Riverol señala a las personas que están trepadas a los árboles, a los postes, sobre el techo de los autos, encima del monumento—. Cuando volvamos a Buenos Aires nos van a esperar con flores, maestro.

—Si esta gira no me da la guita que me falta, también va a haber un ataúd —murmura Gardel.

Angel está apretujado entre las personas con una pequeña valija. Tiene barba de días, el traje sucio y lleno de

arrugas, el sombrero semiaplastado y los ojos como globos de vidrio.

—Lo amo, lo odio. Dios y demonio, ¿qué voy a hacer?

—Vamos, Carlos —Le Pera lo hace salir del balcón y con el resto de la comitiva, vuelven a los autos y siguen viaje.

—Che, paren acá —pide Gardel al ver un grupo de escolares con carteles donde se lee "Viva Gardel"—, quiero saludar a los pibes —desciende y es rodeado por maestras y niños—. ¿Ya llegamos al paraíso?

En el Hotel Condado lo recibe una botella de champagne francés y más de dos decenas de periodistas y fotógrafos. Un par de muchachas se acercan con ramos de flores.

—¿Me puedo quedar con las chicas?

—Bienvenido a Puerto Rico —Alfonso Azzaf lo saluda.

—¿Tuviste buen viaje, che?

—Este coso, ¿quién es? —pregunta Le Pera en voz baja.

—Relaciones públicas —dice Gardel y para que nadie más escuche— y guardaespaldas.

—Algunas palabras para la prensa —pide un periodista.

—Queridos amigos de Puerto Rico, he soñado con esta gira durante mucho tiempo y con venir a esta hermosa isla para saludarlos personalmente. Les aseguro que la conmoción que me ha producido este recibimiento supera todo lo que había pensado. Espero que mi arte esté a la altura del amor que me están demostrando.

—Díganos algo de las películas que acaba de terminar.

—Las dos películas que pronto van a poder ver son "El día que me quieras" y "Tango Bar". Son entretenidas

y gratas. La primera es un drama y "Tango" es una comedia musical. Hay muchos ritmos. Creo que "El día que me quieras" es lo mejor que hice hasta ahora y espero que cuando la vean estén de acuerdo conmigo.

—¿Qué planes tiene para el futuro?

—Con este presente, ¿qué puede importar el porvenir?

—¿Es feliz?

—Cómo no serlo si estoy de nuevo entre los de mi raza y mi pueblo.

Algunos flashes molestan los ojos de Gardel y se hace un brindis. Más tarde, en la tranquilidad del hotel, Gardel se saca los zapatos, se afloja el cinturón, descuelga el teléfono para que no sigan llamando mujeres y se recuesta. Le Pera desarma su valija y acomoda la ropa.

—¿Sabés, Alfredo?

Le Pera está ensimismado con una fotografía de su novia.

—Te estoy hablando...

—¿Eh?... ¿Qué?...

—No sé si quiero volver a Buenos Aires...

—¿Por qué?

—Tengo miedo del encuentro con el pasado, tengo miedo de enfrentarme con mi vida.

Martes 2 de abril del 35

Gardel y sus escobas, todos de smoking, acaban de tocar "Anclao en París". En el teatro Paramount no cabe un alfiler. La gente que no pudo ingresar llena el hall y se

continúa en la calle, los árboles, la noche. Gardel ordena abrir las ventanas y canta para todos.

—Mi Dios, ¿qué voy a hacer? —llora Angel trepado a una rama.

Jueves 25 de abril del 35

El tren sube las montañas y la vista del mar aparece más allá de sus ventanillas.

—Hemos vuelto a Sudamérica, hermano —dice Gardel a Le Pera.

—No te quejés, ¿no era que Nueva York te tenía estufo?

—Sí —Gardel fuma—, pero una vez que uno ha vivido en París y Nueva York, sonó... Nos llevan décadas. Mirá este armatoste... en cualquier momento se desarma y nos vamos a ir al precipicio. En Sudamérica todavía estamos en la edad de piedra, che.

—Y eso que tenemos de todo: petróleo, oro, alimentos, bellezas naturales...

—Sí, y argentinos, brasileños, venezolanos...

El tren sigue con su penoso esfuerzo de viajar a Caracas.

—Decíme, Alfredo... —Gardel mira unos segundos el paisaje—. Si pudieras nacer de nuevo, tener otra oportunidad...

—Eso no se puede.

—Imaginá, gilorio.

—Está bien —contesta malhumorado—, ¿cómo es la cosa?

—¿Qué vida elegirías si todo pudiera volver a empezar?

—Sería un avestruz.

—Sos un pelotudo... te hablo en serio.

—¿Qué haría? —Le Pera se encoge de hombros—. No sé. Tal vez hubiera sido un empleado público: uno vive más tranquilo. Esta vida de bohemio a la larga te mata.

—Eso me decía la vieja, che: "Dejá la música, Carlitos... es para vagos, malentretenidos. No te va a dar un peso y vas a terminar mal. ¿Qué músico hizo plata?" —Gardel imita la voz de su madre— "¿Qué músico no se murió joven? No es vida normal, Carlitos... La gente normal termina la escuela, consigue un empleo en alguna repartición, se busca una chica decente y se casa, tiene hijos y un buen día se jubila y vive en paz... La música va a ser tu perdición, hijo". Mi vieja... que la parió.

—Y yo que me agarré el metejón con aquella francesa...

—Mujeres... las francesas... entre nosotros —baja la voz—, prefiero a las argentinas.

—Son más querendonas, más hogareñas...

—No, son más putas.

—Me acuerdo que mi novia...

—Pero, carajo, ¿para qué te habré dado manija?

—Era un chiste, ¿ves? Esta vez te cagué.

—Yo no he tenido suerte con las mujeres. —El silbato del tren recorre el valle y las montañas.

—Al final, sí... Vos me dijiste...

—No supe qué hacer con ellas. Me refiero al sexo. No me tuve confianza, siempre me dio miedo.

—No me vas a salir con que nunca te encamaste con una mina porque no te lo voy a creer.

—Preferí la barra de amigos, los caballos, mi vieja. Cosas que me daban seguridad, que no me molestaban...

—¿Pero cogiste o no?

—Siento que perdí el tiempo, que no me dejé llevar, que no viví. Me dediqué a mi voz, a cantar. Y después de todo, ¿eso qué es?, ¿qué vale?... El arte es una nube de humo, un sueño... un corte y una quebrada, una curda, un espejo empañado, una noche triste, las delicias del gotán, una pilcha de percal, un mueble viejo y descolado, un pucho que se consume, un reo meditabundo que va silbando una canción, una milonga que le podría gustar a un poeta ciego, un Primus con su carga de agua ardiente —Gardel fuma con la mirada en el paisaje—. El arte es un tango compadrón, el poema de Griseta, un camino que el tiempo ha borrado, una pompa de jabón, un verso del loco Carriego, el Pulpo que cruza el disco triunfal o mi Buenos Aires querido... ¿Y todo eso qué es? Nada... Un puñado de sueños que el hombre arroja contra las estrellas. La vida es otra cosa.

—¿Y qué es la vida?

—Averigualo, hermano. A mí me llevó años descubrirlo.

—Te me hacés el misterioso... dejate de joder.

—Te lo digo en serio. Al final, todo lo que vale cabe en un solo instante y allí está la vida.

—Pero el tango te dio todo lo que tenés. Las películas te van a mostrar para siempre joven, buen mozo, estilizado, cantando tangos que van a ser inmortales con el celuloide. Dentro de doscientos años van a decir: ése era Gardel y cantaba el tango.

—¿Y qué es el tango?... ¿Acaso algo más que un reptil? Es una música que nació en los prostíbulos de los

arrabales de una ciudad pobre de un país lejano y que está condenada al olvido... Muerto el perro se va a acabar la rabia, che.

—¿Qué decís, Carlos? Mirá como nos fue en Puerto Rico... Imaginate cómo va a ser acá, en Colombia, o en Cuba, o en México... Pensá cómo va a ser en Buenos Aires... Nos van a recibir miles de argentinos, nos van a esperar con flores, van a llorar...

—En Buenos Aires, que es el único lugar que me importa, no me dieron bolilla. Si me tuve que ir...

—Pero ahora es diferente, el cine te va a hacer inmortal.

—Ya soy inmortal, Alfredo. Sólo hay un momento en que uno es inmortal...

El tren se mete en un túnel que atraviesa la montaña. Gardel y Le Pera permanecen en silencio.

—¿Qué ocurre? —vuelve el paisaje y Le Pera ve la cara de Gardel.

—Nada... estoy cansado y extraño. Nada más.

—¿Y qué extrañás?

—Sólo extraño... Vivir es un mapa de lunares y me di cuenta tarde. Debí haber preguntado a los hombres sabios qué tenía que hacer.

—Dejémonos de joder. Vamos a tomar una copa, Carlos.

—Es que no entendés, viejo.

El paisaje pasa a gran velocidad sin que se puedan distinguir las montañas de los valles del cielo.

—¿No es un sueño la vida? —Gardel se pregunta y fuma.

—Es un soplo... y veinte años no es nada, che...

—Es un soplo, no es nada y es un tango, querido.

Maracaibo, Venezuela.
18 de mayo del 35

Querido Armando:

La salida de Nueva York fue emosionante. Al final llegué a querer un poco a esa ciudad. No sabés lo que fue el comienzo de la jira en Puerto Rico. Todo el tiempo tuve miles de personas alrededor mío que me querian tocar y ver. Hice que habrieran las puertas del teatro para que todos pudieran escuchar y en todas partes me trataron a cuerpo de rey como si fuera un precidente. No tenía ganas de irme pero, al final, estoy acá, en Venezuela. Hay que seguir. Me resibieron con honores de príncipe y el pueblo hiso tanto quilombo en la estación que tuvo que interbenir la policía y el desvole fue completo. Llovieron tantos palos sobre la gente que hasta Alfredo se ligó uno... ahora anda con ganas de rajarse para Curasao... debe creer que no va a haver gente en las Antillas... ¿y si la cana de allá resulta más jodida? Caracas es una ciudad vieja y sucia. El hotel logra que la olvide. Canté en el Municipal y en el Rialto... la gente estaba como loca. Me pidieron bices y no se querían ir. También tuvo que actuar la cana. ¿Te das cuenta? La muchachada se dibierte y viene el ejercito y los cagan a patadas. Tuve que cantar para el "Bagre" Gómez, el presidente, no sé si me escuchó... es un hombre muy viejo y enfermo... el resto eran todos unos pitucos venidos a más que se las tiraban de Jailaifes... Me sentí como mono de circo pero el viejo me metió 10.000 Bolívares en el bolsillo (saqué las cuentas, son unos 2000 dólares). Hay que

ahorrar, viejo. Estoy un poco cansado del ritmo de la jira pero me parese que voy a juntar un montón de mangos. Entre los que vos me cuidás en Buenos Aires y éstos, voy a pagar mis deudas y cuando todo termine, nos vamos a ir a vivir a Montevideo o a Niza. Ya lo vamos a pensar. La vieja está en Francia. Quiere volver a Buenos Aires... Cuando ésto pare, voy para allá, arreglo un par de asuntos y después le digo que nos mudemos a Montecarlo. El calor de acá es agoviante, un infierno. Me afecta la voz y hase que no cante bien pero la gente no se da cuenta. Dicen que en Colombia, Medellín por ejemplo, hase mucho mas... No lo voy a soportar. Me voy a morir. Ya en Buenos Aires y Nueva York el calor me hacía pelota... Andube con mareos, diarreas y vómitos. Me revisó un médico y dijo que había sido el agua. Si no fuera por el afecto que me dan, no sé lo que haría. Me siguen a todas partes, me quieren tocar, me piden autógrafos... la de minas que llaman por telefono al cuarto del hotel. Actué en Valencia y esto es Maracaibo. A Venesuela le va a ir bien mientras no se quede sin petróleo. Decíme ¿Y Buenos Aires? ¿el Aviador? ¿el resto de la Barra? ¿y mi calle Corrientes y el Abasto? Escribíle a mi vieja y contale cómo me va, decile que me perdone, que ella sabe que soy un vago para sentarme a hacer una carta. Y vos, cuidate...

un abrazo de tu hermano

Carlos Gardel

Maracaibo, Venezuela.
18 de mayo del 35

Querida Lola:

¿Donde estas? Pasó abril, mayo y no sé nada de vos. Cuando aqueya mañana nos despedimos en Nueva York, me acordé de tu risa, pero eran ganas de llorar. No era para menos, con vos dejé mi ilución y mis sueños. Siento que estoy partido. Antes no era así, pero descubrí que el cariño se consuela en su propio dolor. La jira va formidable. Es una locura. En San Juan de Puerto Rico me recibieron como un rey. En todas partes hay bandas, flores, discursos, cenas y multitudes que dejan todo lo que tienen que haser para obserbarme pasar. Es como si todas las cosas que hablamos durante tantas noches en Nueva York, se hubieran hecho realidad. Estoy tocando el cielo, Lola. Me llaman la Leyenda, Astro de Astros. Los teatros rebientan. Me asomo a los balcones o a las ventanas para que todos me puedan oir. Acá en Venezuela fue igual. La policia no puede hacer nada para contener el entuciasmo de este pueblo latino que es el nuestro. El próximo paso son las Antillas, después Colombia, Cuba, México y Panamá... Todos los días saco cuentas de lo que voy a juntar y me pongo loco de contento. Nos vamos a ir al fin del mundo donde nadie nos escuentre y podamos vivir en paz. Vamos a ser una familia, quiero que me des hijos. Entre vos y yo, Barceló se va a tener que joder, no va a ver un peso. Me va a pagar bien caro todo el miedo que en algún momento me hiso sentir. Puerto Rico fue como a mi me gustaria que fuera en Buenos Aires. Por el momento, para ellos soy un recuerdo. Es tan ingrata la jente de mi país, es tan triste pensar que tengo que estar lejos para tratar de llegar a

alguna parte y que, cuando lo logre, van a apareser todos a ufanarse de mi triunfo y van a decir que ellos ya lo habían dicho. Tu hombre está de pie, Lola. Pero ¿dónde estás? Prometíste que te ibas a juntar conmigo. Pienso que cuando esta carta llegue tal vez ya estés acá, no importa. Necesito volcar en esta oja las cosas que siento para así alibiarme un poco. Hay tanta verdad en las letras del tango... De noche cuando me acuesto, dejo la puerta abierta y me hago la iluzión de que vos entras... estoy muy triste, ando con biscochitos para tomar con mate como cuando estabas y quisiera volver a mirar tus ojos. No sé dónde estas pero vení pronto porque sin vos me muero te ama

Carlos Gardel

Miércoles 29 de mayo del 35

Gardel desciende del taxi en el aeropuerto de Willemstad en Curacao y observa el avión a hélice estacionado en la pista. Brillante bajo el sol, el aparato tiene algo de bestia irreal. Gardel no puede evitar la sensación de nada en el estómago, de muerte inminente, de caer sin destino. Enciende un habano y busca la mirada de Le Pera.

—No viajo.

—¿Te vas a mancar ahora? —Le Pera se cubre los ojos de la luz que le molesta—. No hay manera de ir a Aruba y de poder cumplir con los tiempos de la gira si no es subiendo a esa batata.

—No subo —Gardel fuma.

—Si suspendemos la presentación, la gente se va a poner loca, el empresario te va a querer matar, te va a hacer juicio por incumplimiento de contrato y allí te quiero ver.

—No me importa —Gardel da una chupada larga al habano—, me importa tres carajos, no subo...

Las "escobas" bajan las guitarras y los pocos bultos que no se fueron por barco junto con el centenar de baúles. Corpas Moreno le está contando a Plaja la aventura que tuvo con una negra antillana la noche anterior y Azzaf da vueltas alrededor del avión.

—Mirá —dice Le Pera—, allá tenés a tu gorila hablando con la gente. Hace bien su trabajo.

Riverol viene secándose la transpiración. Le da una palmada a Le Pera y mira la pista.

—La verdad, don Carlos, esa cosa mete miedo.

—Salí de acá, huevón —Le Pera lo empuja—. Siempre el mismo estúpido, por qué no habrá venido Pettorossi...

—No se caliente, don Alfredo. Está bien, no empuje, me voy...

Riverol se va refunfuñando a juntarse con las otras escobas. Azzaf regresa de la pista con expresión reconcentrada.

—Todo está en orden, Carlos. Ningún problema... podemos subir.

—Yo no subo —Gardel fuma su habano.

Azzaf busca en la cara de Le Pera una explicación.

—Che, usted... —le grita a Corpas Moreno—, deje de contarle a ese pervertido sus hazañas sexuales con la negra y prepárense para salir. Corpas Moreno le hace un corte de mangas. Plaja se ríe.

—Pero que tipo imbécil —Azzaf se seca el sudor que le cae sobre la frente—. ¿Qué sucede, señor Le Pera?... Qué calor...

Le Pera mira a Gardel que observa la máquina sobre la pista como si fuera una fiera peligrosa que lo quiere devorar.

—No quiere subir.

—Ya lo dijo, no soy tonto. ¿Por qué?

Gardel fuma despacio, con el ceño fruncido, como si fuera el último cigarrillo.

—El piloto pide que subamos —repite Azzaf—, nos tenemos que ir.

—Qué flojo que soy —Gardel tira el habano y camina sin sacar las manos de los bolsillos. Mira al aeroplano un par de veces.

—¿Qué pasa?

—Tengo miedo —Gardel se requinta el Tilbury.

Azzaf abre la boca sorprendido. Le Pera frunce el mentón, se rasca la nariz y mira para otro lado.

—¿Qué dijo, don Carlos?

—Que tengo miedo... no quiero ir...

—Me va a decir que un hombre como usted, que grabó discos, que trabajó en la radio, que filmó películas y que está al día con todo adelanto que aparece ¿va a tener miedo a volar en avión? ¿Un hombre que cruzó el océano siete veces en esos cascajos que ni flotan?... No me va a decir...

—Sí, le digo.

—Pero don Carlos, es más peligroso andar en auto por Buenos Aires y París, es más peligroso caminar por Nueva York... ¿Y ese viaje en el trencito que nos llevó a

Caracas a través de precipicios? ¿Y la gente que se le tira encima cada vez que sale del teatro o del Hotel?

Gardel continúa empacado. Le Pera lo toma del hombro.

—Pero Carlos, vamos... Los aviones son seguros... Hoy todo el mundo viaja en estas cosas. ¿Sabés el tiempo que te ahorrás?

—Nunca voy a subir a un avión... Es más fuerte que yo, me da miedo, parece mentira que algo tan pesado pueda despegarse del suelo. Vamos en barco, che.

—No hay tiempo, Carlos... Hay contratos de por medio y si no cumplimos, el juicio que nos van a hacer nos va a dejar secos.

Gardel lo mira y lo aparta para que Alfonso Azzaf no oiga.

—¿Mucha guita, viejo?

—Vamos —grita Aguilar mientras las otras dos "escobas" ya han levantado los estuches de los instrumentos—. Nos estamos cagando de calor...

—Aguanten un cachito, ¿quieren? —grita Gardel y le insiste a Le Pera—. ¿Cuánta mosca, hermano?

—Nos pueden sacar miles. ¿Y la gente que se va a sentir defraudada? De la bronca, no van a volver a comprar un disco en su vida. Nos vamos a meter el celuloide en el orto. Con lo que nos costó llegar...

—No estoy dispuesto a perder guita... Si no hay más remedio... ¿Vos decís que es seguro, Turco?

—Más seguro que el subterráneo de Nueva York.

Gardel mira la amenaza del trimotor sobre el fuego de la pista y les hace una seña a las "escobas" para que suban.

—Y ustedes dos —le grita Azzaf a Corpas Moreno y Plaja—, paren de hacerse la paja y andando...

Alfonso Azzaf se adelanta y mira hacia todas partes. Gardel siente que camina hacia el avión como un reo hacia el cadalso.

—Dirás lo que dirás —dice a Le Pera—, pero no sabés el nudo que tengo adentro.

El aeroplano crece a medida que ellos se acercan.

—Te juro que tengo un julepe...

Le Pera trepa y desde la portezuela mira a Gardel que todavía está al pie del avión.

—Yo me juego entero, qué le voy a hacer —Gardel sube resignado.

Viernes 14 de junio del 35

Miles de bogotanos están reunidos en El Techo mirando hacia el cielo y viendo cómo se acerca el trimotor de SCADTA que trae a Gardel. Angel muerde el ala del sombrero. Lo aprieta la multitud y está bañado en sudor. Tiene barba de varias semanas, los zapatos con las suelas rotas, olor a vómito y alcohol y apenas puede mantenerse derecho.

—Allí viene... un querubín que trae el cielo, una gárgola que viene en picada, una golondrina, un murciélago inmundo. ¿Qué carajo voy a hacer, mi Dios? Que alguien me diga qué hacer, yo no lo sé... —y se larga a llorar.

El aeroplano viene descendiendo cuando el público que lo espera desborda todo control policial, rompe las vallas y corre hacia la pista. Gardel siente que puede to-

car las caras, las manos, los cuerpos de la gente que está debajo.

—Padre nuestro que estás en los cielos... —reza con los ojos cerrados mientras Le Pera y el resto del pasaje grita del pánico.

El piloto remonta el avión con una maniobra justa y lo lleva un centenar de metros más adelante donde logra descender. Angel, junto con otros fanáticos, corre detrás de una de las gomas. Es empujado por la marea humana que siguió y alcanzó al aeroplano.

—Nos van a amasijar...

—Déjemelos a mí, Carlos —lo tranquiliza Azzaf.

El avión se detiene rodeado de personas y luego de unos minutos se abre la portezuela y aparece Carlos Gardel. Viste un traje oscuro, lleva el Orión requintado, sonríe de emoción y saluda con la mano en alto mientras la multitud lo viva.

—Está más joven y más buen mozo que nunca —dice la mujer que tiene Angel al lado.

—Es Dios... —grita Angel borracho y esforzando las cuerdas vocales hasta que le duelen— es Dios...

—¿Qué sucede? Mama mía... Se cayó la estantería o San Pedro abrió el portón... —canta Gardel y saluda.

El grupo que está más cerca de él se cuelga de las mangas de su saco, lo toman de los pantalones, y sin que pueda reaccionar, lo llevan en andas hacia el edificio del aeropuerto. Gardel busca una sola cara entre la gente. Ninguno de los rostros se le parece. Siente que el corazón se le va del pecho, que no quiere seguir sin ella; desganado y sin fuerzas, se deja llevar por la multitud. Adentro del edificio lo esperan autoridades y lo mejor de la sociedad

de Bogotá. Henry Swartz, empresario y distribuidor cinematográfico, logra que la multitud lo suelte.

—Qué bienvenida, ¿eh?

—No se puede creer... Toda esta gente... Se han vuelto locos —Gardel se alisa el saco, revisa la raya de su pantalón y busca un habano.

—Venga, Carlos... Le voy a presentar a unas personas.

Unos fanáticos empujan y hacen caer a los policías que custodian la entrada al edificio y se abalanzan sobre Gardel. Azzaf intenta detenerlos pero lo derriban. Hay quien le saca a Gardel el sombrero para tocarle el pelo engominado, hay quien le arranca el pañuelo del bolsillo. Azzaf logra pararse y empieza a las trompadas para llegar hasta Gardel.

—No sé para qué te pago, Turquito.

—Al mundo le falta un tornillo, Carlos... Que venga un mecánico a ver si lo puede arreglar —y con la ayuda de la policía desalojan a los excitados. Cuando terminan los saludos, Azzaf empuja a Gardel dentro de un auto y parten.

—Y no estaba.

—¿Quién? —Azzaf mira las manos de la gente contra las ventanillas—. Si hasta Dios debe estar allá afuera. Usted es más popular que Cristo, Carlos —y tocándose los bolsillos grita—. La gran puta, me afanaron la billetera.

El auto avanza despacio debido a la gran cantidad de personas que ocupan la carretera y las banquinas. El calor es letal.

—Acá me voy a morir, Turquito... Esto es un infierno.

Unos metros adelante, una muchacha se tira frente al vehículo para que se detenga.

—Qué vachaché —recita Gardel—. Hoy ya murió el criterio. Juná a esa loca.

Azzaf baja y aparta a la mujer a empujones. Más allá y a causa de un clavo que pusieron, revienta una llanta. Azzaf cambia a Gardel de auto, la gente se tira encima del cantor para arrancarle la ropa.

—No voy a salir vivo de Colombia —Gardel sube al automóvil donde está Le Pera con una de las escobas.

La caravana sigue con su andar de lento caracol de sueño.

—Nunca vi nada igual.

Gardel y Le Pera ven que es imposible entrar en el hotel debido a la multitud que lo rodea.

Swartz se baja de su auto y se acerca.

—Vamos a casa hasta que esto se tranquilice un poco.

—¿Y si no se tranquiliza?

—Que Dios nos ayude, entonces...

Horas después, Gardel y su corte logran entrar en el Hotel Granada y ocupar las suites que estaban en reserva. Mientras desarman las valijas, un cadete trae un enorme ramo de flores con una carta que dice: "Bienvenido a Bogotá, Carlos Gardel, de una fanática de usted". Gardel deja la carta sobre una mesa y se acerca a la ventana para ver la multitud que se resiste a abandonar el frente del hotel. Más allá, sobre las paredes, unos afiches anuncian el arribo del astro a la ciudad.

—Qué mundo, che... Ya nadie sabe si hay que ir al colegio o si hay que cerrarlos para mejorar —corre la cortina, se acuesta, cierra los ojos y trata de dormir.

Martes 18 de junio del 35

—Allá va una —grita Azzaf a Plaja—, que no se te escape.

Plaja se larga a correr a la mujer que logró llegar al piso que ocupa Gardel en busca de un autógrafo mientras descubre a otra, que atrás de Azzaf quiere burlar la custodia.

—Atrás tuyo... —grita y ve a Azzaf forcejear con la tipa.

Plaja alcanza a la suya y la agarra de la cintura.

—Si dejás que lo vea, me acuesto con vos.

—Vamos a mi cuarto —responde Plaja.

En el interior de su habitación, Gardel fuma sobre la cama.

—Alfredo...

—¿Qué?

—Me quiero volver.

—Y ahora, ¿qué te pasa?

—Nada. No quiero estar acá. Quiero volver a Nueva York.

—¿Me vas a contar qué es lo que te pasa?

—No doy más, viejo... Este calor es asesino... me destroza...

—Vos me ocultás algo, che.

—Te lo digo en serio: no doy más, hermano... Me quiero rajar. Suspendé todo y volvamos a Norteamérica.

El teléfono suena y Le Pera atiende.

—Una admiradora —le ofrece el tubo a Gardel.

—Preguntá cómo se llama.

—Dice que el nombre es lo de menos.

—Preguntá cómo se llama.

—Silvia...

—Que se haga coger...

—El señor Carlos Gardel le agradece su llamado y le manda un saludo. Lamenta no poderla atender —contesta Le Pera.

—¿Qué dijo?

—Me puteó —Le Pera levanta el tubo.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a pedir que no nos pasen más comunicaciones.

—Cortá.

—Pero...

—Cortá, Beethoven.

—¿Qué te pasa, che? ¿Esperás algún llamado?

—Quién te dice... —y el teléfono suena por enésima vez.

—Una tal Marcia...

—Que se haga zurcir —Gardel mira con melancolía la calle llena de gente que no se quiere mover de la puerta del hotel hasta verlo—. ¿Quién cuernos me habrá mandado venir a Latinoamérica?... Era tan bueno estar en Nueva York... ¿Dónde estás Lola? Soñé que era Jesús y te salvaba y me clavó en la cruz tu folletín de Magdalena...

Bogotá, Colombia
20 de junio del 35

Querido Armando:

Mi llegada al aeropuerto del Techo fue increíble: inbadieron la pista, me llevaron en andas, me resibieron como si fuera un santo. De nuevo la policía repartió palos y en la confusion, pa-

ra hacer una cachada, le robé la billetera a Azzaf. Tiene pocos pesos y encima, colombianos. Mientras te escribo, en la puerta del hotel y en las calles que lo rodean, hay familias que hace días que esperan nada más que para verme. Es el mismo pueblo, que en todas partes, formó el pedestal de mi prestigio. El 14 de junio por la noche me presenté en el Real. Lo mejor de la sociedad me ovasionó. Las revistas me describen cómo "el prototipo del verdadero gentleman", pero un imbécil dijo que hablo rápido y que atropeyo las sílabas. Me gustaría verlo a él con lo que siento. A veces lamento haber emprendido esta jira. Me siento solo y daría mi vida por volver a Nueva York. El calor que hase es mortal. Peor que los veranos en Buenos Aires. No voy a salir vivo de Colombia. No le contés nada a la viejita porque no quiero que se mortifique. Lo que me escrivíste del estreno de "El Tango en Broadway" en Buenos Aires, me dejó sin pegar un ojo en toda la noche. ¿Se les pasó a los porteños la bronca? ¿me perdonaron las metidas de pata? Me equivoqué como se podía haber equivocado cualquier gil: sin maldad. ¿Me irán a recivir cómo me recivió la gente de acá? ¿Así que Lusiardo te contó de nuestras broncas filmando en Astoria? Es un amigo de oro, decíle que yo también lo quiero. Me alegro que te haya gustado "El día que me quieras". Yo le tengo más cariño a "Tango Bar". Vaya a saber porqué. Lo que me contáste de Deferrari me partió el corazón. Le hubiera dado cien años de vida por su exselente salud. Me acordé de Pablito Podestá y de aquella tarde en que fuimos con Razzano a visitarlo al sanatorio. El tocó el chelo y yo canté "Amargura". ¿Por qué se tendrá que morir la gente que uno quiere? ¿Por qué se lleva Dios a los buenos, habiendo tanto mal bicho suelto? Le mandé un pésame a la familia. Decíles que no duden en pedirte lo que les haga falta, guita, cualquier cosa. Volviendo a lo anterior: Pa-

ramount me calegrafió para felicitarme. "Tango Bar" arrasó en Nueva York. "El día que me quieras" se va a estrenar acá, en cinco cines. Quieren que en cuánto termine la jira vuelva para filmar la quinta y la sexta película. Esto va rumbo a su fin y me alegro. Aquí, la plata no abunda pero de todos modos los teatros se llenan. No veo la hora de ir a Cali, a Panamá y a Cuba. Dicen que la noche cubana bien vale una misa, che. ¿Después? ya sabés... Buenos Aires, Toulouse, Nueva York, Hollywood y la inmortalidad. Ahora la vamos viajando en avión y ya te imaginarás el fierrito de los guitarristas... Elogian la comodidad y la rapidez pero no ven la hora de largar. Hay que ver la risa de conejo de todo el personal cuando se meten en los trimotores. Y yo que juré que en mi vida iba a subir a una de esas cosas. Todo sea por el tango, viejo. Dale un gran abrazo a la barra, especialmente al Aviador y un beso a Adela. No te olvidés lo que te pedí de la familia de nuestro querido Deferrari

tu hermano

Carlos Gardel

Domingo 23 de junio del 35
Noche

Carlos Gardel está frente a los micrófonos de la radio "La voz de la Victor", cuyo edificio se levanta sobre una de las calles que enmarca a la Plaza Bolívar de Bogotá. Miles de personas van a escuchar al astro. La gente ha invadido las calles de los alrededores. Hay fanáticos en los

árboles, los postes y en cualquier sitio que sirva para ver al ídolo. La noche es irrepetible. Azzaf anuncia "El Carretero". El aplauso dura los primeros compases y después aparece el silencio de magia. Durante los versos finales, coreados por la multitud, vuelve el aplauso. La voz de Azzaf anuncia "Melodía de Arrabal" y hay delirio, vivas, aplausos y la voz de Gardel. Tras una pausa, dice:

—Me voy de Bogotá con la impresión de quedarme en el corazón de ustedes...

La multitud no para de aplaudir.

—Encontré en la mirada de las mujeres colombianas, en la sonrisa de los niños, en el aplauso de los bogotanos, un cariñoso afecto hacia mi persona.

El silencio es total.

—Si alguna vez alguien llega a preguntarme sobre las mejores atenciones que he recibido a lo largo de mi carrera, les aseguro que no podré dejar de mencionar al pueblo colombiano.

Surge un aplauso de amor y ternura.

—Gracias amigos. Muchas gracias por tanta amabilidad... yo voy a ver a mi viejita pronto y no sé si volveré... El hombre propone y Dios dispone.

La gente se abraza, llora, aplaude, da vivas a Gardel.

—Y ahora, mis queridos amigos... Voy a cantar "Tomo y obligo".

Los versos del tango salen de los altoparlantes que la emisora instaló sobre la Plaza y bajan sobre la multitud que tira las barreras, empuja a la policía y entra en la estación de radio haciendo destrozos. Gardel termina de cantar y es rodeado por sus escobas, Le Pera, Plaja, Corpas Moreno, Henry Swartz y su empresario colombiano:

Nicolás Díaz. La salida de la radio es épica: las manos pugnan por tocar el pelo, las manos, la ropa de Gardel. En medio de los forcejeos, logran subir a los autos. Le Pera advierte que Gardel sube cojeando.

—¿Te lastimaron?

—No, viejo. Me afanaron un zapato...

Los autos salen rápido para perder a la multitud y luego de un par de vueltas, llegan al Restaurant Tiedde. La cena transcurre en medio de un clima emotivo y alegre. Se suceden los platos y las botellas de champagne. A mitad de la madrugada, con la mayoría de los comensales dormidos, deciden irse. En la puerta del restaurant, Gardel le dice a Azzaf que quiere volver caminando.

—No lo puedo permitir. Es peligroso, Carlos.

—En serio, Alfonso. Necesito estar un rato solo. La noche es hermosa, no hay nadie... mirá las calles vacías. Quiero caminar.

—Dejémoslo, turco, ¿qué le puede pasar? —Le Pera agarra del brazo a Alfonso mientras Gardel se confunde con las sombras de las casas sobre la calle.

Camina un par de cuadras desiertas pero llenas de los pequeños ruidos que suelen regalar las madrugadas: algún maullido, un perro que ladra, el suspiro de una mujer.

—Carlitos... —lo llama una voz en el centro de una callejuela negra. Angel se le acerca. Está barbudo y con la mirada perdida por el alcohol. Gardel sólo ve a un pobre hombre golpeado por la vida. Siente que el corazón se le parte.

—Hermano... Pero, ¿qué te pasó, che?

—Estoy perdido, Carlitos, y no sé volver a casa —Angel llora.

Gardel le pone la mano en la cabeza, lo aprieta contra sí para darle consuelo y busca algo en sus bolsillos.

—Tomá un par de cien y ponete en circulación... Y si creés en Dios, rezá y no tengas miedo...

Angel se arrodilla y quiere besarle la mano.

—Isa, dejá... —Gardel se va despacio en medio de la oscuridad.

—Sonia está presa —se oye.

Gardel se detiene y se vuelve con lentitud. No siente miedo, lo conmueve la tristeza con la que se pronunciaron las palabras.

—¿Angel? —Gardel pregunta a la sombra—. Yo tuve a Dominique... Era de Francia, una marquesa...

—El sueño del pibe, Carlitos... La mía era de Avellaneda y creo que la amé, era tan puta...

—¿Por qué nos gustarán esas mujeres, no?

—Porque les gusta coger y no lo ocultan, hermano.

—Te hacen inmortal.

Angel tose con la violencia de un tuberculoso.

—¿Qué vas a hacer? —Gardel abandona los brazos a los costados—. Estoy en tus manos, hacé lo que el Viejo te dijo, dale... No tengo miedo, en serio... Amo a una mujer pero no sé qué se hizo de ella. Yo también perdí el camino hacia mi hogar. Ya terminó todo y fue tan fugaz como una curda. Dale, acabemos con esto. No tengo miedo... en serio.

La noche dibuja el contorno de Angel que tiembla.

—¿Matarte? No podría, che... Sos lo más grande que conocí... Nadie jamás va a cantar como vos. No puedo matarte, ya es tarde...

Un gallo cacarea en la madrugada.

—Aunque te pudiera matar, nunca vas a morir.

—¿Y cómo vas a hacer para volver a Buenos Aires?

—No voy a volver. Me voy a quedar acá, encontraré algo.

Desde una ventana surge la voz hermosa y frágil de un cantor de tangos llamado Carlos Gardel que entona "Mi Buenos Aires querido".

—No te digo... ya sos inmortal...

Lunes 24 de junio del 35

La lluvia cae sobre Bogotá. Gardel se despierta temprano y permanece en la cama mirando el cielo raso. "Por una cabeza" le viene a los labios.

— ... metejón de un día... de aquella coqueta y burlona mujer, que al jurar sonriendo el amor que está mintiendo, quema en una hoguera todo mi querer —sostiene la última nota hasta un vibrato largo. Se estira hacia la mesa de luz y prende un cigarrillo con un encendedor de oro que tiene escrito su nombre con rubíes: "Carlos Gardel" lee, sonríe y hace girar el encendedor entre sus dedos— cómo te cagó, hermano... —Se levanta y va hasta la ventana. Mira la calle y la lluvia que cae sobre unos bogotanos mojados que levantan para que él pueda ver, un cartel que dice "Gardel, rey del tango"—. No importa por quién uno se muera —dice al ver la gente—. La fama son esos que mueren por uno —da una pitada larga—. Pero qué día, hermano... hasta el cielo llora.

En calzoncillos y rascándose la panza, vuelve hasta la cama y llama a la conserjería para que le suban agua ca-

liente. Luego va al baño, se afeita con cuidado y se da una ducha tibia. Mientras se seca, golpean la puerta, dice "ya va", la abre y recibe el termo.

—Habiendo agua caliente, el mate es señor... tomá che, para que salgás con tu novia —le da al muchacho una moneda.

Toma unos amargos, elige la mejor ropa y se viste despacio. Se pone los gemelos y un alfiler de oro, se perfuma y se requinta el Tilbury. Deja todo tirado para que lo junten Plaja y Corpas Moreno y sale de su habitación para ir a la de Le Pera.

—Buen día —saluda Alfredo—. ¿Un mate?

—Si tenés caliente el agua... Salute, barra... —y se toca el ala del sombrero.

Le responden con gruñidos.

—Se ve que andamos de buen humor. ¿Por la lluvia?... Si San Pedro sigue meando, esos armatostes no van a salir, che... Animo que todavía podemos armar un truquito de seis.

—Parece que van a cancelar los vuelos... —Le Pera le acerca un mate— el mal tiempo... en unos minutos me avisan —y mira a las escobas, al turco Azzaf, a Corpas Moreno y a Plaja.

—Pero vamos, viejo... que esto parece un velorio. ¿Quién es el finado?

El teléfono suena, Le Pera atiende, escucha y corta.

—Lo confirmaron.

—En marcha —ordena Gardel y el grupo va a buscar los equipajes.

La multitud les impide salir por la puerta delantera y se ven obligados a escapar por atrás. Algunos bogotanos

logran acercarse a la ventanilla del auto donde va Gardel y consiguen tocar su mano y sacarle un autógrafo. El aeropuerto desborda de admiradores y periodistas. Todo el mundo quiere despedir al ídolo.

—Atenti —dice Gardel a Azzaf— que no quiero perder el zapato.

—Pierda cuidado, Carlos... Tengo un par de repuesto.

Bajan a los codazos y a los empujones y entran en el edificio donde lo están esperando Nicolás Díaz, Henry Swartz y sus hijos, autoridades, gente de la alta sociedad y algún curioso que se coló. No hay persona que no se acerque a estrecharle la mano, no hay periodista que no quiera hacerle una pregunta, no hay mujer que no se quiera fotografiar con él.

—Quédese acá —le dice una dama que se cuelga de su brazo para que les saquen una foto.

—¿Quién no aceptaría el pedido de una mujer tan hermosa? —Gardel le da un beso en la mejilla.

—Una foto con los chicos —pide Swartz.

—Tengo que hacerle una confesión, Carlos —se acerca Díaz luego de la foto.

—¿Me vio cara de becamorto?

—Cuando lo escuché en París, no se me movió un pelo... Las películas me parecieron una porquería... Sin embargo, encontré en usted, a una persona excepcional. Me alegro de haber tenido el gusto de conocerlo y lamento mucho no poder acompañarlo a Cali.

Gardel lo abraza en silencio.

Un parlante anuncia la salida del vuelo. El cantor se acerca al borde de la pista para juntarse con Le Pera que mira el aeroplano con seriedad.

—Qué pensás... —Gardel tiene las manos en los bolsillos.

—Que tenés razón. Me quiero ir, este calor me mata.

—Suspendamos todo y volvamos a Nueva York —Gardel mira el cielo— Por suerte paró de llover.

El grupo sube al trimotor F31 de SACO mientras miles de pañuelos lo saludan. Se encienden los motores que llevan al avión hasta el fondo de la pista, desde donde a toda velocidad parte y remonta vuelo. Gardel mira por la ventanilla cómo la ciudad se hace pequeña entre las montañas mientras el aeroplano asciende y atraviesa el valle de Magdalena.

—¿Y...? ¿Se les pasó el julepe? Cagones... —se larga a reír y murmura—. Cuando esta gira termine, ni mamado me van a hacer subir a otro de estos...

De pronto, el avión tiembla y cae. El pasaje entero se queda inmóvil y espera.

—Me parece que una de éstas anda mal, che —dice Aguilar a Riverol y le señala una hélice—. ¿No será mucho peso?

—Si lo decís por mí —Gardel se toca la panza—, vas muerto. Estoy mejor que nunca.

—Está todo bien —grita Stanley Harvey, el piloto—, en un rato llegamos a Medellín.

Media hora después comienza el descenso. El aeropuerto está lleno de gente que quiere ver a Gardel. A las dos y media de la tarde aparece el avión sobre los cerros, baja y aterriza con suavidad.

—Este Harvey es un troesma del aire —le dice Gardel a Le Pera cuando el avión se detiene. Abren la portezuela y es recibido con aplausos, pañuelos y vivas que lo

acompañan durante todo el trayecto hasta el edificio de la aeroestación. Varias chicas transponen los controles policiales y se acercan a tocar a Gardel y a besarlo.

—Bienvenido a Medellín —saluda Ernesto Samper, fundador y dueño de la empresa aérea—. ¿Cómo lo trata el país?

—Mejor que Buenos Aires, y ese piloto suyo, la tiene calada. Aterrizó de bute, che.

—Yo mismo le enseñé... Me han dicho que en Cali se mueren por oírlo, que ya vendieron cinco mil localidades...

—Me muero por llegar.

—Yo voy a tener el gusto de llevarlo. Aproveche, tome algo y descanse un poco. En cuanto terminemos de cargar combustible y de revisar algunas cosas, nos vamos.

—Che, turco —llama Gardel a Azzaf—. Vení, invitame a una copa.

Le Pera, Corpas Moreno y Plaja se acercan con Azzaf que se palpa los bolsillos con cara de incrédulo.

—¿Buscás algo? —Gardel le muestra la billetera.

—¿Había sido usted?

—Andaba tirado, che. Necesitaba unos mangos y me daba no se qué pedir...

—Qué chorro, viejo —Azzaf le saca la billetera de los dedos— pero si todavía no tiró aquel zapato guacho, el que le sacaron está dentro de mi valija.

—Al final resultaste más afanancio que yo —Gardel se ríe.

Deja de reír cuando entre la gente aparece la mujer que ama.

—¿Qué pasa, che?, ¿te sentís mal? —Le Pera se acerca, sigue la mirada de él y la descubre—. Ya veo, ¿era ella?

—Dame unos minutos...

Gardel se acerca a Lola.

—Las mujeres son las que matan la ilusión —se dice Le Pera al verlos.

Ella está quieta, hermosa, triste y no le saca los ojos de encima. Gardel tiene ganas de abrazarla, pero se queda inmóvil.

—¿Por qué?

—No sé, amor. Las cosas se dieron así —baja los ojos.

—Te esperé tanto...

—Quise venir, lloré todos los días...

—¿Qué se hizo de todo lo que tuvimos?... Aquellas noches en el barco, en París, en Nueva York. Qué se hizo de los planes que hicimos, las cosas que hemos soñado...

—Me sentí tan sola...

Gardel la abraza y la besa con ternura. Mientras la tiene entre sus brazos, no advierte que ella le pone un papel en el bolsillo.

—Pensé que me moría, Lola.

Ella lo separa con suavidad y permanece con sus manos sobre el pecho de él que la rodea por la cintura.

—Pero usted es errante, viajero... Querer detenerlo es una quimera, amor...

—Tengo que seguir, Lola... Me espera Cali, pero se acaba. Ni bien llegue allá, suspendo el resto de la gira y nos vamos a Nueva York y de allí a Buenos Aires a casarnos. No quiero volar más, Lola. Quiero plegar las alas.

—Lo de casarnos era en serio... —mira sus ojos marrones, su boca, su pelo engominado.

—Te lo juro, Lola.

—Entonces era cierto que me iba a dar un hijo... —le toca los labios—. ¿Todavía podemos ser felices?

—No puedo estar sin vos, Lola. Prefiero morir...

Ella lo abraza con fuerza y lo besa con ternura. El parlante pide a los pasajeros que suban a bordo.

—Me tengo que ir.

—No subas, amor. Por favor...

Le Pera le hace señas a Gardel para que se acerque.

—Te espero en Cali, Lola. Ahora que volviste...

—No vayas, amor. Por el amor de Dios, quedate...

Le Pera se acerca, toma a Gardel del brazo y se lo lleva a la rastra.

—Pará, hermano, ¿no ves que llora?

—Todas lloran, Carlos.

Lola mira cómo se aleja sin poderlo evitar.

—Yo sé que ahora vendrán caras extrañas... —y baja la cabeza sin ver que Gardel le dedicó una última mirada.

La comitiva sube al avión y Gardel se ubica en el primer asiento, detrás del tabique que separa la cabina de los pilotos. A través de la ventanilla observa otro trimotor, con los motores encendidos, a un costado de la pista. Gardel sonríe a la multitud que lo despide agitando pañuelos. El avión va hasta el final de la pista donde se detiene a esperar la autorización para partir. Los motores del trimotor toman velocidad y enloquecen a las hélices que comienzan su carrera.

—Che, pero esto parece un tranvía de Lacroze —dice, mete la mano en un bolsillo, encuentra la nota que dejó Lola, la saca y la lee.

—Dios mío, Judas... —y empieza a rezar.

El aeroplano sigue a más velocidad y en línea recta, hasta que inesperadamente gira en dirección al otro avión.

—No levanta... —dice Plaja.

Samper trata de corregir el rumbo para evitar el choque. Tiene la expresión deformada por el miedo y los nudillos blancos alrededor del volante.

—Che piloto, ¿qué le pasa? —pregunta Gardel un segundo antes de que el trimotor choque contra el otro avión, ambos exploten y el cielo se llene de fuego. Un ala penetra en el fuselaje y le secciona las piernas al cantor.

El aeropuerto es invadido por un silencio y una perplejidad sobrenaturales. La gente y la policía corren hacia los trimotores en llamas. Gardel lucha inútilmente por romper la ventanilla y muere de dolor y de asfixia.

Se oye la sirena de los bomberos de Medellín que llegan al aeropuerto.

Azzaf, Riverol, Aguilar y Plaja alcanzaron a salir. Tienen la ropa encendida. El pelo, la cara y las manos quemadas. Todos lloran.

Lunes 24 de junio del 35
15.09 hs

Carlos:

Te amo y sos el mejor tipo que conocí... Perdonáme, no me tenía que enamorar de vos y lo hice.... Ya sé que fue un error, pero no lo pude evitar. Tuve miedo cuando salí de Nueva York... Volver a verte, sentir lo que siento... Tal vez por eso pa-

saron varios meses. A Sonia le faltó cerebro y Angel no pudo ser más imbécil. ¿Sabés qué poca plata ganan los mecánicos de los aviones? Esta vez no puedo fallar. El Viejo no perdonaría un error más... Me dio una orden y no puedo dejar de cumplirla. Yo soy la que tiene que volver a Buenos Aires, amor.

Te querrá siempre,
tu Lola.

El cuerpo de Gardel fue encontrado de cara al cielo, cerca de una de las hélices. A su alrededor, desperdigados, había soberanos de oro. La cadena con una chapa con su nombre, apellido y dirección de Buenos Aires, que alguna vez estuvo entre los pechos de la mujer que amó, yacía sobre el cuello.

Sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando.

Esta edición
se terminó de imprimir en
Cosmos Offset S.R.L.
Coronel García 444, Avellaneda,
en el mes de marzo de 1997.

LAS
NOVELAS
DE LA
HISTORIA

De próxima
aparición:

Juan Carlos
Martelli
MELGAREJO

Miguel Wiñazki
SOBREMONTE

¿Qué ocurrió en Medellín? ¿De quién huye Gardel cuando parte de Buenos Aires para nunca más volver? ¿Quién es esa mujer misteriosa, con cuerpo tapizado de lunares, que despertará su última —y única— gran pasión?

Los grandes enigmas de la vida de Gardel —su inconfesado secreto sexual, su temor obsesivo a perder la voz, su muerte— se develan en esta vertiginosa novela donde Le Pera, Razzano, Charlo, Doña Berta, el caudillo Barceló y Astor Piazzolla se mezclan con pistoleros a sueldo, ninfómanas insaciables, ejecutivos de la Paramount y agentes del FBI.

Un ritmo cinematográfico y una originalidad desbordante para echar renovada luz sobre el mito eterno del Zorzal Criollo.

PERFIL LIBROS

LAS NOVELAS DE LA HISTORIA

ISBN 950-639-036-3

9 789506 390365